

01057



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

SUMMA DE MAOROLL EL GAVIERO: UN VIAJE
EN LA MODERNIDAD

T E S I S

PARA OBTENER EL GRADO DE
MAESTRA EN LETRAS LATINOAMERICANAS

P R E S E N T A:

SAMANDA ESPITIA PARADA



DIRIGIDA POR ROMEO TELLO GARRIDO

MEXICO, D. F.



2005

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
SERVICIOS ESCOLARES

m.344710



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Autorizo a la Dirección General de Bibliotecas de la UNAM a difundir en formato electrónico e impreso el contenido de mi trabajo recacional.

NOMBRE: Samanda Espitia

Parada

FECHA: 19-04-05

FIRMA: Samanda Espitia

Agradezco el valioso apoyo recibido por parte del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, a través de su programa de becas, que hizo posible llevar a cabo esta maestría.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
MUTIS Y LA CRÍTICA	13
1. Maqroll: reflejo del hombre moderno	31
1.1.Sensibilidad contemporánea	32
1.2.La soledad: otra de las plagas de Maqroll	38
1.3.Inconformidad vs. Resignación ante el destino	42
1.4.El olvido: solución falaz para un viajero	48
1.5.¿También Maqroll busca la trascendencia?	52
2. Un hombre moderno que se acerca a la muerte	59
2.1.Un acercamiento muy particular: un noviciado de la muerte	70
2.2.No hay lugar a la angustia	78
2.3.La muerte es necesaria para todos	84
2.4.Maqroll no busca la inmortalidad	90
3. Objetos: presencia visible en esta poesía	99
3.1.Naturaleza de las cosas	102
3.2.Cómo participan del mundo de Maqroll	109
3.3.Equidad en su deterioro	114
3.4.Un desgaste continuo los hace perdurar	118

4. Maqroll: viajero por vocación	123
4.1.¿Qué se ve desde la gavia?	130
4.2.¿Cuál es el recorrido?	136
4.3.¿Qué trae el gaviero de regreso?	144
CONCLUSIONES	148
BIBLIOGRAFÍA	159

INTRODUCCIÓN

Apartada de todo grupo literario va apareciendo en Colombia la poesía de Alvaro Mutis; aunque es en la revista *Mito* de los años cuarenta donde sus primeros poemas comparten páginas de una lírica renovada, que surgía entonces frente a la necesidad de expresar la realidad de manera más puntual y menos sosegada, Mutis nunca ha querido inscribirse en esa generación. Si bien, Alvaro Mutis es actualmente el poeta colombiano de mayor renombre internacional, en sus inicios, como poeta, su producción era conocida sólo en círculos literarios, e incluso para la crítica, se trataba de un 'escritor para escritores'. Es hasta la publicación de la primera *Summa* en los años setenta, casi treinta después de sus primeros versos, cuando el gaviero traspasa las publicaciones y aulas universitarias, y la difusión de su obra alcanza al lector no especializado. Más tarde la aparición de su obra narrativa, engendrada ya desde la poesía, enriquece la literatura colombiana y lo convierte, incluso, en influencia para nuevas generaciones de escritores.

Mutis es un escritor singular que entiende la tarea moderna del poeta como observador de la desintegración y la ruina; sumado al don de visionario logra la fusión del esplendor de la palabra con una realidad que se acaba. En su poesía va alejándose del modelo lírico para atrapar, entre palabras, la ruina de un mundo en destrucción. Mutis no busca fórmulas poéticas, sólo persigue con lucidez la exactitud y fuerza del lenguaje; asimismo, la incursión de formas narrativas en esta *Summa*, responde a una solicitud que la misma realidad hace para ser expresada indistintamente en prosa o en verso. Las preocupaciones de esta poesía han rebasado, desde el principio, el aspecto formal para ubicarse en la vitalidad de su contenido que requiere por sí mismo un estilo único de expresión.

Con Maqroll, Alvaro Mutis nos habla de un entorno conocido para todos, desde las entrañas de su tierra montañosa nos enseña el camino que con él compartimos como lectores. Quizás sea ésta la puerta de entrada por la que puede accederse a su mundo y participar también del recorrido del gaviero.

Terminado el siglo XX, *Summa de Maqroll el gaviero* sigue avanzando en su viaje; ha pasado de ser una obra conocida y estudiada, a un trabajo que sigue dejando huella en la literatura colombiana y que se ha convertido en referencia inevitable al trazar un camino de la poesía contemporánea en las letras latinoamericanas, no sólo por su originalidad sino también porque alcanza a tocar la realidad del hombre de nuestro tiempo que deambula permanentemente y sin rumbo.

El trabajo de Alvaro Mutis registra como primer momento la publicación en 1948 de dos de sus primeros poemas “El miedo” y “El viaje”, en la página literaria de dos diarios colombianos. Más adelante, en ese mismo año, estos y otros cuatro poemas se reunirán con textos del también poeta Carlos Patiño, en su primer libro titulado *La balanza*, donde ya hace presencia el destino de viaje que está por emprender su poesía. Su segunda colección poética, *Los elementos del desastre* (1953), incluye “Oración de Maqroll”, aparición de una voz que se hará cargo del relato de la ruta desastrosa que implica la vida del hombre.

Para 1955 aparece en la revista *Mito* una breve compilación llamada *Reseña de los hospitales de ultramar* que es aumentada en 1959 con los textos “Las plagas de Maqroll”, “El coche de segunda”, “Fragmento”, “El hospital de los soberbios”, “El mapa” y “Moirologhía”, bajo el nombre de *Memoria de los hospitales de ultramar*, donde se puede seguir con mayor precisión la bitácora de desgaste que se va figurando como destino del gaviero. Es también en esa colección donde se hacen más palpables las huellas de

acabamiento del universo maqrolliano y el papel que cumplen los entes materiales que permanecen en el entorno.

Los trabajos perdidos es el libro de poemas que publica Mutis en 1965. En él, la muerte como destino inminente a una vida de deterioro, es invocada en varios poemas, entre ellos “Amén”, “Cita” y “Señal”. Se reconoce ya en este punto que el encuentro con la muerte ha de ser una cita que sucederá al interior del hombre.

Caravansary es el siguiente poemario publicado en 1981, allí conocemos más de la vida de Maqroll, de sus oficios y empresas fallidas; de su trabajo en la mina relatado en el texto “Cocora”; su estadía en un tendajón de la montaña en “La nieve del almirante” y uno de sus encuentros con la muerte después de su confirmada errancia inútil de “En los esteros”.

En 1984 da a conocer a sus lectores una colección más de poemas: *Los emisarios* que, igual a la reunida en *Diez Lieder y Crónica Regia* de 1985, alude en su mayor parte a la conjunción de dos mundos. Europa y América se desplazan hasta encontrarse en un mismo texto donde la fuerza corrosiva del trópico puede, de igual manera, invadir la memoria de un marinero en la bruma de un puerto o la escalinata de un palacio. Es en este grupo de poemas donde las referencias históricas remiten continuamente a la gloria de monarcas y húsares; un fragmento de la obra dedicado a esa otra mitad de mundo que ha llenado la vida de Alvaro Mutis.

Muy pocos textos de este periodo permanecen en las cercanías del río Coello y se refieren a su personaje emblemático Maqroll; se trata de “Razón del extraviado”, “La visita del gaviero” y “El cañón de Aracuriare”. En ellos un narrador en tercera persona que ha seguido de cerca la ruta del gaviero lo presenta en sus momentos más íntimos de encuentro

consigo mismo, 'más trabajado por el paso de los años' y recordando de nuevo sus infructuosas tareas.

Un homenaje y siete nocturnos es publicado en 1986, al mismo tiempo que la novela *La nieve del almirante*, primera de la saga de siete, reunida posteriormente en el volumen *Empresas y tribulaciones de Maqroll el gaviero*. En este poemario, donde continúan las referencias históricas, la noche también es testigo de la destrucción permanente, y la muerte se muestra como fin último de toda vida.

Los últimos textos que conforman *Summa de Maqroll el gaviero (1948-1997)* de la que parte este estudio, son algunos poemas dispersos, recopilados en la década de los noventa. Entre ellos está una nueva remembranza a las noches de lluvia entre los cafetales cruzados por el río Coello, titulada "Visita de la lluvia", una alusión a las aguas que siempre lo preservan del olvido, aquellas que traen en su torrente las memorias de otros tiempos y que por un instante 'derrotan a la muerte'.

La lectura de esta *Summa* ha representado de principio a fin un retorno a las tierras tropicales observadas ahora bajo otra perspectiva. Gracias a Maqroll y su horizonte visto desde la gavia, hemos podido conocer lo que siempre estuvo ante nosotros, el deterioro continuo que significa el recorrido por la vida. No simplemente el hecho de la muerte como final inalterable sino, más imponente aún, el desgaste diario a que somos sometidos por el tiempo todos los seres y todas las cosas.

Como lectores compartimos con Maqroll esa visión y percibimos también el sin sentido de una ruta que no termina, la del destino del hombre. Empezar el camino desde el poema "La creciente" para evocar de nuevo los mismos estados y parajes en "Visita de la lluvia" es repasar el ciclo permanente de rutinas inútiles, en medio de una fuerza que todo lo consume, que en este caso es la del trópico.

La poesía de Alvaro Mutis es en sí misma una sola ruta de viaje, al igual que Maqroll, la obra recorre un camino que, sin detenerse, permite conocer poco a poco cada lugar, observar cada cosa en el panorama y detallar presencias antes desapercibidas.

En estos casi cincuenta años de poesía, Mutis nos acerca con precisión y gran intensidad al verdadero panorama de la vida del hombre moderno; en medio de un ambiente que se va despedazando, el gaviero se adentra con el correr de las aguas en un paisaje que, aunque parece inhóspito, es el único en que podría tratar de encontrarse. Es en medio de la soledad donde emprende el viaje interior que le deja conocer su destino.

En esta bitácora cíclica reconocemos la presencia de Maqroll como la del hombre de hoy. En medio de la ansiedad que produce la búsqueda permanente de algo que aún no se conoce, el gaviero evoca sus memorias tratando de encontrar el sentido de su existencia. Es la sensibilidad contemporánea de la que se hablará en el primer apartado de este estudio, la que invade a un navegante que sólo observa el vacío de su vida.

Su ruta está marcada por el destino, pues se trata de un viajero por vocación que sólo puede existir si se encuentra en movimiento. La condición para que Maqroll exista es el viaje; en este sentido se habla, más adelante, de que la obra de Alvaro Mutis es una poesía de viaje, que ha iniciado por sí misma un desplazamiento continuo que aún no termina.

Por otra parte, una presencia permanente en el viaje del gaviero es la muerte, con la que cumple una cita en diferentes momentos sin temor alguno. El ciclo debe seguir y es así que el gaviero no muere. La bitácora de Maqroll incluye desde el puerto de partida el encuentro último en que ha de terminar la vida. Él la asume desde el principio como parte de su destino y logra acercarse a ella sin angustia, con la tranquilidad de quien reconoce la condición precaria de la existencia y su lógico desenlace.

Así pues, han sido estos los ejes de trabajo al realizar la revisión de la obra poética de Alvaro Mutis. Aunque percibir en esta poesía la sensibilidad de un hombre moderno particular que se convierte en crítico de la modernidad; la muerte aceptada como parte del destino; y un viaje circular en medio de la fuerza del trópico que va desgastando incluso a los objetos que acompañan la ruta, son sólo algunos de los caminos que pueden encontrarse en la lectura. La muerte y el viaje son temas comunes a una gran variedad de obras; el estudio del viaje en la literatura resulta bastante amplio específicamente en el caso de la narrativa, pues en nombres como Homero, Conrad o Melville se halla la figura del viajero que recorre el mundo guiado por las aguas; sin embargo, en el caso de la poesía, la bibliografía de estudios de este tópico no es de la misma extensión; quizás porque no abundan obras poéticas completas dedicadas a un solo hombre cuyo destino único y permanente haya sido viajar.

De otro lado, el tratamiento del tema de los objetos en la poética de Mutis es un aspecto poco reseñado en los estudios sobre su obra; a pesar de que resulta evidente la fuerza especial que contienen los objetos en este universo. De nuevo en cuanto a la búsqueda de fuentes, es mínimo el material dedicado a los objetos y su papel en la poesía; incluso en otros géneros literarios. Es por esto que las referencias en estos apartados están limitadas básicamente a textos teóricos y no siempre en relación estrecha con el panorama literario.

Esta revisión ha partido entonces de cuatro puntos de observación, no todos analizados en otros estudios de la misma obra, para encontrar entre ellos las afinidades que les hacen coincidir en la conformación del mundo maqrolliano. Se ha seguido con detalle el surgimiento de este personaje emblemático que realiza un difícil recorrido en la modernidad, argumentando cómo esta poesía logra vislumbrar nuestro destino para enseñarlo en un espejo, donde verdaderamente el ciclo de viaje que se refleja es el de nuestra propia

existencia. Se trata entonces de una nueva lectura que pretende demostrar que la obra poética de Alvaro Mutis comparte las preocupaciones del hombre moderno y a su vez se convierte en crítica de la modernidad en tanto que su personaje, enfrentado al sin sentido de su existencia, no deja de buscar huellas en el pasado, atiende a los trazos del destino y se erige en un héroe moderno que a pesar de la certeza del fracaso, no renuncia.

Para este análisis de la poesía de Alvaro Mutis se ha tomado como base la edición de *Summa de Maqroll el Gaviero (1948-1997)*¹, preparada por la Universidad de Salamanca con motivo del VI Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana otorgado al autor. Las citas de poemas incluidas aquí, presentan siempre el nombre del poema entre comillas y el nombre del poemario en cursivas, además, la página en que se encuentran en la edición mencionada de la *Summa*, abreviada como SMG.

Queda por agregar que haberse lanzado al descubrimiento de la obra poética de Alvaro Mutis representó desde un principio trabajar con una multiplicidad de elementos que se desborda más allá de un eje único de interpretación. Se inició entonces la tarea de reunir significaciones, reconocer temas, ordenar constancias y correspondencias, no tanto para reencontrar el esquema de construcción de la obra, sino persiguiendo el sentido global en que ha devenido la conjunción de los ejes seleccionados.

No obstante, seguir la huella del viaje, la muerte y los objetos en esta poesía, obedeció a la determinación de trabajar, a partir de esos ejes, desde un horizonte preciso de interpretación: la modernidad.

¹ La edición de la Universidad de Salamanca ha sido preparada y prologada por Carmen Ruiz Barrionuevo y recopila la totalidad de la poesía hasta 1997 tomando como base las siguientes colecciones: *Obra Literaria. Poesía (1947-1985)* Ed. de Santiago Mutis Durán, Bogotá Procultura, 1985; *Summa de Maqroll el Gaviero, Poesía 1948-1988*, México, F.C.E. 1990; *Summa de Maqroll el Gaviero, Poesía 1948-1988*, Madrid, Visor, 1992, y *Obra poética*, Bogotá, Arango Eds., 1993; además señala haber cotejado los textos correspondientes con *Summa de Maqroll el Gaviero, Poesía 1948-1970*, Barcelona, Barral Eds., 1973.

Es así como para demostrar que el viaje de esta poesía opera como un viaje crítico en la modernidad, en forma metódica se abordó el contexto de producción enmarcado en la historia de la literatura colombiana y latinoamericana; se confrontó la labor crítica en torno a la obra tras el hallazgo o desencuentro de coincidencias temáticas e interpretativas; y además, en el intento de darle consistencia teórica a la metáfora Maqroll – hombre moderno, se revisó la caracterización del hombre en el discurso de la modernidad. Cabe anotar aquí, que se ha considerado al autor para contextualizar su producción como un texto de la modernidad mas no bajo la perspectiva del biografismo o el psicologismo que derivan en la observación del las relaciones entre el autor como individuo y el origen de su obra, descuidando la forma en que opera el sentido de la obra misma.

Finalmente, tratándose la lectura de un proceso dinámico en el que el lector va tejiendo diversas perspectivas dentro de la obra para edificar un sentido integrado de la misma, durante el análisis de esta poesía, pasando más allá de sus estructuras formales externas, empezó a construirse un sentido e intención claros en torno a la figura emblemática de Alvaro Mutis y su inusual recorrido.

Este es entonces, el producto de un análisis de la *Summa de Maqroll el Gaviero*, que ha intentado, a partir de motivos precisos, leer en la figura de Maqroll a un hombre moderno que en el límite de su travesía se convierte en un crítico de su propia condición.

MUTIS Y LA CRÍTICA

Mi poesía es una poesía que escribo para salvar un mundo del cual dependo profundamente. Se trata de preservar el recuerdo de una serie de imágenes y sensaciones de la tierra caliente colombiana... Este mundo de una gran sensualidad se sostiene intacto en cierta zona de mi ser y eso sencillamente me permite vivir²... Escribo para ordenar mi mundo.³ Son algunos comentarios que Alvaro Mutis ha hecho al ser interrogado sobre el origen de su trabajo literario y su relación con la poesía.

Al tratar de desentrañar ese orden que sostiene la obra poética de Alvaro Mutis, numerosos estudios que se iniciaron poco después de la publicación de su primer libro de poemas, han ido conformando un corpus de motivos y presencias trazados como un mapa a lo largo de este trabajo de casi cincuenta años.

En cuanto a su estilo, fueron infructuosos los intentos de catalogarlo en un solo género, es así como ante esta imposibilidad se han buscado explicaciones al tránsito libre y tan fluido que sucede entre la poesía y la prosa y que en su caso hace desaparecer la tenue línea de separación entre esos universos para algunos tan diferentes. Al respecto se ha señalado que la génesis de su narrativa se encuentra en su poesía; esto ante la evidente presencia de personajes y sucesos en algunos poemas, que exigen según el propio Mutis, un espacio mayor para seguir su viaje.

Para Santiago Mutis el paso de la poesía a la prosa se da porque “la marea de la realidad misma y de su recuerdo desborda los límites del verso y anega tierras extrañas; así

² E. García Aguilar, *Celebraciones y otros fantasmas. Una biografía intelectual de Alvaro Mutis*, pp. 145-146.

³ S. Mutis Durán, *Tras las rutas de Maqroll el Gaviero (1988-1993)*, p. 267.

su poesía toma posesión de la prosa, del retrato y de la novela, que son inclasificables.”⁴ La forma en que Mutis decide organizar su mundo requiere ir más allá del verso hacia otros territorios, sin más explicación que la necesidad de decir lo que tiene que decir.

Esta posición estética en la que su actitud verbal supera las fronteras entre el verso (como es entendido por la tradición clásica) y la prosa, lo señala como un poeta moderno. El límite entre géneros ha dejado de ser una preocupación, sencillamente poesía y prosa se contienen una a otra.

Se ha señalado la obra de Mutis como una mezcla de géneros de tendencia épica e incluso con un tono baladesco surgido entre la atmósfera de descomposición. Sin embargo, aunque bien es cierto que Maqroll inicia siempre empresas difíciles no se convierte en el héroe épico convencional, además la sucesión de hechos, en especial en las obras en prosa no responden a la categoría de aventura. En las narraciones de los viajes de Maqroll “el espacio de la peripecia recibe poca atención, en cambio hay mucho para reflexiones, advertencias, oraciones y recuerdos.”⁵ De igual manera, señala Morales Saravia, no se trata de relato épico en tanto no engrandece las hazañas, es más bien el incumplimiento de un gran proyecto, sabiendo de antemano que todo intento está condenado al fracaso, en todo caso el lamento sería por salir vencido de toda empresa.⁶

En cuanto a la preocupación por la expresividad de la palabra Alvaro Mutis busca siempre el rigor, la palabra justa que sin falsas pretensiones metafóricas permite acceder al mundo imaginado para Maqroll. Este esplendor verbal de que hablara Octavio Paz⁷ desde

⁴ P. Shimose, comp., *Alvaro Mutis. Semana de autor*, p. 43.

⁵ J. Morales Saravia, “Poesía y prosa en Alvaro Mutis” en K. Kohut, ed., *Literatura colombiana hoy. Imaginación y barbarie*, p. 272.

⁶ *Ibid.*, p. 275.

⁷ Cfr. Octavio Paz escribe los primeros comentarios críticos a poemas iniciales de Alvaro Mutis, *Los elementos del desastre*. Además de estar reunidos en diversas compilaciones de la obra, puede consultarse el prólogo de

sus notas a *Los elementos del desastre* y *Los hospitales de ultramar*, se refiere a la precisión que alcanza el poeta, resultado de una observación minuciosa pero también una delicada búsqueda en el lenguaje y de la gran fuerza que la realidad ejerce en el recorrido. Maqroll viaja en medio de una naturaleza que le absorbe pero que a su vez extiende sobre él, ese vigor de todo lo que vive y va acabándose lentamente; este acontecer permanente es llevado a la poesía con igual intensidad.

Continuando con el estilo del poeta colombiano, un asunto que ha merecido especial atención en la revisión de su obra, es el tratamiento de las voces narrativas y la presencia de ese 'yo poético' que juega indistintamente entre el heterónimo, el protagonista y un narrador observador. Al ser interrogado respecto a quién habla en su obra, Mutis ha señalado en toda ocasión que la figura de Maqroll desde el inicio de su poesía ha surgido con voz propia y total autonomía, no obstante la voz de Mutis se sigue escuchando en cada verso. Ha funcionado entonces como la mejor salida cuando necesita decir que no son sus palabras, sino las experiencias de este gaviero que cuenta con vida propia.

“La poesía moderna nos ha acostumbrado a que el poeta no tenga más voz que la de la primera persona del singular, a que el autor se confunda con el yo poético. Pero Alvaro Mutis ha tenido demasiadas vidas, por eso necesita muchas voces.”⁸ Al revelar que sus experiencias provienen de dos mundos: Europa y América, y su memoria se ha detenido en tiempos lejanos, muchos han encontrado la razón por la que el poeta recurre a diversas voces para acercar así la diversidad de realidades que confluyen en el mundo del gaviero. Alternando varias voces, el poeta despersonaliza el yo poético y el discurso se va ajustando a

1959 incluido de nuevo en la *Summa de Maqroll el Gaviero (1948-1988)* del Fondo de Cultura Económica, publicado en 1990.

⁸ S. Mora y Figueroa, “Alvaro Mutis. Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana 1997” en J. Ruiz, ed., *Caminos y encuentros de Maqroll el gaviero*, p. 152.

la realidad que quiere presentar; incluso tratándose de su poesía, el juego de voces narrativas resulta necesario.

Otra constante estilística es la enumeración, recordando formas nerudianas el poema va esparciendo poco a poco series de elementos contrarios o afines, no sólo para delinear el deterioro, sino a la vez como reflejo del orden aparentemente caótico del trópico en el que hay una misión a cumplir, extinguirse.

A partir de estas enumeraciones Consuelo Hernández halla una modalidad rítmica en esta poesía que va más allá de las alternancias consonánticas. Señala que esa modalidad responde a ritmos naturales paralelos como el día y la noche, lo frío y lo caliente, el interior y el exterior, la soledad y la compañía etc. Van formándose así ritmos binarios amplios y complejos, donde los contrarios se alternan en una paradoja permanente.⁹ Como ejemplos de estos ritmos señala la diada soledad/compañía del texto “En el río” (*Reseña de los Hospitales de Ultramar*, SMG, p.149): ‘Derivaba el gaviero un cierto consuelo de su trato con las gentes... Pero fue en el Hospital del Río en donde aprendió a gustar de la soledad’; y la línea paralela al río junto al girar de los remolinos en “El coche de segunda” (*Reseña de los Hospitales de Ultramar*, SMG, p.154): ‘Alguna vez habían construido allí una vía para el tren y los rieles llegaron hasta el final de la curva, trazada sobre el precipicio que daba al río, la tranquilidad de las aguas era recorrida por el sordo girar de amplios remolinos.

Se trata entonces de una renovación de estilo en la poética colombiana, el verso libre, los metros amplios, los monólogos dramáticos, además de la fusión épico – lírica de los que

⁹ C. Hernández, *Alvaro Mutis: una estética del deterioro*, p. 122.

se sirve el autor, representan según Adolfo Castañón,¹⁰ el riesgo verbal y estético que lo hace uno de los poetas más comprometidos con la aventura y misión de la poesía de hoy.

Cabe señalar además, que mientras Mutis va construyendo su discurso con un lenguaje renovado, se va refiriendo a la poesía misma, a la dificultad en su expresión y a la efectividad de la palabra.

Para hablar de la poética en su poesía puede partirse de los primeros poemas, donde ya el poeta empieza a trazar el camino no sin antes reconocer la imposibilidad de la palabra; demuestra así el conocimiento de su propia labor. Aparece el imperativo de atender a esas voces que nadie ha convocado pero que están ahí para ser escuchadas y la necesidad de una palabra tras otra queriendo mostrar la realidad pero sin lograrlo del todo. La misión de su poesía también parte de la seguridad de que se trata de un trabajo infructuoso, es una empresa que al igual que las de Maqroll nace destinada al fracaso, pero que aún así, es preciso llevar a cabo. Esta imposibilidad de la palabra y a su vez, la necesidad de encontrarla, bastante conocida por el autor, se escucha en líneas de “Programa para una poesía” (*Primeros poemas*, SMG, p.72): ‘Busquemos las palabras más antiguas, las más frescas y pulidas formas del lenguaje, con ellas debe decirse el último acto’; en “Una palabra” (*Los elementos del desastre*, SMG, p.91): ‘Sólo una palabra./ Una palabra y se inicia la danza/ de la fértil miseria’; y en “Cada poema” (*Los trabajos perdidos*, SMG, p. 127): ‘Cada poema un paso hacia la muerte./ una falsa moneda de rescate./ un tiro al blanco en medio de la noche...’¹¹

¹⁰ A. Castañón, “El tesoro de Mutis” en J. Ruiz, ed., *op. cit.*, pp. 195-196.

¹¹ Son numerosos los ejemplos a lo largo de la obra y varios textos completos están dedicados al tema, entre ellos “Los trabajos perdidos” incluido en *Los elementos del desastre* (SMG, pp. 110-111), “Cada poema” en *Los trabajos perdidos* (SMG, P. 127) e “Invocación” en *Caravansary* (SMG, p.182).

Para Mutis el poema escrito cumple un destino fatal porque al final, lo real derrota al lenguaje; estamos entonces comenta al respecto Rocío Montiel¹², ante dos motivaciones de la poesía de tradición moderna: la crítica del lenguaje y el trabajo poético, y el escepticismo acerca de la validez de la poesía en sí misma.

De otro lado, una de las líneas de trabajo en el análisis de esta obra, incluso antes de que surgiera la novelística de Mutis, ha sido la constante autorreferencialidad; rasgo importante en la consolidación de este universo cerrado y circular del gaviero. Maqroll no sólo recuerda lugares y personajes conocidos en poemas anteriores, también se remite a sus documentos y sus experiencias en continuas alusiones que además de concederle certeza, crean la sensación de un mundo más cercano al nuestro. Con la aparición de *La nieve del almirante* y las seis novelas posteriores que integran *Empresas y Tribulaciones de Maqroll el gaviero*, aquellas vivencias apenas vislumbradas en algún verso encuentran un cauce de revelación y van completando poco a poco el testimonio del personaje.

En palabras de A. Castañón, los poemas renacen en la narración, se da una vertiginosa sensación de eterno retorno y así el eficaz montaje de una máquina del tiempo circular. Su vehículo es la memoria y el medio es el mar de historias.¹³ Por ejemplo, el continuo fracaso de Maqroll en sus empresas como el cuidado de la mina, la venta de mercancías, el cuidado de barcos, etc., que se conocen en *Caravansary* y *Reseña de los Hospitales de Ultramar*, es un fracaso que se repite en la saga novelística en *La nieve del Almirante* con el proyecto del aserradero o en *Ilona llega con la lluvia* con la puesta en marcha de un prostíbulo.

¹² R. Montiel Toledo, *Alvaro Mutis: Las metamorfosis de una poesía*, p. 44.

¹³ A. Castañón, *op. cit.*, p. 202.

En este sentido la percepción de Maqroll como reflejo de modernidad adquiere un rasgo distinto, si se entiende que el hombre moderno ve siempre hacia el futuro y no intenta desandar el camino, se vislumbra una crítica a esa actitud moderna de olvidar el pasado, que se precisará más adelante.

El proyecto emprendido desde “Programa para una poesía” va cumpliéndose a través de Maqroll; primero en el verso y el relato y luego en la novela¹⁴ que precisa algunas de las empresas que con mayor intensidad han marcado la obra. La intertextualidad¹⁵ entre novela y poesía es sólida y va notándose de manera natural pues ambos discursos pertenecen al universo literario que se alimenta a sí mismo y encuentra sus límites entre sus propias líneas.

Dentro de la poesía colombiana, el estudio de la obra de Alvaro Mutis ha merecido un renglón aparte, pues desde un principio surge como producción que sin ataduras formales se va abriendo paso. No sólo porque el autor se ha manifestado siempre como independiente de toda tendencia literaria y toda ideología, sino porque los motivos que han dado origen al trabajo toman caminos estilísticos diversos que no pueden asociarse con otras obras de la época. Es esa lealtad a las necesidades del discurso la que ha consolidado la obra como un universo compacto, con identidad propia, el mundo de Maqroll. Para Cobo Borda¹⁶, estamos ante una poesía madura, la única poesía colombiana que hoy cuenta en Latinoamérica. Vista desde el exilio la tierra colombiana adquiere toda su opaca pesadumbre, sin embargo, en esa

¹⁴ Cfr. Acerca de la proximidad de la poesía a la prosa en la obra de Alvaro Mutis puede consultarse: José Balza, “Mutis: disoluciones y mudanzas” en *Inti*, 34-35 (1991-1992) pp.193-198; y Adolfo Castañón, “El tesoro de Mutis” en *Vuelta*, 205 (1993) pp. 60-63.

¹⁵ Los motivos de la obra poética pasan en muchas ocasiones a las líneas de la prosa, cabe destacar además que el protagonismo de Maqroll en la saga *Empresas y Tribulaciones de Maqroll el Gaviero*, cobra la misma intensidad y rasgos que posee en la poesía. La repetición de los títulos en prosa y verso es intencional, como ejemplos: *La nieve del almirante*, *Un bel Morir* y *Caravansary*, novelas que incluso rescatan versos y textos completos de la obra poética. También se trata de una misma historia, la de Maqroll; en *Un bel morir*, al referirse a la desaparición del gaviero se citan poemas de *Reseña de los Hospitales de Ultramar* nombrándolo como un libro actualmente inencontrable; además se presenta como un testimonio más verosímil de la muerte del gaviero, la versión que aparece en el poema “En los esteros” incluido en *Caravansary*.

miseria, Mutis encuentra lo imposible, un esplendor desconocido: el de ese trópico que todos conocían pero que aún nadie desentrañaba con tanta lucidez.

Los poetas que siguieron al grupo de 'Los nuevos' y a 'Piedra y Cielo' buscaron restituir a la poesía el poder de revelación, ésta es la actitud que permanece en Alvaro Mutis, que recrea la literatura de tierra caliente en la elaboración de un mundo personal. Con una visión angustiada pero lo suficientemente objetiva reconoce un destino sin fatalidad en medio de la fuerza de un entorno que se destruye. Para Mutis el mejor poema es la realidad, quizás por tener esto siempre en cuenta, su poesía es leal al mundo; nombra la realidad de la que tantos han hablado pero la recorre nuevamente haciéndonos creer que se trata de un orbe apenas descubierto.

En la literatura colombiana la producción estuvo marcada hasta entonces por el academicismo y la retórica, por el contrario Mutis, con pleno dominio de la palabra regresa a la intensidad y el rigor en lo que se dice; mientras otros siguieron repitiendo con destreza los viejos modelos, esta obra tomó un rumbo diferente y solitario.

Si bien es cierto que Alvaro Mutis parte de aspectos ya trabajados por otros poetas colombianos, como la alternancia de verso y prosa y el escepticismo ante la existencia de León de Greiff, o el tema del viaje y el trópico de Aurelio Arturo; el tratamiento de sus asuntos, la intensidad en el lenguaje y la claridad en la observación del mundo, corresponden a su sello personal.

Además: "El carácter coloquial, la narratividad en poesía, la multiplicidad de personas poéticas, la preocupación por la decadencia que produce la práctica del poder, la temática de la nostalgia y el desarraigo, son algunas de las características de la obra de

¹⁶ J.G. Cobo Borda, *La tradición de la pobreza*, p. 147.

Alvaro Mutis, que se habían venido prefigurando en la poesía colombiana”.¹⁷ En estas palabras C. Hernández explica cómo la obra obedece a un proceso que se había configurado y que él sintetiza y rebasa.

Continuando con el contexto literario, al buscar en su poesía toda huella posible de estéticas anteriores y contemporáneas, la crítica se detiene en el rastro surrealista evocado por la enumeración caótica y el ambiente onírico de algunos pasajes a que acude la memoria de Maqroll; el espíritu romántico de un viajero visionario pero condenado al fracaso; y la actitud moderna de quien se enfrenta a una realidad sin sentido.

Del espíritu vanguardista que cobró incipientes ecos en la poesía colombiana, Mutis comparte el deseo de reavivar el lenguaje pero no sólo por la innovación no razonada sino como resultado de la búsqueda permanente de las palabras con que mejor pudiera revelarse el orbe de Maqroll. Formó parte de la renovación estilística aunque no haya sido ese su motivo primero, en la creación. En cuanto a la filiación con el surrealismo, evidentemente versos como ‘el breve dintel de cloroformo’ evocan la metáfora inédita de la poesía francesa, bien conocida por Alvaro Mutis; no obstante el lazo de unión se va haciendo cada vez más endeble cuando se admiten otros rasgos de la poesía mutisiana como el tema del trópico, la precariedad de los seres y las cosas o el destino de errancia, en medio de un discurso que allana fácilmente el campo de la prosa, viajando en un territorio que pertenece más a la realidad que al sueño.

La figura de Maqroll como viajero incansable es vista en cierto sentido como la imagen del sentir romántico, en parte por su continua evasión hacia otros espacios como por su actitud nostálgica tan cercana a la soledad y a la muerte. También se percibe el halo

¹⁷ C. Hernández, *op. cit.*, pp. 44-45.

romántico en la expresión poética intensa y exaltada y en la aparición de tópicos como la muerte, el mar y el amor. Para algunos se trata de una herencia no superada todavía en el campo de la literatura; el gaviero es una versión moderna del hombre solitario y pensativo y el carácter de héroe se transforma quizás desde el inicio de un viaje que se emprende por destino y que está condenado a la inutilidad.

Maqroll no es un idealista romántico que pretenda cambiar el mundo o establecer nuevas reglas; él conoce la especie humana y sabe de antemano que todo está perdido, todo lo que realicemos estará signado por el desastre. No es un ser fatalista, sino más bien un 'realista romántico' como bien lo define Askold Melnyczuk.¹⁸

Otro contraste presente en la obra y revisado en la mayoría de trabajos es el que surge entre el interior y el exterior del personaje y su mundo. Tanto la descripción como el tono narrativo que se va dando en esta poesía se detiene con más interés y precisión en el paisaje interior del hombre. A pesar de que suceden los viajes en un mundo físico, la observación desde la gavia da cuenta de lo que yace dentro de Maqroll, de sus males, sus desventuras y sus sensaciones.

La búsqueda interior es paralela al desplazamiento corporal. El paisaje tropical o europeo que va acompañando cada travesía se muestra con esplendor y un gran toque de realismo, sin embargo Mutis no persigue lo pintoresco, no hay efectos descriptivos exteriores, más bien se descubre lo que hay detrás del paisaje. Transitando por las rutas del tiempo y del espacio, Mutis se va trasladando no sólo al interior del mundo sino del alma del personaje. Ejemplo de ello es el texto "El cañón de Aracuriare" (*Los emisarios*, SMG, pp.

¹⁸ Citado por Y. Gutiérrez Durán en *Maqroll hombre de empresas y tribulaciones*, del artículo "Caracoles, Maqrolles. Alvaro Mutis en el New York Times", reproducido por *La Jornada semanal*, No.7, 23 de abril, 1995, p. 5.

231-234), en el que mientras desciende por el río entre la cordillera, hasta estrellarse contra grandes rocas e internarse en la penumbra del cañón, Maqroll va aislándose de todo desorden y bullicio de los hombres e inicia un examen de su vida. El mismo traslado por paisajes del trópico que paralelamente significan un camino hacia sí mismo, puede leerse en “Cocora” (*Caravansary*, SMG, Pp-191-194), donde el gaviero pasa días aislado de todo contacto humano, en “La cascada” (*Reseña de los Hospitales de Ultramar*, SMG, pp.152-153) a donde entra para lavarse las heridas externas y las internas causadas por la derrota de sus asuntos y en “En el río” (*Reseña...*, SMG, pp.149-151) en el que se pierde para meditar sobre la materia de sus años.

El carácter de lo anecdótico o la emoción de una aventura es apenas el marco para ir más allá del medio físico, así la obra nos conduce a los lugares más íntimos de forma natural; basta la introspección casi mágica que sucede en “El cañón de Aracuriare”.

De igual manera en la saga novelística los acontecimientos narrados en forma fragmentada están llenos de pormenores que no dicen nada, es el caso de las enumeraciones, señala Valencia Goelkel¹⁹, que en realidad no son datos sino signos enlazados en la construcción de una totalidad; un descubrimiento de la existencia desesperanzada, para la que todas las tareas por hacer y los espacios por recorrer responden a un solo orden, el del interior de nosotros mismos.

En otras palabras lo expone C. Hernández: “Ni su novela ni su poesía usan motivaciones de tipo político, sentimental, ni confesional; es como dice el propio Mutis, una obra escrita con las entrañas. Sus novelas son más existencialistas, no hay en ellas afán de hacer crónica de la época o de las circunstancias históricas o económicas del momento

actual.”²⁰ Se trata de una revelación, un camino inverso hacia el autoconocimiento, el exterior sencillamente va pasando en el horizonte y el verdadero recorrido aún no se concluye.

De otro lado, a partir de la creación de un personaje, heterónimo u ‘otro yo’ a quien conceder la voz principal del discurso, su obra ha sido comparada con las de León de Greiff y Fernando Pessoa, sin embargo Maqroll más que coautor o cómplice fue ganando tal individualidad que incluso Mutis, que en sus entrevistas de los años setenta reconocía que era su otra voz y que representaba todo lo que él no había podido ser, declara ya para su época novelística de los ochenta, que Maqroll tiene un rumbo propio, que no se sabe qué hará mañana y que ni siquiera ha permitido quedarse muerto, pues por su voluntad sigue apareciendo.²¹ Pareciera cierto el juego creativo en el que el escritor siempre afirma que los personajes salen de sus manos para cobrar vida propia; la crítica acepta la explicación del autor sin obviar el caso de la conveniencia de usar una voz distinta a la propia cuando se tiene algo tan crudo que decir.

Ya sea que se acepte a Maqroll como un medio para expresar lo observado en la realidad o que se le considere una creación autónoma que a su vez trae su propio discurso; todos los conocedores de este viaje coinciden al identificar en el gaviero la figura de todos los hombres. Desde los comentarios a los primeros textos de *Los elementos del desastre* donde ya se escuchaba la “Oración de Maqroll”, pasando por las lecturas hechas a *Los*

¹⁹ H. Valencia Goelkel, en reseña virtual para la Biblioteca Luis Angel Arango del Banco de la República de Colombia, www.banrep.gov.co

²⁰ C. Hernández, *op. cit.*, p. 174.

²¹ De las casi trescientas entrevistas que a lo largo de su trayectoria y con ocasión del Premio Cervantes mencionó haber concedido Alvaro Mutis, la mayoría se han realizado con motivo de los reconocimientos recibidos desde 1997, sin embargo las de mayor contenido biográfico y literario corresponden a años anteriores, entre ellas cabe destacar los trabajos de Fernando Quiroz, Juan Gustavo Cobo Borda, Jacobo Sefami, y Alvaro Castaño Castillo.

hospitales de ultramar, Caravansary y La nieve del almirante; hasta el conjunto de *Empresas y tribulaciones*, la imagen del gaviero ha sido siempre interpretada como nuestro reflejo.

Múltiples lecturas se detienen en la similitud del protagonista con un viajero en búsqueda permanente, observando sensaciones humanas en él tan presentes como la angustia, el hastío o la resignación, asuntos bastante tipificados en otros viajes literarios. La plena identificación de Maqroll como hombre moderno apenas ha sido esbozada a partir de la producción narrativa.

Hablar del gaviero ha sido también referirse al carácter de universalidad de esta poesía pues aunque es una figura inspirada en un hombre común, no pertenece a un lugar específico, no encarna una población, una clase social, ninguna categoría determinada. Esta ha sido una de las razones para que pronto aventajara a otros en la literatura colombiana cuando al fin alguien decide escribir desde un panorama mucho más amplio y no en su pequeña realidad nacional. Al respecto R. Cano Gaviria afirma que en Colombia no se podía seguir escribiendo en la ignorancia de lo que trascendía las fronteras; la de Mutis es una creación extraterritorial de todas las patrias.²² Es un despertar de nuestra poesía que rápidamente encuentra eco y permanece entre los lectores.

Maqroll observa el mundo en su recorrido pero su posición en la gavia significa un nivel diferente al nuestro, el de un visionario cuya capacidad va más allá de todas nuestras miradas, se erige entonces “como observador pero también como dominador del resto de los hombres”.²³ Palabras más palabras menos, cada lector ha ido encontrando en el gaviero rasgos humanos muy cercanos a vivencias propias, así como con asombro ha descubierto el

²² R. Cano Gaviria, “Dieciséis fragmentos sobre Maqroll el gaviero” en J. Ruiz, ed., *op. cit.*, pp. 322-323.

verdadero estado del mundo, en cuyo horizonte, poco resulta halagador. Sin embargo, reconocen en él su entereza en la aceptación, la fuerza inagotable para seguir el destino y la estrecha relación con la naturaleza y la muerte.

De gran importancia en los estudios de Mutis ha sido la identificación de sus temas centrales: deterioro, desesperanza, viaje y muerte se constituyen en ejes de análisis.

Por la propia condición del gaviero, el viaje ha sido uno de los primeros temas desarrollados en las lecturas de la obra. Se ha mencionado ya que los lectores coinciden al hallar similitudes en los recorridos físicos de otros grandes personajes literarios y a su vez en la existencia de un viaje espiritual que hace pasar a Maqroll por diversas etapas en la memoria de sus días. El traslado por el espacio y por el tiempo es una circunstancia indispensable no sólo para la permanencia del gaviero, sino para el fluir mismo de la poesía. Para José Balza, el trabajo de Alvaro Mutis enuncia el hecho absoluto de que vivimos en medio de un extravío.²⁴ La errancia necesaria del gaviero corresponde a nuestra propia incertidumbre, a 'un no saber a dónde ir', que sólo puede resolverse en la certeza efímera de cada partida.

Alrededor del tema del viaje, se tejen otras rutas de trabajo como la naturaleza que rodea los trayectos, la evocación permanente del pasado, los escenarios tropicales y europeos, así como la soledad en el camino. El entorno natural es descubierto como la mayor evidencia de acabamiento de lo que existe; ya no como el verde exuberante de la literatura latinoamericana previa, sino como material perecedero que agoniza también con el paso del tiempo, sin perder aún así, la fuerza del clima cálido de las tierras bajas.

²³ A. Castañón, *op. cit.*, p. 199.

²⁴ J. Balza, Prólogo a *Alvaro Mutis. Antología personal*, editada por Altera, 2002.

El recurso de la memoria para el traslado en el tiempo surge de manera natural en la existencia de un hombre que no encuentra sentido en el presente. Según E. Volkening la poesía de Mutis tiene un poder adicional: “es capaz de evocar un mundo misterioso e inmenso con sólo citar nombres que parecen meras nociones geográficas”.²⁵ Y se comprueba con facilidad el traslado permanente; desde Cádiz, Córdoba, Novgorod, Creta o Viana hasta Coello, Aracuriare, la Amazonía o el Caribe, se va accediendo no sólo a diferentes siglos y continentes sino a otras vidas y lúcidos momentos de la historia del hombre. El mapa de navegación va más allá de las rutas geográficas incluyendo glorias históricas y caminos interiores; en el movimiento permanente del poema, el trópico colinda igual con el páramo que con el vacío.

En cuanto a la soledad, se sabe ya una condición imprescindible para la existencia de Maqroll, sólo así puede estarse en la gavia. El propio Mutis reconoce la soledad como necesaria para la desesperanza, sin embargo no se trata de una soledad motivo de tristeza, Maqroll nunca se queja de ella pues la requiere para la observación detallada del mundo y de sí mismo.

Por otra parte, la muerte considerada por algunos como el verdadero leit-motiv de la obra, ha sido trabajada como correspondencia final a la ruta de deterioro. Al enfrentarse al regreso de Maqroll cuando al parecer moría en versos anteriores; se ha explicado esa inmortalidad como un hecho situado en la dimensión de la vida, no en la de la muerte ni en la del más allá. Es decir, la verdadera muerte del gaviero aún no sucede y será inmortal mientras esté viviendo.²⁶

²⁵ E. Volkening, Prólogo a *Summa de Maqroll el gaviero (1948-1988)*, editada por el Fondo de Cultura Económica, 1990.

²⁶ O. Castro García, “La verdadera muerte de Maqroll” en *Sueños, erotismo y muerte en la narrativa de Alvaro Mutis*, P. 56.

Siguiendo el trabajo de Castro García, respecto a la muerte señala que va apareciendo en la poesía con elementos de espacio, atmósfera y ámbito, se respetan sus pasos y sus elecciones, el lenguaje permite entenderla y se despoja de toda atadura que impida la verdadera confianza que debemos guardarle. Y añade: “predomina aquí la positividad más que la negación con que la cultura de occidente mira la muerte y se enfrenta a su trabajo”.²⁷ Toda lectura de *Summa de Maqroll el Gaviero* detiene su mirada en este hecho inminente, ya que la muerte está muy cercana a la ruta del navegante y basta agregar que él ha llegado a conocerla mucho mejor que nosotros.

En relación con los temas deterioro y desesperanza, una de las lecturas más completas mencionada ya en esta revisión, es la realizada por C. Hernández, *Alvaro Mutis: una estética del deterioro* de 1995, en la que se hace un seguimiento preciso del acabamiento observable en toda la ruta así como del carácter desde siempre desesperanzado del gaviero. Como resultado, logra la descripción del deterioro humano tanto físico, visto en la enfermedad, como emocional; además del propio desgaste de la sociedad, la naturaleza y los espacios. El exilio, el recuerdo, el miedo, la nostalgia y la soledad, así como el papel femenino de acompañante efímera, se suman como factores conjugados en la sensación de inutilidad y sin sentido del protagonista.

Nombrado como poeta del desencanto, Mutis escribe sobre la empresa imposible e inútil de un hombre condenado desde el principio al fracaso. No obstante, de esa realidad agobiante el poeta hace un canto a la belleza, uno de los grandes méritos de la obra, construir un universo intenso cargado de conocimiento de la existencia, a partir de la miseria de la destrucción que todo lo cobija.

²⁷ Idem.

En palabras de Cobo Borda, el deber del poeta ha sido convertir esa nada en esta rica literatura, con su lujo verbal lo que ha encubierto ha sido la infinita desilusión humana.²⁸ No es la primera vez que en Colombia surge una obra de tal calidad a partir de un fracaso, comenta en otro texto Cobo Borda, pues ahí se hallan logros inexplicables como *Nocturno* de Silva y *Morada al sur* de Aurelio Arturo.²⁹

La fuerza de la destrucción parece trasladarse igual a la fabricación del mundo maqrolliano y le concede con naturalidad la intensidad necesaria para reflejar lo real. En una descripción afortunada, D. Valverde señala cómo se logra esta labor de alquimista que crea oro a partir de los desechos, el poeta “usa la natural decadencia de las cosas, conoce la respiración secreta del mundo, sus estructuras; metales, frutos, sustancias, olores y el mejor aglutinador, el agua”.³⁰ Es por su sensible percepción del mundo, que el poeta ha logrado trasladarlo a cada verso.

Finalmente, estudiar la obra poética de Alvaro Mutis es enfrentarse a un mundo de dualidades donde convergen en armonía percepciones muy disímiles como el esplendor del paisaje del río y la lluvia entre los cafetales, frente al deterioro de los hombres, los barcos o los hospitales de ultramar; o las experiencias de un hombre del trópico en una finca de Coello frente a las de un viajero intercontinental. La unión de contrarios que en diferentes momentos se ha señalado, se refiere entre otros al carácter individual y universal del personaje, al realismo frente a la imaginación, la devoción por la monarquía frente al anhelo de transgredir las leyes, el escepticismo religioso contra la fuerte fe pagana, lo intacto del pasado que se recuerda ante el desmoronamiento de lo presente, más la continua antítesis

²⁸ J. G. Cobo Borda, *La narrativa colombiana después de García Márquez*, p. 102.

²⁹ J. G. Cobo Borda, *La tradición de la pobreza*, p. 147.

³⁰ D. Valverde, “Don Alvaro ante el Rey, tantos años después” en J. Ruiz, ed., *op. cit.*, p. 220.

entre vida y muerte, memoria y existencia en la mente de Maqroll. De esta conjunción seguirán surgiendo entonces otros caminos de interpretación y reconocimiento de esta poesía, sin olvidar además que Maqroll aún no termina.

Brevemente se han expuesto hasta aquí las constantes en los estudios sobre la obra, bien para señalar puntos de apoyo a este trabajo o para deslindar asuntos que se alejan de esta perspectiva. Fue preciso resumir en pocas líneas las consideraciones que hasta el momento ha hecho la crítica, con el ánimo de recopilar las principales líneas de trabajo y acercar a la memoria del lector el rastro que ha venido dejando esta poesía.

Han quedado de lado los juicios positivos o desfavorables respecto a la *Summa* para despejar las rutas ya trazadas y apuntar desde esta nueva lectura hacia algunos aspectos poco trabajados y otros que confirman la visión del gaviero como un hombre moderno muy particular.

Aunque se trata ahora de otra propuesta de lectura, tener como punto de partida lo que ya se ha dicho sobre Alvaro Mutis y su poesía, nos permite tomar la distancia crítica necesaria para emprender un camino que sin obviar los ya trazados evita recorrerlos de nuevo. Se van descubriendo otras cosas que decir sin la menor pretensión de subvalorar posturas anteriores, pues para su hallazgo ese recorrido previo ha sido el alimento. Quedamos pues de frente a un visionario que ha dado mucho de qué hablar y que seguirá sorprendiendo con su capacidad de desentrañar el mundo que comparte con nosotros.

1. MAQROLL: REFLEJO DEL HOMBRE MODERNO

El discurso de la modernidad que surge ante los cambios en la civilización humana, precipitados a partir de la Revolución Industrial, responde a una nueva relación del hombre con el mundo. En la era moderna el hombre es el centro del universo y todo funciona en torno a él; sin embargo el costo del gran logro llamado ‘progreso’ parece ser la llegada de nuevas ansiedades que ya no son de orden material y no pueden ser resueltas, como todo hasta ahora, por la vía tecnológica.

Tanto las ciencias -directamente involucradas en ese desarrollo- como las artes, han sido tocadas por la cultura moderna. No obstante en estas últimas se encuentra el testimonio frecuente de las preocupaciones del hombre de hoy, que se siente vacío. Por su parte, también la literatura como creación responde al nuevo paradigma donde el hombre ha estado construyendo un mundo de artificialidad que lo ha hecho esclavo de su progreso y amenaza con volverse en su contra.

En medio de un entorno vertiginoso que le promete la posibilidad de alcanzar todas sus metas materiales, el hombre moderno emprende una ruta de ansiedad, donde va descubriendo que nada le satisface completamente; en su lucha por alcanzar las nuevas posesiones, surge también la frustración de no conseguirlo todo. Así como el mundo moderno ha colmado de bienes la vida del hombre, de igual manera le ha dejado en una carrera de consecuciones sin sentido, con un ritmo de vida carente de solidez, en el que no encuentra a qué asirse.

La poesía de Alvaro Mutis nos enfrenta a través de su personaje emblemático Maqroll el Gaviero, con la imagen del hombre moderno; tras siglos de historia, guerras y gobiernos, Maqroll se detiene ante sí mismo aterrado por la posibilidad de una existencia sin

sentido. Surge la necesidad de trascendencia que lo lleva a una vida errante donde cada aventura resulta infructuosa y el único camino es partir de nuevo.

1.1. SENSIBILIDAD CONTEMPORÁNEA

A lo largo de toda la obra se va conformando una visión del mundo que corresponde a un panorama de degradación: Maqroll observa cómo los seres y las cosas a su alrededor lucen cada vez más deterioradas además de percibir que la naturaleza también participa de esta decadencia. Es la visión del mundo de nuestros días, la mirada del hombre contemporáneo que da cuenta del estado de desgaste incluso de sí mismo.

La poesía de Mutis evoca personajes y hazañas de un pasado grandioso, quizás para lograr un contraste mayor con el presente; sólo al ver hacia atrás podrá buscarse algún sentido, pues en su presente Maqroll no cuenta con otra alternativa más que ser observador de una ruta de acabamiento. Desde este punto de vista, el personaje desentona con la idea del hombre moderno para el que no hay miradas hacia el pasado; se trata entonces de un hombre moderno que entra en crisis al estar siempre instalado en el presente y decide retomar lo perdido. Mutis se convierte aquí en un crítico de esa actitud moderna que quiere olvidar lo vivido y lo demuestra en el fracaso de este personaje que se atreve a volver la mirada, pese a que su tarea permanente sea seguir hacia adelante.

En este marco Maqroll se reconoce como un hombre cansado, hastiado de la vida; a veces el pesimismo logra apoderarse de él y entonces hallamos una figura abatida que no tiene otra misión diferente a contemplar desde el lugar donde se encuentre, la larga fase final de su entorno. Con ese pausado aliento de vencido que anuncia en los primeros versos, el hombre se detiene ante la realidad que ya resulta innegable. En “Programa para una poesía”

(*Primeros poemas*, SMG, p.72), se escucha algo de ese pesimismo: 'Diremos adiós a un mundo que se hunde en el caos definitivo y extraño del futuro'.

Ya desde los primeros textos de vanguardia, la poesía latinoamericana ha encontrado su voz en la de un hombre que está solo, asumiendo la crisis de su universo con una imagen desmantelada y en una visión desintegradora.³¹ Mutis se ha alimentado de esos movimientos, por lo que no resulta extraño que su personaje termine inscrito en este mismo ambiente de desolación que desde tiempo atrás venía apoderándose del hombre. Maqroll, que emerge como un ser solitario consciente de su existencia, se va convirtiendo en un espejo cada vez más nítido del pensamiento escéptico y desesperanzado del hombre de nuestro siglo.

Como lo señala L. Goldmann en su trabajo, casi todo el arte contemporáneo se interroga sobre la existencia del hombre en el mundo moderno;³² el hombre ha ido perdiendo confianza en sí mismo, los valores han cambiado y aquellos sobre los que había edificado su existencia, ya no cuentan.

De esta manera sus posibilidades de realización se acaban, cada vez es más difícil hallar un camino, una actividad, que le conceda sentido a su estar aquí. Este escepticismo frente a la existencia humana caracteriza también la ruta de Maqroll, ya no hay nada que lo haga pensar en una solución, ni siquiera sus innumerables empresas significan algún aliciente.

Todas las tareas son emprendidas con el convencimiento de su inutilidad; él mismo se está desintegrando y no es posible dar pasos hacia atrás. La palabra futuro no existe en la poesía de Mutis; da continuas miradas hacia pasados esplendorosos para regresar de nuevo a

³¹ S. Yurkievich, *Los avatares de la vanguardia*, p.353.

la vida del Gaviero, pero nunca invoca un mañana afortunado. A pesar de que Maqroll es un avizor de horizontes, de lo que está por venir, lo único que avista es el fracaso de sus encargos, ésta es la única trayectoria viable tanto para él como para el mundo. Si bien es cierto que el hombre moderno emprende tareas viendo siempre a lo porvenir sin que importe lo pasado, aquí Maqroll se instala en el recuerdo, lo que lo distingue entonces como un ser particular que se distancia un poco del pensamiento moderno; sin embargo continúa la tarea con la misma fuerza para hacer cosas en medio del desencanto.

Su viaje continuo e infructuoso sólo lo conducirá a la nada, esa es la certeza mayor en la que afianza sus días. En “Grieta matinal” (*Los trabajos perdidos*, SMG, p.119), poema que revela el gran conocimiento que tiene el personaje de su propia condición, se reconoce la frágil materia del hombre y su permanente deterioro:

Cala tu miseria,
sondéala, conoce más sus escondidas cavernas...
Ten presente a cada hora
que su materia es tu materia...
Y teje con ella la verdadera,
la sola materia perdurable
de tu episodio sobre la tierra.

De eso estamos hechos, de trozos carcomidos por el tiempo, que existirán sólo hasta que la corrosión los consuma por completo y el resultado sea nada; esa nada ‘adonde iremos a perdernos algún día’. Ese final ha de ser el mismo para todos pues la condición de Maqroll es la misma de todos los hombres. En la “Invocación” de *Caravansary* (SMG, p.182), tras la alusión de personajes que han llegado a sus versos, el poeta confirma la última estancia que ha de reunirnos: ‘la piadosa nada / que a todos habrá de alojarnos’.

³² L. Goldmann, *La creación cultural en la sociedad moderna*, p.65.

Ante este camino trazado para el hombre, no servirán de nada sus intentos por encontrar un rumbo diferente. Así como todos los comerciantes, guerreros, navegantes y gambusinos que desfilan frente a la mirada pasiva del Gaviero, terminan en el mismo lugar de incertidumbre y con las manos vacías después de todos sus empeños; también el hombre moderno ha llegado hasta hoy con esa sensación de inutilidad de lo que ha sido su vida. Es el caso de “El húsar” en *Los elementos del desastre* (SMG, p.94), quien tras grandes hazañas queda sumergido en la memoria de algunos hombres que finalmente será borrada por el tiempo: ‘Solitario,/ esperaba el paso de los años que derrumbarían su fe,/ el tiempo bárbaro en que su gloria habría de comentarse en los hoteles.../ Cese ya el elogio y el recuento de sus virtudes y el canto de sus hechos... Hagamos el último intento de reconstruir sus batallas, para jamás volver a ocuparnos de él.’

En esa memoria del hombre moderno que quiere ser Maqroll, no hay nada que valide las acciones al mirar hacia atrás; ni aun las grandes proezas de antaño han logrado cambiar el curso. El Gaviero, en su condición de vencido sin remedio, alcanza a ver ese rumbo del que ya no puede escapar, toda intención de hacerlo será en vano. Casi en un tono resignado sigue recorriendo varios parajes sin pretender alcanzar una meta definida pues es consciente de que tiene una ruta marcada y ya se ha habituado a la idea. Esta aceptación se lee en “Trilogía” (*Los elementos del desastre*, SMG, p.102) donde se reconoce envuelto en una lucha estéril que lo agota y lo lleva mansamente a la tumba.

Es entonces, la figura de un hombre moderno en crisis, que no se preocupa por el mañana, se acostumbra sin desgarramiento a lo peor y acepta que una existencia sin

objetivos trascendentes puede ser posible.³³ Maqroll es un hombre que en el límite de la modernidad empieza a presagiar lo peor, sumiéndose en el desencanto.

En “La visita del Gaviero”, este hombre nos enumera las diversas labores en que se ha ocupado, en su aparente búsqueda de sentido, no obstante asume su inutilidad: ‘al fin de cuentas todos estos oficios, encuentros y regiones han dejado de ser la verdadera substancia de mi vida’ (*Los emisarios*, SMG, p.217). Con ellos sólo ha querido distraer algunas de sus obsesiones, que luego nos comenta, y en las que se hallan otras coincidencias con el sentir del hombre de hoy. Entre ellas, reconoce el aislamiento en que se encuentra cada hombre, en un mundo donde: ‘nadie escucha a nadie. Nadie sabe nada de nadie, donde todos están señalados por el signo de lo incomunicable’ (“La visita del Gaviero”, SMG, p.217).

Para Mutis la incomunicabilidad es una de las condiciones de la desesperanza, se trata de una realidad que se vive interiormente y se va convirtiendo en la materia misma del ser.³⁴ El anhelo de comunicarse ha sido clausurado, cada uno reconoce en soledad la falta de sentido de su vida y esta introversión no requiere de interlocutores. Se trata de un hecho que sólo puede constatarse dentro de sí mismo, hablar no sirve de nada y en este mundo moderno donde reina la individualidad, tampoco hay quien quiera escucharnos.

Otro de los matices que permite reconocer en Maqroll la representación del hombre moderno es su carácter local y universal a la vez. Es un viajero que igual se encuentra con personajes ilustres en ciudades plenas de historia, como con mineros y lavanderas de pueblos perdidos. Este personaje entrañable de Mutis se acerca al vivir cotidiano de la gente del trópico: pasajeros de trenes, capitanes de navíos, enfermos de un hospital o huéspedes de un hotel, todos son transeúntes comunes en la misma ruta; y aunque son encuentros fugaces,

³³ G. Lipovetsky, *La era del vacío*, pp. 51-52.

bastan para identificarlos como imágenes de nuestros propios rostros. Hombres con oficios diversos pero que no conducen a nada, inmersos en una rutina de vida como la de Maqroll, con iguales ansiedades y en la misma soledad.

Por otro lado, las referencias históricas presentes a lo largo de toda la obra conceden un carácter de universalidad. Regresar en la memoria a sucesos que trajeron mayores glorias a los hombres significa retomar las mejores huellas de la historia de la humanidad, con ello se afianza más la sensación de estar en el mundo real.³⁵ Los húsares existieron, los monarcas legendarios y la Rusia de los zares aún están en nuestra mente; se trata de una poesía de nuestro tiempo que encuentra sus razones no muy lejos del mundo de hoy. A través de este recurso, el autor nos ubica en un mundo contemporáneo, enfrentados a una realidad agobiante, típica de la sensibilidad moderna; Maqroll es un ser afín a todos los hombres en sus ímpetus y en sus derrotas.

Es así como se revela la forma en que la obra poética de Alvaro Mutis aborda la problemática del hombre moderno, en una nueva propuesta. En ella, el hombre no logra salir de su desesperanza ni aún en el encuentro con la naturaleza. Las regiones montañosas y selváticas, los ríos de fuertes caudales y el aire cálido que antes funcionaban como lugar de reunión consigo mismo; aquellos ambientes tropicales tan propios del entorno americano que sirvieron a otros como lugar de reflexión, como signos de plenitud, casi revestidos de un poder sobre el hombre, surgen ahora de otra manera; poseen la misma fuerza pero su propiedad ya no es la de alimentar y hacer crecer, sino la del deterioro.

³⁴ A. Mutis, *Contextos para Maqroll*, p. 45.

³⁵ Los textos incluidos en los poemarios *Crónica Regia* y *Diez Lieder* hacen referencia específica a estos personajes históricos, además puede encontrarse numerosos ejemplos en "Novgorod la Grande" del libro *Los emisarios* y "El sueño del príncipe elector" de *Caravansary*.

El conflicto del hombre moderno es el mismo pero en Mutis la naturaleza, presente más que como simple escenario, no otorga solución y por el contrario participa con su propio desgaste en la visión degradada del mundo. Resulta evidente que es vista en forma distinta, Maqroll está en comunión con ella sólo que ahora su búsqueda de sentido va más allá de esos montes y caudales que simplemente cumplen un recorrido, como él; en palabras de J.G. Cobo Borda: “la selva no es más que otro lugar de tránsito hacia la nada”.³⁶ La visita de la lluvia en medio de los cafetales; las montañas sembradas de platanales, atravesadas por el recorrido de un ferrocarril; la creciente de las aguas en el río Coello, no le dan ninguna respuesta, ni lo liberan de su búsqueda, sólo contribuyen a completar la percepción deteriorada de lo que le rodea.

El discurso de la modernidad también señala este cambio en la relación del hombre con la naturaleza: son afines y el hombre reconoce su origen en ella, sin embargo sólo puede verla con su intención de dominio, ha extraído de ella todos sus recursos y aun así observa su fracaso. En su aislamiento ya no sirve acercarse a ella para justificar su errancia por el mundo, ya que ella no tiene respuesta a sus ansiedades; Maqroll tampoco las ha encontrado.

1.2. LA SOLEDAD: OTRA DE LAS PLAGAS DE MAQROLL

Entre las condiciones que el propio Mutis enuncia como necesarias a la desesperanza, se encuentra la soledad “nacida por una parte de la incomunicación y por otra de la imposibilidad por parte de los demás de seguir a quien vive, ama, crea y goza, sin esperanza”.³⁷ En la búsqueda de caminos, en el hecho de verse a sí mismo, el hombre se va quedando solo; es un acto autorreflexivo que a pesar de llevarse a cabo en medio de todos

³⁶ J.G. Cobo Borda, *Para leer a Alvaro Mutis*, p. 114.

los hombres, únicamente se concreta en la individualidad. Este hombre moderno que es Maqroll recorre diversos parajes cruzándose con otros hombres y mujeres pero la visión que advierte de su existencia, la realiza en un completo aislamiento. Quizás se deba a lo que el autor llama imposibilidad de los otros para tener la misma percepción; que en realidad no es más que un ocultamiento en el que muchos pretenden vivir para evitar una confrontación con la realidad. No son pocos los que sienten la inutilidad de la existencia del hombre, sin embargo la mayoría no se atreve a asumirlo.

El Gaviero vive en ciudades solitarias, como extraño en todas partes, escuchando voces que no alcanzan a llegar, no puede ser de otra manera. En el texto “La cascada”, el aislamiento imperativo halla una explicación: ‘Apartado del tiempo y aislado del ruidoso bochorno de los cafetales... Le fue dado ver en toda su desnuda evidencia, la vastedad de su miserable condición’ (*Reseña de los hospitales de Ultramar*, SMG, p. 152).

Cabe mencionar que la era moderna es la era de la revolución individualista en la que el hombre tiene fe exacerbada en sus potencialidades, “por primera vez en la historia, el ser individual, igual a cualquier otro, es percibido y se percibe como fin último, se concibe aisladamente y conquista el derecho a la libre disposición de sí mismo”.³⁸ Se trata de un hombre que centra sus esfuerzos en su propia persona con plena confianza en sus capacidades, y en su fuerza creadora y productiva. Emprende sus tareas como ser individual, a solas consigo mismo. Sólo en este acto de intimidad puede el Gaviero hacer un intento por resolver la inquietud de su vida.

³⁷ A. Mutis, *op. cit.*, p.45.

³⁸ G. Lipovetsky, *op. cit.*, p. 93.

El deseo incontenible de estar solo, es otra de las plagas de Maqroll; eso que le obliga a buscar la soledad de forma racional y no como un castigo a su condición de miseria o a su capacidad de visionario de la existencia del hombre.

En su *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea* Erich Fromm advierte que el hombre moderno está esencialmente solo y tiene que sostenerse sobre sus propios pies;³⁹ así ha emergido Maqroll, por sus propios medios, sin más fuerza que la que proviene de su interior. Viaja en soledad, apartado de todos los que cruzan su camino. Sus relaciones y encuentros con los otros son fugaces, pero no son ellos quienes le desprecian o se alejan; por el contrario, la soledad del Gaviero se da por elección. Es él quien decide partir siempre, dirigirse a minas abandonadas como Cocora, visitar cañadas poco transitadas o deambular por zonas desérticas, logrando siempre apartarse de los otros. Ha aprendido a gustar de la soledad; desde los primeros poemas este personaje aparece solitario y poco a poco se acostumbra a estar simplemente en su compañía. No hablamos de una vocación de ermitaño sino de quien disfruta cada vez más del aislamiento como propicio a sus fines. El texto "En el río" da cuenta de este agrado:

Pero fue en el Hospital del Río en donde aprendió a gustar de la soledad y a rescatar en ella la única, la imperecedera substancia de sus días. Fue en el río en donde vino a aficionarse a las largas horas de solitario soñador, de sumergido pesquisador de un cierto hilo de claridad que manaba de su vigilia sin compañía ni testigos... Y de su soledad largamente rumiada y laboriosamente escarbada en los largos días en que yaciera descifrando las grandes manchas que la humedad dejaba en las paredes de ladrillo, derivó el Gaviero algunas enseñanzas perdurables y una costumbre, cada día más acentuada, de estar a solas con sus asuntos. (*Reseña de los Hospitales de Ultramar*, SMG, p.149)

En el camino hacia la soledad el Gaviero ha pasado otros estados, primero de nostalgia y luego de una gran sensación de vacuidad. En su exilio voluntario los recuerdos

³⁹ E. Fromm, *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, p. 166.

de alegrías pasadas aparecen cada vez con mayor frecuencia, las miradas hacia atrás son inevitables y en cada paraje vacío o en las tardes de lluvia, vuelven a la mente del Gaviero los días de algarabía en los cafetales; rescata horas del pasado a las que quisiera aferrarse ahora. Se trata de una nostalgia densa, no sólo por lo que implica recordar momentos felices que ya es imposible vivir, sino en su caso porque Maqroll tiene la certeza de que ese pasado es el único rastro que queda de lo que pudo ser 'la sustancia de su vida'. Ya ha afrontado que su deambular actual no tiene sentido, aquellos hechos gloriosos del ayer, ahora están perdidos. Es un Maqroll invadido por la nostalgia que en lugar de mostrarse como simple sentimentalismo, revela un conocimiento más profundo de sí mismo, en plena conciencia de su situación. De nuevo se trata de una visión crítica de la obra mutisiana hacia la modernidad que ha olvidado su pasado, Maqroll se inscribe como un hombre moderno distinguible de los demás, que al borde de la desesperanza, ve hacia atrás para quedar en todo caso, desolado.

Cuando regresa al presente y se instala en la travesía de turno, los recuerdos quedan cerrados, mira de nuevo su vida y se encuentra con lo que al parecer es la única verdad: el vacío. Es un tránsito recurrente, quiere encontrar raíces en un pasado que no puede ver más que con nostalgia y al final siempre se queda observando su propio vacío sin remedio. Nada de lo vivido lo satisface; el hombre moderno tras tantos logros materiales y avances en todas las ciencias encerrados bajo la consigna de 'progreso', sigue inconforme ante lo infructuoso de su trabajo y enfrentado a la falta de contenido de su existencia.

Entre los primeros poemas de Alvaro Mutis se encuentra "El viaje" (1948), referencia importante en la mayoría de los estudios de su obra. En él, Maqroll emprende como conductor de tren, un recorrido de nueve meses a lo largo de diferentes zonas geográficas de vegetación armoniosa que deleita a todos los viajeros. Los vagones amarillos

alojan hombres y mujeres de diversa condición; débiles, díscolos, jóvenes y viejos, todos caracteres comunes a nuestra sociedad. Van dejando huella de su trayecto, como guardando recuerdos a los cuales volver después. Son viajes que no se anuncian con anterioridad, sencillamente el tren se ve partir; es en verdad el viaje de todos los hombres, su recorrido por la vida. Allí el hombre de nuestros días se identifica, esos seres participan del mismo tránsito, se involucra toda condición y todos son presos de la misma soledad, también el gaviero; sentimos entonces, cómo hay en Maqroll algo de nosotros mismos.

1.3. INCONFORMIDAD VS. RESIGNACIÓN ANTE EL DESTINO

Por otra parte, está la actitud del Gaviero frente al destino, con toda conciencia de la precaria condición humana, él reconoce una fuerza que ha guiado su existencia hasta llevarlo al peregrinar incesante, en el que se encuentra inmerso.

Son varios los poemas en que la mirada de Maqroll es la de un hombre vencido, taciturno, que reconoce la imposibilidad de una existencia diferente para sí mismo. Con una claridad sorprendente este hombre es capaz de ver su vida desde fuera, sabe de sus limitaciones y asume que el hecho de que haya sido dotado con esta habilidad de percepción no lo hace superior a nadie. Su vida ha seguido un curso que no hubiera podido evitar de forma alguna, la prueba de ello es el permanente retorno al mismo punto después de cada tarea iniciada. Se trata de una fuerza que parece regir todo orden en el universo, a la que el hombre ha dado por llamar destino. Todos estamos sometidos a una ruta y tratar de evadirla cruzando los caminos no es más que perder el corto tiempo que nos ha sido otorgado. Sin embargo, no se habla de una fuerza proveniente de un ser superior, rector de todas las vidas, pues aunque el nombre de Dios como entidad suprema es reconocido en la poética de Mutis, no se trata de una obra erigida en torno a preceptos religiosos.

Hablamos aquí de la fuerza del sino como natural a todas las cosas; una línea trazada también para la vida del hombre y de la cual no puede desviarse, aunque en muchas ocasiones haya fingido hacerlo. Lo dice el capitán del lanchón en *La nieve del almirante*: ‘es muy malo cuando se vive parte de la vida haciendo el papel que no era para uno’ (En *Empresas y Tribulaciones de Maqroll el Gaviero*, p. 63). Todos tenemos un camino delineado y de nada sirve disfrazar con otras actividades ese papel que se nos ha adjudicado. Podemos pasar parte de la vida pretendiendo otros rumbos pero sólo habremos gastado el tiempo inútilmente. Cabe anotar, que para el hombre moderno, el destino se va construyendo con su propia fuerza. Maqroll sabe que su destino cierto es la errancia y el fracaso, y a pesar de estar en el límite de la modernidad donde la solidez y confianza en sí mismo empieza a resquebrajarse, sigue siendo moderno en tanto encuentra fuerza en medio de su soledad para seguir emprendiendo sus tareas.

También cabe hacer una diferencia entre el destino ‘final’ de toda vida humana, la muerte, y el camino ‘destinado’ a cada uno de los hombres. En el primer caso es evidente que Maqroll conoce la muerte como el último estado de la materia, no pretende rebelarse contra eso y tampoco es el encuentro con la muerte un destino oscuro, inesperado o fatal; incluso imagina el momento en que llegue a ella y trata de alejar los temores a ese tránsito. En este sentido la muerte se acepta como término de la vida, aunque antes de llegar a ella deba cubrirse una ruta programada.

El vocablo *sino* del latín *signum*: señal, es definido como el destino que dirige desde un principio la vida de una persona. En *Los trabajos perdidos*, un breve poema llamado precisamente “Señal” (SMG, p. 128), da cuenta clara de esta normalidad de la muerte:

Van a cerrar el parque...
He alzado un brazo para impedirlo;
ahora, más tarde, cuando ya nada puede hacerse.

Intento llamar y una gasa funeral
me ahoga todo sonido'

El personaje es consciente de que ha de tener un final y en gran parte de su recorrido encontramos 'señales' de ello. No obstante la referencia aquí es otra, no nos ocuparemos aún de la muerte como el inevitable fin del hombre, tema que se abordará más adelante, sino de la errancia continua del personaje como un destino que le ha sido impuesto, sin tener más opción que aceptarlo.

Tener conciencia de que su vida tiene un destino asignado forma parte de la condición humana, retomando el texto de E. Fromm, queda claro que el hombre al tener conciencia de sí mismo se da cuenta de las limitaciones de su existencia ⁴⁰ y entre ellas está el curso a seguir. El tener un camino establecido no implica en ningún modo que se trata sólo de una ruta de amarguras. En sus innumerables trayectos, al igual que todos los hombres, Maqroll ha gozado momentos de alegría. Ya sea en sus encuentros con héroes históricos, en su paso por tantos puertos o en sus citas amorosas, el gaviro ha tenido sosiego y deleite como toques de plenitud en su vida. Pero la realidad la enfrenta al mirar hacia atrás y darse cuenta de que la felicidad de la infancia y los momentos de gozo se ven efímeros, que se han perdido sin remedio y que su recuerdo tampoco concede el sentido que siempre está buscando. Estas felices miradas al pasado también forman parte de la ruta establecida por el destino.

Una de las escenas de "Caravansary" aclara esta sensación respecto al destino. En el balance final el destino se resume como una suma de fracasos, aunque olvidemos aquello que ha estado mal, todo será un engaño, los fugaces momentos felices no servirán para darnos esperanza:

‘Ninguno de nuestros sueños, ni la más tenebrosa de nuestras pesadillas, es superior a la suma total de fracasos que componen nuestro destino. Siempre iremos más lejos que nuestra más secreta esperanza, sólo que en sentido inverso’ (Caravansary, SMG, p. 181).

El hombre moderno también se angustia al recoger sus momentos pasados y no poder encontrar, ni aún en los más placenteros, algo que llene su existencia. La felicidad parece haber cobrado el mismo sentido de fugacidad de todo lo actual, que llega con la misma celeridad con la que queda en el pasado.

A pesar de la conciencia que tiene de su vida, Maqroll encuentra motivos para iniciar nuevas cosas, de alguna parte brotan momentos que lo impulsan a vivir. En este punto podemos decir que frente al permanente ámbito de desesperanza nacen alicientes que permiten que el Gaviero continúe su búsqueda.

Mutis define la desesperanza como una actitud resignada, una aceptación plena del destino, sin pedirle esa supuesta felicidad de a la vuelta de la esquina.⁴¹ Es cierto que un desesperanzado como Maqroll no debe ‘esperar’ nada, pero aunque él no lo pida, siempre nace el deseo de partir de nuevo, de involucrarse en un nuevo trabajo y visitar otros rumbos. No está exigiendo instantes felices, sencillamente tiene un impulso propio, la lucidez ante su condición no le deja pedir nada a su destino, pero esa fuerza interior lo mantiene siempre en movimiento. Aunque suene contradictorio el Gaviero no está peleado con la esperanza, la de los breves entusiasmos y efímeras dichas pues de ahí se sostiene para seguir viviendo. Hay una relación inversa entre la esperanza que permanece en el interior y lo mantiene activo y la desesperanza que proviene un paisaje exterior que se termina. En “La visita del gaviero” (*Los emisarios*, SMG, pp. 215-220) después de hacer una reseña de tantos trabajos

⁴⁰ E. Fromm, *op. cit.*, p. 27

⁴¹ A. Mutis, *op. cit.*, p. 164.

infructuosos como un vencido sin remedio y de reconocer que todos esos oficios, encuentros y regiones han dejado de ser la sustancia de su vida, se despide y parte en un lanchón, con la idea de conseguir pasajeros río abajo y así algún dinero para embarcarse de nuevo.

Retomando la analogía con el hombre moderno, la esperanza existe para los instantes de gozo, para las tareas pequeñas de cada día y gracias a ella el hombre sigue su camino; no obstante en el lapso de tiempo que contiene su vida, el resultado final siempre es el del vacío de sentido. Maqroll como visionario de este resumen final de la existencia, se resigna a ello; es la desesperanza del final, cuando el hombre asume la inutilidad de todo lo que ha hecho. El Gaviero se embarca en irrisorias empresas aún conociendo su banalidad porque así sigue sintiéndose vivo.

Para continuar con lo que el destino otorga a la vida de Maqroll, se ha aclarado que él acepta estar sometido a una dirección; sin embargo, frente a esta resignación surge otra dicotomía: acata la fuerza de un destino pero no permanece inerte a las cosas que le llegan. Sin rayar del todo en un rasgo de inconformidad, quiere hacer algo con las cosas que le suceden pues si es cierto que el destino las pone en su camino, él aún puede y quiere intentar una acción sobre ellas. También esto forma parte de la individualidad del ser humano que no renuncia a la posibilidad de escoger su modo de existencia o por lo menos modificar lo que le ha sido concedido, según su voluntad. Nuestra época se ha caracterizado por el empeño del hombre en cambiar su entorno y utilizar todos los recursos para obtener su beneficio. Ha fabricado, transformado y comercializado todo lo posible para tener bienes a su servicio; aunque su ruta está trazada no puede dejar pasar las cosas sin poner su mano sobre ellas.

El Gaviero deja a su paso muchos trabajos inconclusos, pero al término de cada recorrido nunca se siente acabado, queda abierto a lo que el destino le ha de poner enfrente para iniciar otra vez el oficio. Siempre quiere encontrar enseñanzas en las historias que le

relatan, quiere hallar razones en los trabajos de las minas, en los hospitales y en los muelles; no es un simple observador y por el contrario gusta de estar de un lado a otro. Disfruta como lo dice en “Nocturno III” (*Un Homenaje y Siete Nocturnos*, SMG, p. 276) de ‘dejarse llevar por la corriente... ceder al impulso de las aguas sin perder nunca una cierta autonomía. No para escapar al fin sino para que el descenso tenga más de viaje sujeto a los caprichos del deseo que de vértigo impuesto por las aguas’.

Mientras la muerte no lo alcance, y aun después de ella, sigue tentado por la fiebre de la vida, con el ansia de saber qué habrá luego y qué podrá hacer con eso, aunque no sirva de nada.

Queda por agregar en cuanto a la percepción del destino en la obra de Alvaro Mutis, que el fracaso final e inevitable puede ser visto en ocasiones como una victoria. Para el legendario húsar, personaje histórico al que dedica un poema con su nombre; el final de su tarea ha llegado, ha vuelto a su inicial soledad pero tras su muerte le espera un trono desde donde será recordado y esa ha de ser su mayor victoria. Después de tantas batallas libradas ha caído en el olvido, el peso de los años es doloroso; su antigua gloria se aleja cada vez más y luce como un hombre que va perdiendo sus ilusiones. Todos estos elementos lo vencen definitivamente dejándolo en ‘la gruesa marea de poderes ajenos a su estirpe maravillosa’. La evocación de un personaje tan distante hace más notorio el contraste con el hombre de hoy que ya no enfrenta batallas de campo pero de igual manera se siente fracasado. En “El húsar” (*Los elementos del desastre*, SMG, pp. 95-96) Mutis encuentra la imagen de un hombre adusto que conoce su destino y lo espera casi con solemnidad:

Solitario,
esperaba el paso de los años que derrumbarían su fe,
el tiempo bárbaro en que su gloria había de comentarse en los hoteles.
Entre la lluvia se destacaría su silueta y las brillantes hojas de los plátanos se iluminan con la hoguera que consume su historia...

Todo esto –su espera en el mar, la profecía de su prestigio, y el fin de su generoso destino– sucedió antes de la feria.’

1.4. EL OLVIDO: SOLUCIÓN FALAZ PARA UN VIAJERO

En medio de su soledad, dando un vistazo a su vida en busca de trascendencia, a veces el hombre encuentra sosiego en el olvido; no recordar los fracasos es una forma de borrarlos. Maqroll advierte la falacia de esta solución, esta forma de evadir la inutilidad que ha sido su vida no sirve más que para engañarse a sí mismo; ese no es el remedio. El Gaviero siempre quiere robarle al olvido tantos momentos de infancia, de solaz y gozo que alguna vez fueron suyos, lucha con su memoria para no dejarlos perder en la grandeza del pasado.

El hombre moderno es un hombre que vive sólo para el hoy; pero olvidar el pasado, las hazañas, derrotas y sus propias acciones de tiempos anteriores no soluciona la sensación de deterioro. Sin embargo el olvido es tentador en cuanto alivia el sentimiento de pérdida de nuestros logros triviales, evitando la tortura. El Gaviero se cruza en varios pasajes con esa provocación; en “Siete nocturnos” cuando todo empieza a agotarse, el hombre busca refugio en el ‘olvido acogedor’ y así se van disolviendo los suplicios. Más adelante, permanece viendo el río desde la ventana de un hotel en un desembarcadero; es el mismo río de la infancia, el que conoció hace más de treinta años y el que con su torrente arrasadora lo ha visitado cada noche. Mientras lo observa en silencio al final del día, descubre que una corriente como esa ha arrastrado todas sus miserias dejándolo solo una y otra vez; sobre su espalda ‘será más fácil y menos pesadoso cruzar el ancho delta del irremediable y benéfico olvido’, un olvido que trae alivio a quienes no quieren enfrentar su propia existencia.

El Gaviero lucha para no perder de la memoria los momentos que han formado su vida, no quiere cubrir sus ojos con un olvido que le impida sentir los placeres y también los

dolores de otros tiempos. El correr del agua es el que ha acompañado siempre el retorno de sus recuerdos y por eso evoca innumerables instantes frente a las aguas en movimiento que funcionan casi como tránsito hacia el pasado.

En “Visita de la lluvia”, uno de sus últimos poemas, reunido en el grupo de *Poemas dispersos* (SMG, pp. 295-296), la lluvia llega de repente con su algarabía de recuerdos y lo lleva de la mano:

...a regiones que el tiempo había sepultado, al parecer, para siempre:
allí nos esperan
la fiebre de la infancia,
la lenta convalecencia en tardes de un otoño incesante,
los amores que se prometían sin término,
los duelos en la familia...
Qué bendición la lluvia, qué intacta maravilla su paso sorpresivo y bienhechor
que nos preserva del olvido y de la rutina sin memoria.
Con qué gozo transparente nos instalamos en su imperio de palios vegetales
y con cuánta construida resignación la escuchamos callar pausadamente, alejarse y
regresar por un instante,
hasta que nos abandona en medio de un lavado silencio,
de un ámbito recién inaugurado
que invade el presente con sus turbias materias en derrota, su cortejo de pálidas
convicciones, de costumbres donde no cabe la esperanza.

Esa es una de sus mayores aficiones, detenerse en el recuerdo pero no para aferrarse a un pasado que redima su existencia, sino para encontrar apoyo en esos momentos y partir de nuevo a su eterna búsqueda.

Es claro que a pesar de que el olvido es el refugio de muchos hombres que viven encerrados en la rutina del ahora; el Gaviero rechaza esta opción, ya que aunque el recuerdo esté tejido con sus miserias, ha formado parte de lo que es. La modernidad ha desembocado en el vértigo del presente, el predominio de la acción aquí y ahora; el pasado se oculta tras una mirada que no quiere dirigirse a él. En palabras de Lipovetsky la continuidad histórica ha perdido todo sentido, “hoy vivimos para nosotros mismos, sin preocuparnos por nuestras

tradiciones y nuestra posteridad”.⁴² Maqroll se encuentra en el límite de un hombre desencantado de lo exterior, que a pesar del deterioro sigue iniciando nuevos rumbos con una fuerza interna, quizás construida por la suma de sus experiencias.

El gaviero no está dispuesto a perderlo todo en el olvido, por el contrario, busca en su recuerdo pequeños momentos de regocijo donde su existencia habría cobrado algún sentido. Desde la gavia tiene el valor de ver hacia atrás aunque sin detenerse; esta evocación permanente surge entonces como una continua lucha contra el olvido.

Precisamente en cuanto a esa pérdida del sentido de la historia de que habla Lipovetsky, la poesía de Mutis halla más puntos de coincidencia. Las ciudades de hoy, aun las más antiguas han perdido su historia, a los ojos de sus habitantes lucen como artefactos creados para servicio del hombre como si en ellas nunca hubiera pasado nada. Los ruidos cotidianos las invaden y ninguno de sus caminantes reconoce la huella de las hazañas de otros días: ‘¿Quién ve a la entrada de la ciudad / la sangre vertida por antiguos guerreros?... / Ni el más miserable ni el más vicioso / ni el más débil y olvidado de los habitantes recuerda algo de esta historia’; es la afirmación de un poema dedicado a la ciudad incluido en “Trilogía” (*Los elementos del desastre*, SMG, p. 101). Mutis se ha confesado siempre como un asiduo amante de la historia antigua, las épocas más gloriosas de la humanidad quedaron alojadas en los grandes imperios con sus gobernantes y guerreros; pero para el hombre moderno esas glorias carecen de valor, ya no recuerda su ayer.

Maqroll transita en diferentes tiempos y lugares; sus encuentros con húsares y monarcas parecen haber sido otorgados a propósito para que el pasado no se olvide. En el viaje continuo entre parajes tan diversos que van desde la Europa de Bizancio hasta las

⁴² G. Lipovetsky, *op. cit.*, p.51.

tierras calientes de territorio americano, el Gaviero vuelve varias veces su mirada hacia atrás, quizás como una advertencia del gran valor que hemos venido perdiendo al olvidar la historia.

El olvido es una condición de la experiencia de modernidad que tenemos en la actual sociedad occidental y puede llegar a ampararlo todo; no sólo las grandes proezas del hombre y su historia son objeto de este huir de la memoria, también los objetos son susceptibles a él, como se verá más adelante; algunas cosas que nos rodean día a día pueden pasar desapercibidas y perderse en el ayer mientras que otras permanecen en los recuerdos como queriendo dar testimonio de algo pasado. También la materia puede ser borrada del recuerdo como sucede en “Cinco imágenes” de *Caravansary* (SMG, p.184), donde las profundidades del mar se han encargado de sepultar memorias de otros tiempos: ‘La corteza calcárea también conoció un día el sol y los densos alcoholes del alba’, aunque ya nadie lo recuerde.

El tiempo transcurre para todo, seres y cosas pueden ser consumidos por el olvido que trae su paso. Frente a ello surge entonces un miedo, temor a ser consumido por ese transcurso inevitable. El tiempo va haciendo su trabajo sobre el hombre, se encarga de quitar el recuerdo y traer el olvido. Surge así una enunciación lógica; entre más tiempo más olvido. Si el paso del tiempo es inevitable, entonces asimismo no podremos impedir ser olvidados. Cada vez que Maqroll es visitado por sus recuerdos, parece vivir aún intactas ‘las materias de otros días’ que se han salvado del trabajo de los años. Se van removiendo en su memoria las experiencias de un hombre que bien pueden considerarse como las experiencias de todos los hombres. La fertilidad de la memoria del Gaviero que es convocada por numerosos torrentes de escenarios naturales, recupera la historia que el hombre moderno se ha empeñado en olvidar.

Ese retornar al pasado aunque sólo sea en su memoria, lo rescata de perderse en el olvido; cuando en su visita a "Una calle de Córdoba" (*Los emisarios*, SMG, p.221), donde en voz del poeta se descubre que allí se encuentran sus raíces, se alcanza tal plenitud que parecería posible vencer la muerte y el olvido que vienen tras ella. Por eso recibe ese hallazgo como un don, como un regalo por haber aceptado su condición de desesperanza, con la que ha logrado sobrellevar su vida. Luego se siente rescatado, se siente dueño de un lugar sobre la tierra; imagina que es una recompensa por no haber cedido al olvido tan tentador para la mayoría de los hombres. Ese encuentro con el pasado, donde parecen estar sus raíces es uno de los mejores agasajos con que se ha llenado su vida, a pesar de que aquello sólo dure un instante.

1.5. ¿TAMBIÉN MAQROLL BUSCA LA TRASCENDENCIA?

Frente a toda esta imagen resquebrajada que el hombre moderno va formando de sí mismo, surge una imperiosa necesidad de trascendencia. Se ha señalado ya que toda su búsqueda gira en torno a la pregunta sobre el sentido de su vida; el presente no le ofrece ningún apoyo, nada de lo que pueda asirse para decir que se siente pleno; ha dejado en el olvido su pasado, en tanto se ha configurado como un individuo del aquí y el ahora.

Maqroll quiere encontrar ese lugar donde su vida cobre sentido, y ya que es definitivo que no se halla en el presente, se desplaza continuamente en su memoria. Asume que en algún momento el camino trazado para su vida tendría un objetivo concreto, algo que valiera la pena pero que al parecer ha pasado por alto o ha sido envuelto en el olvido. El presente sólo contiene miserias, no tiene un norte ni alguna consigna y como si esto no fuera suficiente el pasado ha sido olvidado. Parece entonces una encrucijada, no hay dónde pueda buscar, a menos que vea con otros ojos su historia y renuncie al olvido como alivio del

dolor. Maqroll tiene la esperanza de que la trascendencia tenga sus raíces en el ayer, en ese pasado que no queremos recordar.

En el poema “Tríptico de la Alhambra”, el Gaviero goza de algunos instantes de plenitud gracias a una actitud diferente hacia el pasado; a pesar de que ‘la triste familia de los hombres, ha impuesto hoy su oscuro designio, su voluntad de olvido’ (*Los emisarios*, SMG, p.228), en un instante rescata algunas dádivas de sus días pasados, que por sí mismas contienen el sentido de aquellos tiempos de su vida. Quizás en esos tiempos de infancia que acostumbra nombrar como la ‘esencial materia de su vida’, es donde quiere encontrar un motivo para no ser carcomido por el olvido de la muerte. Se trata aquí de esa trascendencia en la que finalmente ha centrado su atención el hombre moderno; es cierto que está consciente del carácter fragmentario de su existencia sin embargo en el fondo quisiera que alguno de esos pedazos tuviera suficiente contenido para no ser olvidado.

Escuchamos ahora una contradicción, el hombre moderno que ha escogido vivir al máximo su presente, en detrimento de su historia; se ve de repente angustiado ante la posibilidad de una vida sin trascendencia; es de nuevo una crítica desde la obra poética. Ha vivido olvidando su pasado pero no quiere pasar sin dejar huella; esta ansiedad derivada de la necesidad de trascender es otra de las características del discurso de la modernidad.

En su carrera hacia el progreso, encaminado por la ruta tecnológica y ejerciendo cada vez más su fuerza dominante sobre la naturaleza, el hombre ha construido un mundo artificial dedicado a la satisfacción de sus necesidades. No obstante no ha sido capaz de construir o más bien forjar en ese camino, un sentido que llene su vida. E. Fromm lo dice en otras palabras: “El hombre moderno aún libre de ataduras medievales, no es libre para

edificar una vida llena de sentido”.⁴³ Es cierto que al convertirse en centro del universo el hombre se liberó de atavismos, sin embargo la vertiginosa vía hacia el desarrollo lo ha hecho esclavo en ese ciclo de producción y consumo en el que cada vez se le exige más. En este nuevo ritmo de vida los únicos valores que se han procurado son los impresos por el comercio, la tecnología y su consumo; y finalmente la existencia del hombre que sigue buscando su razón de ser, queda vacía.

El hombre ha dirigido todos sus esfuerzos a moldear el mundo externo pero ha dejado de cultivar su mundo interior. Al final todas las máquinas creadas, todo lo material también pierde su valor ante la mirada desesperanzada de la modernidad. De igual manera en el mundo de Maqroll los objetos construidos por el hombre se van deteriorando hasta dejar al hombre solo, sin mayor panorama que el de sí mismo. Sucede en uno de los poemas incluidos en “Siete nocturnos”, donde el Gaviero ve pasar en el caudal de un río aquellos buques otrora espléndidos, que por muchos años conocieron la vida de los hombres y ahora viajan como herrumbre destinada a perderse sin dejar rastro alguno:

Largas horas me quedo contemplando el ir y venir de embarcaciones de toda clase majestuosos buques cisternas pintados de naranja y azul celeste, graves caravanas de planchones cargados con todo lo que el hombre consigue fabricar...
barcos de rueda que intentan copiar, sin conseguirlo, los altivos originales de antaño, y ese viejo vapor de quilla recta y esbelta chimenea a punto de caer por obra del óxido feroz que la combate.
Escorado, enseña sus lástimas y se va deshaciendo con la pausada resignación de quien vivió días de soberbio prestigio entre los hombres que lo dejan morir sin evitarle la impúdica evidencia de su ruina (“Nocturno V” en *Un homenaje y siete nocturnos*, SMG, p.280).

⁴³ E. Fromm, *op. cit.*, p.7.

Ante estas imágenes contrasta en el Gaviero el afán de perdurar; así como lucha contra el paso del tiempo y contra el olvido, estaría gustoso de que le fuera develado el sentido de su vida, su razón de ser y quizás desde allí trascender.

Es el gran motivo de la errancia de Maqroll, en varias ocasiones en que de nuevo ve acercarse el final, confirma el anhelo de trascendencia como ser humano. Aunque el viaje le ha sido destinado como eje de su vida, en esos traslados siempre hay expectativas, pero cada arribo no es más que otra desilusión que obliga la partida.

De otro lado, en su viaje a los esteros tiene la oportunidad de hacer un recorrido por los mejores instantes de su vida donde tal vez podría estar la única razón de sus días; en ese momento en que percibe que se acerca el final de su travesía, le pide a la vida algo de esa felicidad efímera que le concediera en otros tiempos. Si ha sido capaz de aceptar una vida sin sustancia, aparentemente vana, cree merecer al menos eso: 'Todo el vacío de ese tiempo sin nombre, usado en la necesidad de gestiones, diligencias, viajes, días en blanco, itinerarios errados. Toda esa vida a la que le pide ahora, en la sombra lastimada por la que se desliza hacia la muerte, un poco de su no usada materia a la cual cree tener derecho' ('En los esteros', *Caravansary*, SMG, p.202).

Hasta aquí llega la búsqueda sin saber de sus resultados, pues tras su muerte en los esteros, Maqroll reinicia su deambular por otros lugares en un ciclo sin fin. Es muy pronto para adelantarse al producto de la búsqueda de trascendencia del hombre moderno; pues para muchos, si se trata de una trascendencia espiritual, todavía hay un camino por recorrer.

Maqroll ha sido dotado con una aptitud aterradora, es capaz de observar desde la gavia, el interior vacío de sí mismo y ante tan desoladora visión teme por el derrumbe de su ser. Está en la línea entre el mundo exterior del hombre y sus herramientas y el abismo interior donde se esconden sus miserias. Después de ver ese fondo desamueblado, ya no

puede vivir nada de la misma manera en que siguen viviendo otros hombres; ni el amor, ni la desdicha son los mismos después de su aterradora vigilia, dice en el poema "Soledad" en *Reseña de los Hospitales de Ultramar* (SMG, p.171).

Esta búsqueda de trascendencia resulta agobiante si se considera que el tiempo que queda es poco, ya el discurso moderno ha hablado del fin de los tiempos; la celeridad de la vida de hoy contribuye a esa sensación de que el plazo para encontrarnos es cada vez más corto. Maqroll es también un receptor de esa ansiedad, está en el mismo camino que nosotros pero su deseo de ir más allá, parte del valor del recuerdo.

Parece un descubrimiento lógico ya que trascender significa ser recordado y si el hombre vive una cultura del presente, donde nadie quiere ver atrás, ¿cómo entonces puede recordarse a un hombre o sus hazañas? "Caravansary" nos acerca a un instante de tiempo detenido, en el que las huellas dejadas por los hombres aún no se han borrado. A estos instantes podría volver el hombre que quiere que algún rastro suyo permanezca, de la misma manera en que el Gaviero regresa a ellos para devolverles su importancia. El valor del pasado es necesario en esa búsqueda que ha emprendido el personaje, pues resulta evidente que de no retornar a él, las señales se seguirán desvaneciendo como ha sucedido hasta hoy. Es una trayectoria lenta e inmutable, muchos la repetirán, todo volverá a suceder y en realidad se trata de la huella anónima de muchos hombres, que esta poesía trata de recuperar. Al referirse al carácter inmutable de tal recorrido Maqroll advierte la inercia que a menudo rige la vida del hombre, ha de suceder lo mismo una y otra vez. Al interior siempre han existido ambiciones, astucias, lujuria y miedos milenarios, al exterior resurgen cada cierto tiempo iguales negocios, hambrunas y muertes infames; siempre ha sido así. Esta es la circularidad expuesta en el primer fragmento de "Caravansary" (SMG, p.178) y corresponde a la sucesión de hechos históricos y cotidianos que se han repetido ajenos a la memoria de sí

mismos. Así como en su mundo material la historia se repite, también dentro de sí el hombre sigue vacío a pesar del paso de generaciones. Finalmente es el estado del hombre moderno frente a sí mismo en una última ocasión de encontrar su sentido; en esto consiste, como Mutis lo dice en “Ponderación y signo del tequila” (SMG, p.300), ‘la escabrosa tarea de vivir’.

2. UN HOMBRE MODERNO QUE SE ACERCA A LA MUERTE

AMÉN

*Que te acoja la muerte
con todos tus sueños intactos.
Al retorno de una furiosa adolescencia,
al comienzo de las vacaciones que nunca te dieron,
te distinguirá la muerte con su primer aviso.
Te abrirá los ojos a sus grandes aguas,
te iniciará en su constante brisa de otro mundo.
La muerte se confundirá con tus sueños
y en ellos reconocerá los signos
que antaño fuera dejando,
como un cazador que a su regreso
reconoce sus marcas en la brecha.*

Los trabajos perdidos

Alvaro Mutis – 1965 –

El tema de la muerte ha sido abordado desde puntos de vista diversos a lo largo de la tradición lírica. La muerte entendida como paso o dimensión trascendente de la que en realidad poco se sabe, es el origen de múltiples sentimientos y actitudes que han cobrado mayor o menor valor en diversas épocas de la historia. Es así como ha pasado de ser temida a mitificada, respetada e incluso deseada.

Si se trata de dar una luz sobre el tratamiento que se le da a la muerte en la poesía de Alvaro Mutis, resulta oportuno acercarse a algunas obras en que se manifiestan diversas visiones de la muerte, tratando de seguir las líneas que se han convertido en tradición frente a otras que han constituido una novedad en el acercamiento a este tema tan ligado a la existencia humana.

El tópico de la muerte ha estado presente en la poesía de manera casi ininterrumpida, en gran número de autores y movimientos literarios, sin embargo la imagen poética de este

hecho ha tomado variadas formas, y percepciones muy personales han dejado huella a través del tiempo. Este abanico de concepciones de la muerte se ha formado por rasgos compartidos por muchos escritores, características que han identificado ya sea a los místicos o bien a los románticos, y que pueden encontrarse fundidas en obras contemporáneas.

Para lograr esta mirada al tema de la muerte ha resultado conveniente limitar en mucho la amplia gama de obras y escritores en lengua española, señalando sólo algunos de los que han dedicado gran parte de su obra a este tópico o bien se han convertido, por su percepción tan personal, en ejemplos tradicionales. Además se han tenido en cuenta perspectivas de autores latinoamericanos predecesores y contemporáneos de Alvaro Mutis, en cuya obra poética la muerte ocupa un lugar privilegiado. Queda por agregar que la presentación de estas visiones no contempla un estricto orden cronológico ni geográfico; en su lugar se ha tenido en cuenta la similitud o bien el contraste en el manejo del tema frente a la poesía de Mutis.

El hecho de morir como condición obligada a la vida ha tocado desde siempre el alma de todos los hombres y de manera especial la de varios poetas. La muerte está siempre cerca y cada uno la observa desde su propia existencia. Si bien la Edad Media se caracterizó en gran parte por la aceptación de la muerte, hacia el final de este periodo empezó a darse un aire de rebeldía ante la muerte inesperada; no obstante el concepto de muerte continuaría como el de una perpetua e inseparable compañera del vivir. Además, en la visión de los místicos cristianos encontramos que consideran la muerte como un paso para alcanzar a Dios, despojándola por completo de ese hálito de tragedia que la había rodeado. En este sentido la muerte como estadio último antes de llegar a la divinidad, constituía no sólo algo inevitable sino aun un momento deseado y esperado.

Otra mirada es la que surge desde su aspecto más macabro que llena de pánico la vida del hombre, en ella causa horror el desastroso efecto físico en el cuerpo y representa una crueldad. Desde esta visión negativa, los poetas cantaron entonces en tono desgarrado la realidad del hombre impotente ante un final funesto, el hombre como dueño de una vida que en sí misma traía el germen de la muerte.

Más adelante aparece, sin embargo, una señal de cambio que va a convertirse en punto de referencia para generaciones posteriores; se trata de la visión que presenta Jorge Manrique en su obra. Manrique sugiere, más allá del carácter cruel y sorpresivo de la muerte y de su dominio sobre todos los hombres, de todas condiciones, un acercamiento diferente; en donde después de demostrar la fugacidad de la vida y la banalidad de las cosas terrenas, se consciente el triunfo sobre la muerte por el vivir cristiano. El final funesto toma ahora otro valor; como destino preciado se acepta este final, donde el hombre de fe encontrará la gracia de lo eterno.

Junto a la certera sensación de 'vivir muriendo' aparece la muerte de amor; ante penas tan profundas la muerte es llamada y exigida incluso en tono de amante. Para muchos esta transición de la muerte como hecho fatídico, a la muerte como amada tiene su comienzo en la obra de Manrique.⁴⁴

En su obra el autor atraviesa por varias actitudes como si mirara la muerte cada vez desde un punto diferente. En algunos versos el hombre se opone a la pérdida y se adhiere al ser que ha muerto; en otros la muerte es una dama a quien se espera y con quien se acepta partir.

⁴⁴ La visión innovadora de Manrique es tratada ampliamente en un interesante estudio realizado por María del Rosario Fernández.: *Una visión de la muerte en la lírica española*, Madrid, Ed. Gredos, 1971.

Se trata de una meditación frente al hecho inevitable, una actitud de análisis ante la brevedad de la vida y la igualdad social frente a la muerte. La dama llega y el hombre cristiano la recibe y se dispone en el encuentro, a transitar a una vida verdadera. Hablamos por supuesto de la estremecedora reflexión de *Coplas por la muerte de su padre*, donde culmina la actitud meditativa para dar paso a la aceptación total de la señora muerte.

“Esta personificación de la muerte no es sino el reflejo conceptual de la muerte que correspondía a un hombre de las cualidades del Maestre, cuyo panegírico acaba de hacer su hijo. Y esta dama cortés invita a Don Rodrigo a ‘sofrir esta afrenta que vos llama’ y le exhorta a pasar la batalla temerosa, confiado de ganar en la otra vida.”⁴⁵

Manrique retoma formas tradicionales de la muerte y en correspondencia con la formación de un hombre de fe, como lo había sido su padre, lo entrega en manos de la siempre añorada, pero con la esperanza de un más allá verdadero.

Este tránsito de la muerte macabra hacia la muerte como amada encontrará frutos más allá del Romanticismo, alimentándose siempre de otras visiones pues cabe anotar que las diversas formas de acercarse al tema se mostrarán fusionadas o con mayor intensidad de matices, hasta llegar a nuestros días.

Para continuar con esta revisión, es importante recalcar el cambio que significaría en la percepción de la muerte la concepción misma del hombre como centro del universo. Al desprenderse de la idea teocéntrica medieval, el hombre se adentra en su propia experiencia de estar vivo, siente más de cerca su soledad y con ella aumenta la angustia de vivir. Regresa a la rebeldía ante la muerte y a la conciencia clara, de que desde que se empieza a vivir,

⁴⁵ M.R., Fernández, *op. cit.*, p.114.

también se empieza a morir. Allí los primeros indicios de la muerte como inseparable compañera.

En medio de la angustia de saberse mortal surgen también sentimientos de amargura y desencanto ante la vida; quizás como paso necesario para aceptar que la muerte acompaña al hombre desde que nace, y es, finalmente, la gran vencedora. Esta imagen de la muerte que permanece a nuestro lado tendrá frutos en el Romanticismo, que se encargará de transformar la visión barroca y actualizar la idea de la muerte idealizada para oponerle exactamente la figura de la muerte imaginada como hermosa mujer, atrayente por su misterio, a la vez tierna y comprensiva para el hombre que se acerca; imagen propia de José de Espronceda.⁴⁶

En general la visión idealizada de la muerte, figurada como una hermosa dama, daba muestra del deseo de morir como medio para liberarse de una vida angustiada, ya fuera por la desdicha de un amor imposible, como salida de una vida que no colmaba las aspiraciones idealistas, caso del romántico, o bien como salida ideal a una penosa angustia ante la conciencia de ser para la muerte.

Con la llegada de la modernidad, caracterizada por un marcado tono de angustia existencial y una imperiosa necesidad de hallarle un sentido a la vida, que domina al hombre, éste ha encontrado en el tema de la muerte un motivo de reflexión permanente.

Dentro de la lírica contemporánea española y latinoamericana el tratamiento de este tópico conserva rasgos heredados de la tradición y novedades impuestas por formas muy personales en cada autor. El poeta sigue buscando las raíces del ser y el sentido último de la vida, lo que provoca un meditar constante, en ocasiones obsesivo sobre la muerte. Aunque

⁴⁶ *Ibid*, p.433.

con diferente simbología y actitud, hay en la poesía de este período una marcada inclusión del tema.

Acercándonos al panorama latinoamericano es imprescindible repasar la percepción tan personal que de este tema ha tenido varios autores. Se reúnen rasgos tradicionales de la lírica de la muerte con no pocas innovaciones; es el caso de Xavier Villaurrutia, quien nos presenta la imagen de la muerte como compañera invisible pero inseparable de la vida. En *Nostalgia de la muerte*, la muerte hace presencia como amada que provoca en el poeta una fuerte atracción; la personifica y toma conciencia de su existencia real. Vive tan cerca de él que ni siquiera puede verla, está dentro de sí y en todas partes. Se trata de una meditación profunda y serena donde entra en contacto íntimo con esa presencia y haciendo uso de los símbolos tradicionales como noche, sombra, silencio, mar, nos entrega la visión de una 'muerte-noche' que espera con ansia como pacificación definitiva. Para Villaurrutia vivir es irremediablemente ir hacia ella; nos habla de una muerte particular, que se le presenta con aire familiar y a quien incluso concede la palabra. Sin ella no somos, ocupa nuestro mismo espacio hasta aquel momento final de fusión en el que el hombre se conjuga plenamente con ella en una sola presencia y ya no se puede morir porque se está muerto.

En un itinerario cambiante, Villaurrutia nos lleva desde la conciencia misma de la existencia de la muerte, la forma en que humanizada nos habla y nos reclama, el miedo que nos causa acercarnos cada vez más a ella, el paso de nuestro propio ser hacia el exterior de un cuerpo que dejamos y nuestra posición de observadores de nuestra propia muerte, hasta la comunión íntima con la muerte como amada.

Como lo señala Merlin Forster,⁴⁷ en el siglo XX la angustia de la muerte forma parte de una honda búsqueda filosófica acerca de la existencia del hombre, y los poetas en nada ajenos a ella, dan expresión literaria a esa penetración dolorosa en la conciencia humana. El tratamiento del tema de la muerte en poesía toca progresivamente diversos aspectos, desde la imagen de la muerte real en su fatalidad física, la conciencia de una vida finita paralela al hecho de morir, hasta el deseo de inmortalidad. Hemos visto ya la muerte personificada, que toma atributos humanos y se accede a ella en una relación emocional; y también la muerte como presencia en la vida, donde en forma simultánea las dos forman parte del hombre. Dejar la vida implica necesariamente pasar a la muerte y aunque muchos han tratado de sugerir la existencia de algo más allá, no son pocos los que niegan la posibilidad de ser inmortal y proclaman la nada como único futuro.

Con Jaime Sabines antes de negar esa existencia de algo más allá, nos vemos enfrentados con crudeza al final físico del cuerpo, al lento apagarse de una vida mientras el tiempo sigue su curso. Ante la evidencia de vacío trata de responderse a la pregunta: ¿Para qué vivir? si nada queda de nosotros. La duda permanece, atravesada por la idea de un Dios que tampoco responde; el verdadero tesoro es la vida y no hay algo después: “Nadie te oye jamás, nadie te mira / No vuelve nadie, nada. No retorna / el polvo de oro de la vida.”⁴⁸

De igual manera en la poesía que antecede la obra de Alvaro Mutis convergen en la literatura colombiana percepciones tradicionales de la muerte incrustadas en entornos y experiencias propias. Un buen punto de partida para este reconocimiento es la obra de José Asunción Silva, una poesía de carácter intimista y delicada expresión.

⁴⁷ M. Forster, *La muerte en la poesía mexicana*, pp. 11-12.

⁴⁸ J. Sabines, *Algo sobre la muerte del mayor Sabines*, en M. Forster, *op. cit.*, p.186.

Con un mínimo de imágenes Silva llega con precisión a las cosas, sin afluencia de voces ni formalismos; sus versos parecen ser el resultado de una experiencia con lo misterioso y es en este ambiente en el que aparece el tópico de la muerte. También es un hombre angustiado que entiende la agonía del vivir como un camino tortuoso cuyo final ha de ser 'un sueño postrero de paz y de calma'. Se trata de una visión serena de la plena conciencia que tiene del encuentro con la muerte y de la imposibilidad de hallar algo después de ella. En medio de la soledad y la noche el poeta hace sus hallazgos más certeros, la imagen de la amada que desaparece, el dolor extremo de la pérdida, pequeños rayos de luz en el pasado y nostálgicos recuerdos de infancia, con un único término: la loza fría de la muerte.

Asimismo, a finales del siglo XIX, considerada como representante del Modernismo, se encuentra otra obra dedicada a nuestro tema; se trata de la poesía de Porfirio Barba Jacob, llamado el poeta de la muerte. En su visión, la muerte es una vivencia que destruye, a cada encuentro destroza su corazón para permitirle sentir de nuevo; el duelo es una perpetua agonía. Es una meditación sobre la muerte que pareciera realizarse desde ámbitos sombríos y desolados, muy cercanos a ella; la muerte se evidencia como la única realidad de la vida, que está siempre presente. En el curso de la vida todo se torna muerte, sus poemas dan muestra de esta cercanía y también de cómo el corazón del poeta se levanta tras cada encuentro. De allí se derivan dos actitudes fundamentales ante la muerte, una vitalista donde ella puede ser una vivencia renovadora para cobrar fuerza y valor; y a la vez otra agonista en la que no hay esperanza ante la fatal destrucción, en ella se torna un poeta de voz rencorosa y para algunos, autodestructivo.

Ante la evidente impotencia del hombre frente al gran misterio, su acción poética quiere revelar la presencia de la muerte en todas las actitudes humanas, evitar la sorpresa de

su llegada por medio de la meditación y la vivencia continua de ella.⁴⁹ La muerte es el final último y siempre será la vencedora, aunque Barba Jacob se resiste a adoptar un tono sereno y opta por rondarla siempre en sus poemas, quiere acercarse a ella frente a frente y no ser sorprendido.

Pasado el Modernismo, sobresalen dos grupos de poetas colombianos con tendencias y temas compartidos en su obra: Piedra y Cielo y quienes crearon la revista *Mito*, donde publicaría Mutis sus primeros poemas. Para una ligera caracterización es preciso anotar marcadas diferencias entre ellos, y una buena fuente de información ha sido el prólogo de Luque Muñoz, a propósito de la poesía colombiana de ese siglo.⁵⁰ Los piedracielistas permanecieron a la sombra de una visión romántica del mundo, su poesía añoraba la existencia de un paraíso feliz que pretendieron encontrar en su entorno natural, viendo la patria como una geografía plena de maravillas simbólicas. Buscaron una métrica clara, casi de fórmulas expresivas con la mayor claridad conceptual, considerando el idioma español como un legado digno de veneración. Para Piedra y Cielo, temas como el amor y la muerte eran un motivo de creación y embellecimiento de la vida, eran sólo temas literarios; su obra encontró en el pasado la idealización de los recuerdos y la nostalgia evocadora.

Por su parte, la generación de *Mito*, surgida entre 1940 y 1950, tendría como objetivo el rescate de la poesía de su anquilosamiento sentimental. El concepto de patria era un territorio de contrastes y desigualdades, 'un pedazo desgarrado de una América Latina en construcción'⁵¹. En la expresión poética el lenguaje debía dar cabida también a componentes étnicos insertados ya en la cultura nacional; las palabras ligadas sólo al sentimiento y la

⁴⁹ G. Posada Mejía, *Porfirio Barba Jacob, el poeta de la muerte*, p. 180.

⁵⁰ H. Luque Muñoz, *Tambor en la sombra, poesía colombiana del s. XX*, pp. 9-44.

⁵¹ *Ibid*, p.22.

nostalgia ya no alcanzaban a expresar la realidad de la época. Los tópicos tradicionales en poesía como el amor y la muerte eran un motivo para adentrarse en los misterios del hombre, una búsqueda continua de conocimiento de sí mismo y una vía de reflexión. Mirar hacia el pasado era para *Mito* una oportunidad de esclarecer los orígenes y despojarse de apariencias para llegar a lo verdadero.

Mito surge en tiempos de crisis nacional, los poetas no aceptan seguir con una temática artificial y deciden volcarse a la realidad, con un lenguaje parco y meditativo que habla de un mundo material y tangible. No toleran ya el conformismo y la mediocridad, pretenden devolverle a la literatura algo de su función social refiriéndose al hombre real y a su vida. “Con *Mito* el poeta dejaba de ser el héroe, a la manera romántica, y empezaba a convertirse en el amanuense puntual y cómplice de sus contemporáneos. Reconocerse en el deterioro y la desintegración es tarea moderna que este movimiento comprendió y aprovechó.”⁵² Fue entonces un movimiento de renovación que trajo nuevos aires a la poesía colombiana.

En este entorno surge una obra más, referida al tema de la muerte, la poesía de Jorge Gaitán Durán, precisamente fundador de la revista *Mito*. Su actitud ante la muerte no era la convencional del vencido; aunque el presentimiento de la muerte lo estremecía, alcanzó una envidiable actitud de entereza ante la fatalidad. Habla familiarmente de ella aunque en principio se rebela a que lo conduzca hacia un viaje sin regreso. Retoma la relación indivisible entre vida y muerte; para él, el hombre tiene raíces en la muerte por lo que llegar

⁵² *Ibid*, p. 24.

a ella es renacer, en una especie de renovación eterna; es el caso de “Oda a los muertos”⁵³ donde reconoce en la muerte de sus abuelos la semilla de su propia vida.

Con esta reflexión y conciencia permanente de la cercanía de la muerte quería adelantarse a su paso, saber de ella desde antes para que no fuera ella la vencedora, como lo confirma en su poema del mismo título: “No pudo la muerte vencerme./ Batallé y viví...”⁵⁴

Gaitán Durán comparte con Mutis la angustia ante la vida y la permanente conciencia de la muerte cercana, así como la visión de impotencia del ser humano frente a ella. Ambos están familiarizados con ella aunque Gaitán Durán la considera un hecho que crece en la intimidad, pegado a la vida, mientras que Mutis la siente como una existencia paralela vista también en el acabamiento de otros seres y cosas, como un hecho palpable en el destino de todos los hombres.

Frente a las más consistentes visiones de la muerte que tradicionalmente se han presentado en poesía, podemos acercarnos ahora a la percepción propia de Alvaro Mutis. Como se verá más adelante existen puntos de confluencia con diversos autores y también concepciones que lo apartan del tratamiento convencional. En cuanto a la presencia de la muerte en su poesía, Mutis señala que siempre ha estado allí, nos está esperando y lo que entendemos como vida es un permiso que se nos da antes de desaparecer.⁵⁵ Es uno de los grandes mitos que han acompañado al hombre, la mayor certeza en un destino cuyo control está fuera de sus manos; veremos cómo para Mutis la muerte es vista como un hecho concreto de desintegración física.

⁵³ J. Gaitán Durán, *Obra completa. Biblioteca Básica Colombiana*, p.71.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 175.

⁵⁵ J. Zepeda, “Voy con mucho cuidado” entrevista en *Lecturas Dominicales, El tiempo*, p. 6.

La variedad en las visiones de la muerte responde a las distintas actitudes del alma humana ante la realidad de su final; estas actitudes obedecen de igual manera a la diversidad de vivencias personales, por lo que no resulta extraño encontrar coincidencias en la percepción de varios autores de épocas diferentes. La muerte puede impresionarnos de muchas maneras, por eso la amplia gama de matices en su interpretación y forma de entenderla.

Se intentará ahora, una mirada profunda a la obra mutisiana para encontrar en ella algunos puntos similares a los señalados, otros opuestos y aquellos que la hacen poco tradicional en el acercamiento a un tema trascendente para el hombre.

2.1. UN ACERCAMIENTO MUY PARTICULAR: UN NOVICIADO DE LA MUERTE

“No concibo la muerte como una cosa aparte que vendrá un día. Pienso que estamos dentro de ella. Desde el instante que nacemos, estamos muriéndonos. Esta obiedad tan simple de la cual los poetas han hecho motivo de muchos poemas, de veras hay que sentirla. El final pues, no me preocupa. El final ya comenzó.”⁵⁶

Con estas palabras Alvaro Mutis deja ver varios aspectos que conforman su acercamiento a la muerte; desde el principio el poeta parece haber hecho un ejercicio de toma de conciencia de la realidad. Desde allí hay que empezar a ver su actitud, en el hecho de asumir una verdad irrefutable que forma parte de la vida misma. Al afrontarlo de manera consciente quedan de lado los pensamientos de rebeldía e indiferencia. Mutis arroja una mirada clara de la presencia de la muerte como parte de la existencia y para ello se deshace

⁵⁶ E. Duque, “La vida y la poesía son un trabajo perdido” entrevista en *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, p. 117.

en primer lugar de conceptos anteriores pues quiere tratar con ella desde sus propias vivencias.

Ya desde sus primeros poemas la muerte es observada con detenimiento; los rasgos con que se presenta en los remolinos de una gran corriente que arrastra cadáveres de otras tierras es una muestra inicial de la desintegración física que se abordará en toda la obra y que ya leemos en el poema “La creciente” (SMG, p.63). El poeta está observando el paso de cadáveres, la maleza arrancada con firmeza en medio de una presencia impuesta por las aguas, son sus primeros contactos con la muerte y empieza a formarse una concepción de ella, un modo de verla y percibirla. Como lo señala E. Pérez del Río en su texto *La muerte como vocación*, la muerte además del término de un desarrollo evolutivo, es también la postura que tomamos ante ella, es una preocupación, un valor sentimental, y por consiguiente, una actitud.⁵⁷

La muerte en la poesía de Mutis es una presencia constante quizás por su reiterado deseo de conocerla, quiere acercarse al máximo y la palabra es el medio para lograrlo; intenta desentrañar algún posible misterio o por lo menos dejar de sentirse incómodo ante su certeza. Sin embargo hablar de ella no significa darle tintes idealistas, pretende observarla en su realidad terrenal, sólo en lo que vemos, sin magnificarla ni limitarla simplemente a un tema literario. La muerte está en el nivel de la vida y es allí donde podemos acercarnos, es parte de la realidad del hombre y del mundo. Maqroll también es consciente de ello, comparte esa actitud serena y objetiva ante un hecho tan real como la vida y con el que tendrá una relación muy cercana.

⁵⁷ E.G. Pérez del Río, *La muerte como vocación. En el hombre y en la literatura*, p. 79.

Se ha tomado conciencia de la muerte como una realidad inexorable, adherida a la vida. Es el destino último, sin embargo no se trata de un destino visto bajo la fatalidad; de hecho como se verá más adelante, la muerte no será el final de Maqroll. Es así como la visión de la muerte no tiene un sentido trágico ni de tormento, al aceptarla como parte de la vida a la que ha de llegarse algún día, pensar en ella deja de ser una tortura. Nuestro paso por la vida es un corto alejamiento de la muerte pero al final de la travesía nos encontraremos con ella. Así sucede con Maqroll, cada uno de sus viajes es un distanciamiento pasajero y él conoce esa verdad, ha decidido aceptarla y no tiene problema con eso.

Como ya se anuncia en la "Oración de Maqroll" (*Los elementos del desastre*, SMG, pp. 84-85), él ha acatado la ley de la manada, la de aceptar un destino cuyo final es morir; el mismo para todos los hombres pero que sólo puede ser entendido con naturalidad por el que vive consciente de eso cada día. Ya hemos visto que ante la imposibilidad de manejar el destino Maqroll se resigna, lo mismo sucede con la evidencia de la muerte. Hay un sino marcado para él y la única verdad que se le permite saber desde un principio es la presencia de la muerte. Aunque constituye el estado último del personaje (mismo del hombre), la muerte en la obra mutisiana no es entendida con la fatalidad del fin, el Gaviero muere, pero se trata de un paraje más. Su destino sigue siendo la errancia, de ahí que reaparece en otros lugares cuando creíamos que había muerto; no por esto Maqroll olvida que algún día morirá también.

Maqroll alcanza una gran aproximación a la muerte, logra asumirla como parte suya y esto le otorga un alto grado de familiaridad con ella. La incluye en el centro mismo de la vida, como una realidad en potencia, que día a día se da en el quehacer cotidiano. Es una

visión clara, tomada desde muy cerca; ya no la siente como extraña, no puede atterrarlo y tampoco llega a conmovirlo.

Su relación con ella es la del desesperanzado que vimos desde las primeras líneas, quien ha logrado digerirla con serenidad. No la rechaza, no tendría ningún sentido, tampoco se rebela al designio, simplemente intenta detectar siempre sus signos, presentes en la vida de los seres y las cosas. Observa esos signos para ordenarlos en su percepción del viaje y convive en armonía con ella, una armonía que sólo a él le es concedida.

Hablar de la muerte, convivir con ella y tenerla siempre presente es una forma de hacerla familiar; numerosos poemas nos hablan de esta cercanía. En “Cita en Samburán” (*Caravansary*, SMG, p.198) dos hombres sostienen un diálogo sobre la muerte, hablan de su cotidiana sustancia, han convivido tanto con ella que se les ha vuelto una rutina, siempre están dispuestos a darle la bienvenida, así no los tomará por sorpresa:

Para Alex Heyst el asunto no es nuevo... Aprendió a ver la muerte en cada paso de sus semejantes, tras cada palabra, tras cada lugar frecuentado por los seres que cruzaron en su camino. Para Mister Jones la familiaridad había sido la misma pero él prefirió participar de lleno en los designios de la muerte y ayudarla en su tarea, ser su mensajero, su hábil y sinuoso cómplice.

Acercarse tanto a la muerte, permitirle entrar a diario en el pensamiento, hablar de ella parece crear un ambiente de confianza; la idea de la muerte empieza a formar parte de la conciencia que tenemos de la vida, de nuestra propia existencia. Sin embargo esa cercanía surge siempre de la contemplación de la muerte en los demás, aunque “la muerte es un acontecimiento personal, sólo podemos vivir la muerte de los otros y con ella imaginarnos la nuestra”.⁵⁸ Maqroll ha tenido noticia de muchas muertes a lo largo de sus viajes, es amplio el desfile de personajes históricos, soldados, monarcas de leyenda y hombres del trópico que

⁵⁸ *Ibid*, p. 88.

han partido antes que él. Matías Aldecoa (*Los trabajos perdidos*, SMG, p.117), el húsar (*Los elementos del desastre*, SMG, p.94), el capitán Cook (*Los trabajos perdidos*, SMG, p. 126) y Alexandr Serguevitch (*Caravansary*, SMG, p.189) son sólo algunos nombres de los que apenas ha quedado el recuerdo, pero cuya muerte ha permitido acercarse a ese momento final. Heridos en batalla, vencidos por enfermedad o simplemente por el hastío de los años, la muerte, una misma para todos, los ha alcanzado. El Gaviero conoce sus historias y reconstruye los instantes previos a su muerte; otra forma de acercarse a ella. Tratando de ver esa faz que permanece oculta a todos los hombres, a pesar de haber sido destinados a su encuentro con el estigma de seres 'mortales'; así emprende el conocimiento de ella para reflexionar también sobre su propia muerte, para hallarla en el paso del tiempo, en la huella de los objetos y aún en su propio deterioro físico.

De este ambiente de confianza nos habla Mutis al referirse a la muerte en "Programa para una poesía":

No inventemos sus aguas. Volvámosla a su antigua y verdadera presencia. Venerémosla con las oraciones de antaño y volverán a conocerse sus rutas complicadas, tornará a encantarnos su espesa maraña de ciudades ciegas... Desnudo el rostro, ceñida la piel a los huesos elementales que sostuvieron las facciones, la confianza en la muerte volverá para alegrar nuestros días. (SMG, p.72)

Es una manera particular de observarla, pensar en ella y evocarla hasta hacerla familiar, pero no con la actitud del irrespetuoso que en medio de un ambiente de confianza busca desenmascararla y ofrecerla a todos, sino quizás para deshacerse de una angustia más del cuerpo. Conocerla y aceptarla, confiar en ese encuentro que nos ha de sacar de días de miseria y deterioro es un camino de sosiego para el Gaviero.

Esta percepción de la muerte salvadora, que se verá en detalle más adelante, sólo puede darse a partir de la conciencia plena de ella. Maqroll la ha asumido como suya de

manera tan personal que se atreve a hacerle pedidos de lo que no ha tenido hasta ahora. En “Oración de Maqroll” (*Los elementos del desastre*, SMG, pp. 84-85), pide para su muerte una ciudad, un anclarse en la tierra como nunca ha podido hacerlo, quizás bajo la mirada de las estrellas, los astros que nunca han querido aparecer en sus travesías. Maqroll confía en ella y de ahí su petición; su errancia permanente le ha permitido verla en múltiples ocasiones, ha tenido tiempo suficiente para meditarla, tal vez por eso nos dice más adelante que ya se ha iniciado en sus dominios, ‘en los dominios de la muerte’.

Una de las condiciones necesarias para acercarse a la muerte es evidentemente la soledad. Al tratarse de un hecho que hemos de vivir en forma individual, sólo en medio de la reflexión de nuestro propio ser, alejado del mundo, se hace posible adentrarse en ella. Hasta ahora es esto lo que sucede con el Gaviero, como ya se le había anunciado en “Noticia del Hades” (*Los emisarios*, SMG, pp. 235-236), sólo se inicia en sus dominios aquel que alcanza desde su interior el desolado apartamiento.

Ya se ha hablado en líneas anteriores de la soledad como requisito para confrontar la realidad; el Gaviero elige la soledad porque sólo así puede darse cuenta de la inutilidad de su tarea y sólo en medio de sí mismo puede iniciar la búsqueda de algún sentido a la existencia. Para Pérez del Río el deseo de soledad no es, en último término, más que un deseo de sinceridad, difícil de satisfacer en nuestro trato comunitario.⁵⁹ Hacer conciencia de la muerte y aceptarla es algo que sólo podría realizarse en la intimidad y nuestro personaje parecía saber esto desde un principio.

En el libro *Los trabajos perdidos*, el poema “Cita” refleja esta condición requerida, cuando se trata de reflexionar sobre la muerte. El poema es precisamente una cita con la

⁵⁹ *Ibid*, p.68.

muerte, una cita que se da a solas, en diversos entornos imaginados por quien ya no teme a su encuentro. Aún en medio de multitudes ella nos hablará sin testigos, nadie puede acompañarnos, es una relación personal que debe establecerse sólo a partir de nosotros mismos: “A la hora de mayor bullicio en las calles, / cuando se encienden las primeras luces.../ a esa hora convendría la cita / y tampoco esta vez habría incómodos testigos.” También podría darse en un hangar abandonado de la selva o a la orilla de un río, siempre podrá encontrarse la soledad necesaria: “Otros lugares habría y muy diversas circunstancias; / pero al cabo es en nosotros / donde sucede el encuentro...” (SMG, p.122). Para esa cita íntima habremos de estar solos, ella es lo único cierto que tenemos, que nos pertenece y que está en nosotros mismos.

Maqroll genera una visión intuitiva del mundo y en ella describe con claridad la idea que se va formando de la muerte; para algunos esta visión cobra más fuerza cuando el Gaviero siente el paso del tiempo y los estragos físicos en su cuerpo, de allí la lucidez de quien se desplaza ya por el final del camino.⁶⁰ Nos habla de la muerte de otros y con igual serenidad de la suya, como si fuera otro más; como si la certeza de morir ya no le resultara ajena, como si realmente se hubiera encontrado con ella y tuvieran un pacto de confianza.

En este sentido, la cercanía de la muerte de otros antes que la propia resulta de gran utilidad para la visión objetiva que nos presenta Maqroll. Ver la vida y también la muerte de los demás permite confirmar con sus propios ojos lo que siempre ha considerado el término último, el acabamiento de la materia física. No nos deja ver aún sus sentimientos, se limita a describir el fin de quienes ha conocido, su última cita, dispuesta para todos. Lejos de él un sentido de tragedia, se trata de un hecho físico y concreto de los seres y las cosas.

⁶⁰ C. Ruiz Barrionuevo, Prólogo a *Summa de Maqroll el Gaviero*, p. 20.

Es el fin del cuerpo y al respecto son numerosas las descripciones que encontramos durante sus viajes. Hinchados y verdinosos cadáveres, temblores seráficos, ojos yertos sin mirada y toda la materia en derrota son algunas de las imágenes que pueblan esta poesía tan atenta al hecho de la muerte. Ante la llegada de la muerte todo se disuelve, los recuerdos, las hazañas, las alegrías de tiempos ya perdidos y también la huella del paso de los hombres; sin embargo el Gaviero parte de la disolución de la materia ya que es lo que siempre ha acompañado su andar. La degradación y el deterioro son propios de su existencia; todo a su alrededor da muestra de ello y al observar el momento de la muerte no puede menos que empezar por ese estado de agotamiento evidente. Uno de los ángulos desde donde se observa este hecho final de la vida es el de la finitud física, y tras de ella el vacío, sin algo más que esperar.

Se puede percibir ahora cómo la visión de la muerte en la poesía de Mutis, obtenida en medio de la soledad y aceptada como única verdad del destino, comparte con visiones tradicionales la definición de término de cuerpo físico, extinción de la materia; no obstante en este caso esa realidad se despoja del sentido macabro y por el contrario es recibida con una actitud de serenidad y plena conciencia.

La muerte tiene sus leyes, va sembrando sus signos durante toda la vida, pues ya está dicho que surge con la vida misma; es lo que asegura el Gaviero en sus reflexiones sobre ella. Así como la ley de la vida es morir, llegar a ello implica ir recogiendo sus señales; Maqroll descubre que durante la existencia de cada hombre, la muerte va dejando sus huellas, es como si nos dejara pistas que debemos acatar para procurar un encuentro tranquilo. Sólo aquellos que enceguecidos pretenden ignorar estos signos, serán sorprendidos por ella. El Gaviero no es uno de ellos, muy pronto ha adoptado una actitud de

sumisión y reconoce que todo trabajo emprendido, se resume en ‘una lucha estéril que nos lleva mansamente a la tumba’ (“Trilogía” en *Los elementos del desastre*, SMG, p.102).

Podría decirse incluso que hay también algo de humildad en su postura, el saberse finito lo mantiene con los pies sobre la tierra. Es respetuoso ante su destino y con ello ante la muerte, no la subestima aunque tampoco intenta idealizarla, simplemente se atiene a su presencia y no porque se sienta menospreciado por el mundo, por la naturaleza, pues por el contrario se sabe dueño del privilegio de ver la realidad de la miseria oculta bajo falsos velos para muchos.

Con Maqroll observamos la muerte muy de cerca, tratada como hecho cotidiano, en toda su realidad física pero sin gritos de angustia. Las frecuentes alusiones a ella se logran en medio de algunos símbolos tradicionales, entre ellos el silencio, la lluvia, el mar, pero están ausentes vocablos románticos como losas, mortajas, cenizas, sombra, humo e incluso la tan propicia noche de otras épocas, que proveen un ambiente lúgubre para el encuentro.

Los símbolos para la muerte en esta poesía son los mismos del deterioro, el desgaste de los objetos y la degradación. La cita puede darse a plena luz del día, sin sombra alguna. El espacio y la atmósfera creados para un hombre desesperanzado, sirven igual a su concepción de la muerte; las aguas, los cauces de los ríos que trasladan los restos de seres sin vida, la tez blanquecina de los moribundos, conjugan la idea de una muerte contundente que se da en la plenitud del paisaje; no es una muerte de tumbas y losas frías, es una muerte en medio del trópico.

2.2. NO HAY LUGAR A LA ANGUSTIA

La angustia se considera un sentimiento natural que acompaña la vida del hombre. “No tiene ningún objeto preciso, es simplemente la apreciación de nuestro desamparo. Es la

experiencia que nos revela que existir es estar sosteniéndose en la nada,⁶¹ definición muy acorde para la vivencia de nuestro personaje. En páginas anteriores descubrimos a un Maqroll angustiado ante el paso del tiempo, ante el deterioro de los cuerpos y las cosas; es ésa la realidad que llega a producir tal sentimiento en él. Siguiendo la línea sosegada de su visión de la muerte resulta natural asegurar que Maqroll no es un hombre angustiado ante la muerte. Ese hecho concedido por el destino no puede provocarle tal aflicción, más le horroriza el lento desgaste de cada día que el hecho mismo de morir.

Al aceptar la muerte como un paso más de la vida, ella no le produce miedo. En medio de empresas fallidas en las que se involucra sin descanso, va contando los años que vienen 'como una gris marea pegajosa y violenta' ("Los elementos del desastre", SMG, p.89). El tiempo y la destrucción que trae consigo son el único motivo de inquietud, "lo que infunde pavor es ese lento morir cotidiano, esa larga y premiosa agonía que, en el fondo es la vida."⁶²

Uno de los anhelos más acendrados del hombre es el de la permanencia, de allí su apego a la vida y a todo lo que conforma su mundo en la tierra. Este deseo que parece aumentar con los años, cuando la juventud se ha llevado consigo el halo de fortaleza e inmunidad, está muy ligado al horror ante la muerte ya que no sólo se trata de miedo a lo desconocido sino al hecho mismo de dejar de estar aquí. La angustia frente al paso del tiempo que trae implícita la llegada de la muerte, es entonces el resultado natural del deseo de perpetuidad humano.

⁶¹ E.G. Pérez del Río, *op. cit.*, p. 73.

⁶² *Ibid.*, p.7.

Ese trabajo inevitable que realiza el tiempo, es el de acabarlo todo y no hay manera de detenerlo. Su labor es descrita en “Sonata” (*Los trabajos perdidos*, SMG, p.132): ‘El tiempo, trabaja/ como óxido en las armas de caza,/ como alga en la quilla del navío.. de su opaco trabajo nos nutrimos’. El mundo viaja siempre hacia el desastre de los años repite en “Pregón de los Hospitales” (*Reseña de los hospitales de Ultramar*, SMG, p. 145), donde hombres enfermos son ejemplo claro del acabamiento diario.

En Maqroll esta angustia ha estado desde siempre, pues como visionario le ha sido dado conocer la miseria humana en todo su esplendor, si pudiera decirse así. Es alguien que acepta desde un principio un destino de degradación, la falta de sentido en un continuo deambular sin rumbo fijo, y también es sensible a esa angustia por el paso inevitable del tiempo; sin embargo la voluntad de permanencia de que se habla no puede ser vista de igual manera en el Gaviero. Si hay alguien consciente de la calidad efímera de nuestra existencia, ése es Maqroll; su experiencia le ha hecho un hombre ajeno a toda idea de inmortalidad. Se sabe percedero y es capaz de percibir el deterioro a su alrededor, además, como ya se ha mencionado, alcanza tal conciencia de la muerte admitiendo su presencia paralela a la vida, que ningún temor puede acercarse al pensar en ella y evocarla.

Maqroll busca la muerte en la intimidad, escucha sus voces desde el interior, vive con ella siempre presente, pues como lo reitera en varias ocasiones, la muerte surge de nosotros mismos. Otra razón más para no sentir angustia ante ella, ¿Cómo angustiarse por algo que llevamos dentro desde que nacemos? En este contacto permanente se borra toda ansiedad; al contrario de tantos otros hombres que han vivido atormentados con la idea de tener que morir, el Gaviero, en actitud casi estoica, se refiere a ella como algo propio, que le ha dejado conocer sus señales y se ha instalado en él con toda naturalidad.

Cabe anotar que esta cercanía de la muerte a la vida del hombre, no la hace figurar como una presencia que nos acompaña. No en el sentido en que Villaurrutia la siente tan cerca que ni puede verla y la trata como su compañera. La poesía mutisiana sólo le da su lugar indicando que ella surge con el hecho mismo de la vida, una corresponde a la otra en una relación indivisible y de allí considerarlas a ambas como parte de la existencia del hombre.

Es en nosotros donde sucede el encuentro porque ella siempre estuvo ahí. Vivir es dirigirse hacia la muerte, para Maqroll ése es el oficio esencial de cada día: irse muriendo. Nuestro paso por la vida en realidad es una tregua que se nos otorga antes del momento final. En el "Poema de lástimas a la muerte de Marcel Proust" (*Los trabajos perdidos*, SMG, p.133) encontramos algo de esa consideración:

¿En qué rincón de tu alcoba, ante qué espejo,
tras qué olvidado frasco de jarabe,
hiciste tu pacto?
Cumplida la tregua de años, de meses,
de semanas de asfixia,
de interminables días de verano
vividos entre gruesos edredones...

La vida entonces se observa como un lapso corto, casi como un préstamo del tiempo, como si realmente perteneciéramos más a la muerte. Cuando al fin se vence 'el cotidiano uso del tiempo' que tanto agobia a nuestro personaje, la vida da paso a esa otra realidad que es la muerte. La muerte entonces se vive día a día, si se toma en cuenta que cada momento transcurrido es un avance hacia ella.

Todo lo que hacemos en este mundo es 'hacer tiempo' mientras llega la muerte, esa tregua de la que nos habla Maqroll se traduce en un episodio sobre la tierra, tan sólo uno. El hombre común sin embargo, con su ansioso ánimo vitalista vive cada día para alcanzar la

plenitud en el futuro, vive de hacer planes, lleno de energía y esforzado en vivir al máximo para seguirlo haciendo siempre. El Gaviero se ha desengañado desde hace mucho de esta vana ilusión; ha corrido el velo que ocultaba la desesperanza y aunque en ningún momento reniega de vivir, sabe que la vida misma es signo innegable de la presencia de la muerte.

Otro aspecto que ha servido al Gaviero para asumir con serenidad este hecho lejos de toda angustia, es haberse despojado de sus bienes; Maqroll es un eterno errante que no cuenta más que con su cuerpo y algunos papeles de los que escasamente tenemos noticia. La tierra del trópico es la suya, pero no en el sentido de propiedad al que estamos acostumbrados; cambia de un navío a otro, muchos cuartos de hotel le sirven de morada y no son pocas las riberas y las minas que lo han cobijado. Sin embargo no son sus pertenencias, siempre viaja sólo, libre de todo equipaje. En este sentido no puede contemplar la muerte como la pérdida de bienes, otra de las congojas que se apodera del hombre al acercarse al final; en otras palabras lo dice Thomas Nagel: "La dificultad reside en que la vida nos acostumbra a los bienes que nos arrebatara la muerte."⁶³

Maqroll es un desarraigado que prefiere llevar las cosas en su memoria y si vamos a incluir bajo el término de bienes, los afectos que vamos adquiriendo; nunca hemos sabido de seres queridos dejados por el Gaviero, no hay pistas de familia y sólo algunas mujeres han llenado fugazmente su soledad. Es así como la muerte tampoco podrá arrebatarle algo en este sentido.

Por otra parte, cabe retomar la idea de ver en Maqroll el reflejo del hombre moderno. Recordemos que bajo el manto de la modernidad el desencanto empieza a invadirlo todo y la posesión de bienes materiales cobra un valor único en la carrera productiva del hombre.

⁶³ T. Nagel, *La muerte en cuestión*, p. 31.

Nuestro personaje no tiene preocupación por la pérdida de bienes materiales cuando llegue la muerte, pero sí es afectado por el deterioro de los seres y las cosas que conforman su mundo.

Cuando en *Reseña de los Hospitales de Ultramar* (SMG, p.144) intenta hacer un recuento de sus cosas, la memoria sólo le remite a eventos negativos, pasos que ha dado a lo largo de su vida, como cualquier hombre que se va usando para la muerte:

Con el nombre de Hospitales de Ultramar cubría el Gaviero una amplia teoría de males, angustias, días en blanco en espera de nada, vergüenzas de la carne, faltas de amistad, deudas nunca pagadas, semanas de hospital en tierras desconocidas curando los efectos de largas navegaciones por aguas emponzoñadas y climas malignos, fiebres de la infancia, en fin, todos esos pasos que da el hombre usándose para la muerte, gastando sus fuerzas y bienes para llegar a la tumba y terminar encogido en la ojera de su propio desperdicio.

Lo que ha tenido en su vida está condensado en recuerdos y éstos siempre los lleva consigo, además su condición de errante no le ha permitido acostumbrarse a nada, ha conocido muchas personas y parajes pero con facilidad ha podido alejarse de todos. Para Maqroll el apego a los bienes materiales no existe, la vida no le ha dado algo a qué acostumbrarse ni oportunidad para hacerlo. En este sentido se habla de un hombre moderno pero romántico, cuya riqueza es interior, aquel que saca fuerza de sí mismo y de las experiencias atesoradas dentro; es allí donde cifra su esperanza; sería esa la gran pérdida ante la muerte.

Lo que ha ganado durante su vida y sus viajes es una sorprendente serenidad ante la observación y reflexión de la muerte. Son muchos los momentos en que en un estado íntimo de meditación, ha querido hacer un balance de sus días —paso al parecer necesario para aceptar con plena conciencia la muerte—, pero es en su estadía en el “Cañón de Aracuriare” (*Los emisarios*, SMG, p. 233) donde se habla de esa plenitud que alcanza por el

entendimiento de sí mismo y de la consecuente tranquilidad con que podría esperarse entonces la muerte:

El Gaviero sintió que, de prolongarse esta plenitud que acababa de rescatar, el morir carecería por entero de importancia, sería un episodio más en el libreto y podría aceptarse con la sencillez de quien dobla una esquina o se da vuelta en el lecho mientras duerme.

Al alcanzar la plenitud, la muerte no puede asustarlo, no puede despojarlo de aquello de lo que él mismo ha prescindido. Siempre quiso conocer los 'tejidos de su destino', quizás han quedado muchas inquietudes pero le basta con la certeza mayor, la de saberse tan cercano a la vida como a la muerte, frente a la que no hay miedo ni angustia.

2.3. LA MUERTE ES NECESARIA PARA TODOS

La muerte es una condición implícita a los seres y las cosas, no puede darse una existencia sin la idea de término, sin una lógica de principio y final; no hay evidencias reales de la eternidad; y aun la infinitud del universo ha sido puesta en duda.

Asumiendo este postulado, la visión de la muerte en la poesía mutisiana encarna otro rasgo valioso: el carácter de 'necesaria' que se le concede. Importante en tanto no sólo rebasa la negación o rebeldía primaria ante el hecho de morir, sino que le otorga la calidad de indispensable para la vida. Resulta difícil concebir una vida sin muerte; la certeza de que existe un final para toda vida, hace a ésta mucho más valiosa y digna de ser vivida.

Resulta dudoso pensar que el hombre se esforzaría de igual manera en todos sus proyectos si supera que vamos a esta vivo siempre. La muerte funciona entonces como un motor de impulso que lo arroja cada día la premura del tiempo. En este sentido la muerte particular, la de cada uno, es la única que logra abolir el tiempo y nuestra vida se convierte en un espacio limitado en el que queremos cumplir el máximo de objetivos. El hombre

moderno construye, crea y continúa en la búsqueda aunque sepa que va a morir, asimismo Maqroll.

Nos preguntamos entonces si el Gaviero necesita la muerte para dar término a un destino de deterioro, a un tiempo que no puede emplear más que en travesías infructuosas. Maqroll ha reconocido y adoptado su muerte, la que le pertenece pero tal vez no sea sólo porque la acepta como parte de su destino sino porque encuentra en ella la salida a muchas de sus ansiedades.

Durante muchos de sus viajes la razón de sus días había sido sus inútiles hazañas, el continuo arribar a un puerto para volver a partir. El llamado de la muerte lucía lejano o al menos era distraído por estos motivos. En su paso por los esteros, donde encuentra por segunda vez a la muerte, vemos algo de esa distracción:

Antes de internarse en los esteros, fue para el Gaviero la ocasión de hacer reseña de algunos momentos de su vida, de los cuales había manado, con regular y gozosa constancia, la razón de sus días, la secuencia de motivos que venciera siempre al manso llamado de la muerte ("En los esteros", *Caravansary*, SMG, p.199).

No obstante la muerte es laboriosa y va tejiendo su camino, va ganando fuerza frente a los motivos que construimos para la vida y encuentra en la vida misma, su razón de ser. Muchos hombres lo han dicho, para morir sólo se necesita estar vivo. En este viaje los motivos de Maqroll son vencidos por la razón última de la vida; se ha dejado llevar por la corriente de ese río que cruza los esteros al igual que por la corriente de la vida que para ser real debe alcanzar la muerte. Llevado por el curso de las aguas, la vida lo entrega en la orilla: "Encogido al pie del timón, el cuerpo enjuto, reseco como un montón de raíces castigadas por el sol"

Una visión de la muerte libre de todo sentimentalismo, donde Maqroll ha visto cómo el paso del tiempo lo degrada todo y la llegada de la muerte se concreta en la desintegración

física. A pesar de esto la muerte le otorga a todo un tinte de realidad; desgastarse y morir hacen de la existencia un hecho contundente, real. La muerte entonces es necesaria a la vida, y le concede un alto valor. Este viajero incansable se ha dado cuenta de ello y considera la muerte no sólo como la coronación de una vida sino como su complemento.

La muerte también es una viajera, así como el hombre recorre tantos caminos, ella se dirige a nuestro encuentro siguiendo una ruta, dejando sus huellas para hallarlas en la cita final. En "Breve poema de viaje" (*Los trabajos perdidos*, SMG, p. 129), la muerte ha tomado forma humana en una viajera de trenes que se dirige a nuestra estación, viaja solitaria, nadie la reconoce ni le habla, sólo Maqroll espera su llegada y se consuela al saber que para encontrarlo, ella también ha tenido que emprender varias jornadas. Ella parece llegar primero a la cita pues es quien ha fijado el tiempo del encuentro:

Desde la plataforma del último vagón
has venido absorta en la huida del paisaje.
Si al pasar por una avenida de eucaliptos
advertiste cómo el tren parecía entrar
en una catedral olorosa a tisana y a fiebre...
si nadie te habla y, adentro,
en los vagones atestados de comerciantes y peregrinos,
te llaman por todos los nombres de la tierra,
si es así,
no habré esperado en vano
en el breve dintel del cloroformo
y entraré amparado por una cierta esperanza.

En este poema la muerte espera en el bullicio mientras en "Noticia del Hades" (*Los emisarios*, SMG, p.235) el mensajero aparece en medio del silencio, anunciando a quien nos aguarda, como si necesitáramos de un guía que nos acompañara en el nombrado momento.

Hemos visto ya la frecuente personificación de la muerte en una figura femenina y la clásica imagen algo acogedora de una vieja ante la tumba; en este caso es más una viajera que adelanta su paso al nuestro para recompensarnos al final por llegar a tiempo. Sin

embargo no es la representación de la muerte que prevalece en esta poesía, aunque en estos casos se inscribe en la tradición de la muerte en la cultura occidental como figura femenina; Maqroll llega a sentirla como una presencia que ha nacido con él y que colabora en la construcción de su destino.

Para continuar con esta idea de necesidad de la muerte, acudimos a palabras de Ferrater Mora: “La muerte es un elemento continuamente formador de nuestra existencia. La muerte configura nuestro existir no porque sea lo único que importe, sino porque nada importa gran cosa sin ella.”⁶⁴ Además de darle sentido a las labores en la vida, tener conciencia de ella es encontrar fuerzas para recorrer todo el camino; la muerte nutre con el propósito de ser alcanzada al final. Meditar sobre la muerte aumenta nuestro deseo de vivir, así que paradójicamente funciona como ‘alcahueta’ de la vida. El Gaviero cobra fuerzas de cada empresa fracasada y nunca se olvida de la presencia de la muerte, está empeñado en andar todos los caminos que le sean destinados con la seguridad de hallarla al final. Cada vez que arriba a un nuevo paraje, y aún no es el momento de la cita, decide partir de nuevo. El viaje parece interminable pero la seguridad de un final, es también un impulso que no permite detenerse.

Esta actitud coincide en algunos puntos con la de los vitalistas que alaban la vida a pesar del fracaso de sus proyectos; para ellos la muerte no es necesariamente un suceso doloroso, es una actividad más de la vida y ahí radica su fuerza. Así es el Gaviero que no se arredra ante las pérdidas aunque lo haga más para seguir un destino de derrota que para cantar glorias a la vida. Maqroll no está peleado con la vida y tampoco con la muerte. ‘La confianza en la muerte volverá para alegrar nuestros días’, señala en “Programa para una

⁶⁴ J. Ferrater Mora, *El ser y la muerte*, p. 152.

poesía” (SMG, p.73). Su existencia es la suma de las dos y su errancia responde tanto a un escape del diario vivir de deterioro como a una fuerza que lo induce a llegar hasta el final de lo que le haya sido designado.

Para cerrar este aspecto de la muerte como impulso, resulta ilustrativo retomar la reflexión de Cobo Borda, al encontrar en la muerte el nutriente de la poesía de Alvaro Mutis:

“Esta obra halla en la muerte, su momento más alto. Y es sin embargo, esa lucidez postrera la que acrecienta, como impulso desencadenante, la perdurabilidad del deseo que sigue siendo deseo y la que, en un pacto de sucia complicidad con la vida, lo sigue nutriendo con alimentos ante todo terrestres.”⁶⁵

En Mutis la conciencia plena de la muerte y el encuentro frecuente con ella en los momentos de reflexión, funcionan según su estudio como un aliciente para continuar con la escritura; luego se traslada entonces la situación del Gaviero, en ambos casos la muerte alimenta el ánimo. Otro aspecto poco tradicional pues este impulso no disminuye, quizás por ello el Gaviero regresa, aún cuando creíamos que había cumplido su cita.

La relación de necesidad recíproca entre la vida y la muerte parece encontrar esta vez el equilibrio deseado, “cuando amando la vida se está al mismo tiempo en buena armonía con la muerte.”⁶⁶ Ese es el fruto de la serenidad con la que el personaje ha accedido a reconocer y adoptar su muerte, un equilibrio difícil de lograr para quienes permanecen atados a los bienes de la vida, dando la espalda al transcurrir del tiempo, con los ojos vendados a la otra mitad de sí mismos.

⁶⁵ J.G. Cobo Borda, *Para leer a Alvaro Mutis*, p. 31.

⁶⁶ E.G. Pérez del Río, *op. cit.*, p.51.

De esa serenidad da cuenta “Noticia del Hades” (*Los emisarios*, SMG, p.236) donde el gaviero reconoce, sin sobresalto, que se ha iniciado en los dominios de la muerte. Por haber sido destinado a descubrir esa verdad y vivirla cada día, Maqroll se erige como visionario o más bien elegido, y en la memoria de sus travesías se trasluce mucho de esa actitud.

El Gaviero no pidió ser obsequiado con esta capacidad de ver también el lado de la muerte, sencillamente sus señales fueron apareciendo. De nuevo en “Noticia del Hades”, cuando en medio de la noche baja a la quebrada para encontrarse con un hombre, éste le revela su procedencia, viene de las parcelas de la muerte a hablarle de ella aunque probablemente no lo entienda. No se trata de una petición que Maqroll hubiera hecho a su destino, sólo sabe que ha sucedido así: “Como presente no pedido y que no mereces vine a revelarte lo que te espera. No saques apresuradas conclusiones, nada de lo que puedas hacer se tendrá en cuenta entre nosotros” (SMG, p.236).

Por otra parte, la muerte se hace necesaria pues resulta la única salvadora del vacío además de poner fin a una rutina de fracasos sin sentido. El Gaviero no concibe que el vacío del tiempo de su vida se prolongue eternamente; su pálida y vana existencia está hecha de recuerdos y de sueños, la muerte se vislumbra como algo sólido y certero, una razón más para recibirla con gusto. De nuevo “En los esteros” (*Caravansary*, SMG, pp.199-202) hace un balance de su estadía y sólo le queda ‘todo el vacío de ese tiempo sin nombre’ que ha usado ‘en la necesidad de gestiones, diligencias, viajes, días en blanco, itinerarios errados’. Con la muerte el tiempo ya no seguiría para él, sin tiempo no habrá derrotas, no habrá desgaste y el vacío de esa existencia habrá terminado. En ese último encuentro los hombres hallan ‘el sosiego que les fuera negado durante su errancia cuando vivos’. El carácter de

negatividad de la muerte, donde ya nada sucede se convierte esta vez en una oportunidad de calma que un hombre como el Gaviero está ansioso por conocer.

Este viajero que no ha detenido su andar, ni su meditar, tendrá entonces ocasión de cesar su viaje, no habrá más salidas a trabajos infructuosos y tampoco habrá lugar en su ser, para la permanente sensación de desesperanza que ha ocupado toda su vida. Tal vez el personaje se ha cansado de viajar, ha tenido la paciencia necesaria para aguardar por su momento. La última vez que su agotado cuerpo llegue a algún lugar y pueda aquietar su fuerza; ése será el momento de su muerte, allí encontrará la tranquilidad aunque no pueda dar ya cuenta de ello.

Así como al hombre de “Nocturno en Valdemosa” (*Un homenaje y siete nocturnos*, SMG, p.278), ese tránsito final se le antoja como ‘un alivio, un bálsamo oscuro y eficaz que los dioses ofrecen compasivos’, el Gaviero también imagina ese estado donde ya nada le perturbe, en el reino del silencio donde el tiempo no pueda ya ‘ejercer poder alguno’ y la degradación termine.

2.4. MAQROLL NO BUSCA LA INMORTALIDAD

Esta poesía se acerca inicialmente a la muerte particular, la de un solo hombre, algún soldado, algún monarca, en su encuentro individual con ella; también refiere el contacto del Gaviero con esa presencia permanente. No obstante, a través de las reflexiones de Maqroll la muerte sale del ámbito individual para convertirse en la muerte del hombre, la única y misma para todos. Como lo afirma el propio Alvaro Mutis en entrevista con Gerardo Ochoa, el territorio de la muerte se amplía y sale de la subjetividad hacia el carácter universal de un hecho evidentemente cierto para todos, “nuestro destino está manejado por fuerzas ajenas a los hombres y que escasamente éstos conocen... La muerte permanece igual en ese orden

universal que el hombre tampoco puede percibir.”⁶⁷ Ese orden universal convoca a la totalidad de los hombres, aunque la mayoría nunca sepa siquiera de su existencia, todos están adscritos a él. Aun aquellos privilegiados como Maqroll a quienes les ha sido dado ver la preeminencia del destino sobre la voluntad humana, difícilmente alcanzarán a comprenderlo. La muerte está enmarcada en esa disposición superior de leyes, de la que no seremos eximidos.

Se ha aclarado anteriormente que la idea moderna del destino consiste en que éste es construido por el propio individuo, por lo que no cabe la aceptación de un destino superior por parte de Maqroll; no obstante en una especie de rebeldía, el gaviro sigue construyendo rutas, a pesar de todo, pues esa es su tarea; que otros no quieran aceptarlo es un error más de la modernidad.

Por otra parte, la muerte cobra en la poesía mutisiana una segunda dimensión; más allá de la muerte como término físico, se le observa como muerte cuando se alcanza el olvido. Este hecho último llega cuando se olvidan todos los detalles que mantienen nítida la imagen del otro. “El día que muere la última persona que tiene un recuerdo nuestro; es entonces cuando realmente estamos muertos, ese día morimos para siempre”.⁶⁸ Es un plano adicional en el que se plantea que la muerte está dada también por el olvido, que llega a su término, cuando ya no hay rastro alguno de nosotros, ni quien nos recuerde.

Uno de los rasgos del hombre moderno es el miedo al olvido, a no trascender ni dejar huella en la memoria de nadie. Maqroll es víctima también de ese temor, y en su visión de la existencia olvido y muerte confluyen al término de la vida. Durante el corto lapso que

⁶⁷ G.Ochoa Sandy, “Maqroll el Gaviro cumple una parte del destino que yo no cumplí, todo aquello que no pude ser”, entrevista en *Unomásuno*, p.23.

⁶⁸ F. Quiroz, *El reino que estaba para mí. Conversaciones con Alvaro Mutis*, p. 36.

podemos permanecer en la memoria de aquéllos que vivieron con nosotros, pareciera que al menos ese recuerdo mantiene vivo nuestro nombre, pero finalmente todos se irán y no habrá nadie que prolongue nuestra existencia.

Puede leerse algo de esta extensión en la muerte de “El húsar”. Después de inefables batallas y nutridas glorias, el húsar muere, su antiguo poderío empieza a caer en las sombras, sus huellas dejan de seguirse y aún los objetos que le acompañaron se corroen lentamente. Se ha hecho una obra en su memoria, pero ésta también va quedando en el olvido: “El vitral que relata sus amores y rememora su última batalla, se oscurece día a día con el humo de las lámparas que alimenta un aceite maligno” (*Los elementos del desastre*, SMG, p. 97), podría decirse el aceite del olvido, ése que se empeña en borrar todo lo que quede de nosotros, como si no bastara morir y aun hiciera falta ser olvidado. Es preciso entonces dejar de hablar de él, éste ha sido su último recuerdo y ya nunca más será nombrado:

Cese ya el elogio y el recuento de sus virtudes y el canto de sus hechos... hagamos el último intento de reconstruir sus batallas para jamás volver a ocuparnos de él, para disolver su recuerdo como la tinta del pulpo en el vasto océano tranquilo. (*Los elementos del desastre*, SMG, p. 98)

Así tiene que ser, como el húsar estamos condenados a sumergirnos por completo en el olvido, pues eso también es morir.

Algunos hombres van dejando tras de sí una historia, huellas, cartas, muebles, cosas que serán desvencijadas por el tiempo, ‘todo irá desvaneciéndose en el olvido’ y como sucede en “Un bel morir” (*Los trabajos perdidos*, SMG, p. 121), otras historias pasaran a ocupar la memoria de los que quedan:

El grito de un mono,
el manar blancuzco de la savia
por la herida corteza del caucho,
el chapoteo de las aguas contra la quilla en viaje,
serán asunto más memorable que nuestros largos abrazos.

El 'bel morir' está formado también por el olvido de nuestras historias, la desaparición de toda evidencia de nuestro paso.

Para Mutis el olvido es como un gran señor que sucede a la muerte y va trabajando sobre todo nuestro rastro. Cuando ya nos hemos ido, la memoria de quienes conocimos, las cosas y la historia que un día erigimos, todo entra a formar parte de sus dominios; el olvido trabaja sobre el legado que dejamos hasta borrar para siempre la más mínima señal que narre nuestra vida.

La historia de tantos personajes que visitan en sueños y recuerdos el mundo del Gaviero ha tenido que enfrentar una continua lucha contra el olvido, para lograr al menos en breves instantes ser recordada y con ello recobrar las glorias pasadas. Maqroll también se esfuerza siempre por mantener vivos los recuerdos en su memoria pues sabe que tras su partida, el olvido ganará la batalla. Como ha sucedido con todos aquellos hombres, notables y comunes, cuando él se vaya, ya nada quedará de sus empresas, nada conservará sus actitudes, aquellas cosas que queden serán ajenas a sus hazañas y a su desesperanza.

Siguiendo la idea de que la muerte es una realidad implícita a la vida y surge con ella, Maqroll nos recuerda que está en el presente, en todo y en todos, sin principio ni fin. Se sabe que la vida es un camino hacia la muerte pero se ignora qué hubo antes de ella y qué habrá después. Se le concede entonces una propiedad de permanencia completa y se aleja de las dimensiones cotidianas del mundo terrestre, pues no podemos entenderla como un estado que empieza y termina en momentos determinados. Cada día la muerte deja sus signos, no se sabe desde cuándo empezó a hacerlo, es un llamado diario que culmina con una cita; sin embargo ella seguirá su trabajo con la vida. Está presente ahora; en cada minuto, en cada día Maqroll obtiene algo de lo que 'de anticipada muerte' le corresponde. Sin pasado ni futuro, se trata de verla en cada instante de sí mismo.

Con todo lo anterior, ha quedado delineado que a pesar de tener una percepción especial, el Gaviero desconoce como todos los hombres lo que puede haber después de la muerte. Maqroll no se aventura a pensar en ello, pues en su actitud de desesperanza lo único que cabe aguardar es 'la nada'. Eso es lo que nos espera después de ella, la simple negación de la existencia; todos los recuerdos se perderán en lo que llama 'la irrescatable tiniebla'.

No podría ser de otra manera en una poesía cuya visión de la muerte pretende con toda objetividad mostrar la fuerza e importancia que tiene en la vida y el peso de su trabajo en la degradación de la materia. "La muerte de Matías Aldecoa", poema incluido en la colección *Los trabajos perdidos* (SMG, p.117), confirma cómo todos los títulos posibles, las proezas, glorias o siquiera los trabajos comunes de una vida cotidiana, se anularán tras la muerte. Después de la cita, serán 'nada... menos aún que nada', todo habrá perdido su nombre y su importancia. Para Maqroll la nada 'inmediata y anónima' es lo único que se nos ofrece y parece comprenderlo con naturalidad.

"Moirologhia" es un bello canto a la finitud del cuerpo; describe con frialdad aquello en lo que quedará convertido un hombre y sus asuntos con la llegada de la muerte. Se convertirá en un desterrado, yerto sin mirada que no oye ya a los suyos deglutir su muerte. Terminarán todas sus sorpresas, sus firmes creencias, su misericordia, caridad y sus luces de entendido; ni siquiera de sus proezas de amante quedará la más leve sombra. Se trata de la reducción total de lo que ha sido y no hay nada adelante, ésa es la mayor certeza:

Un cardo amargo se demora para siempre en tu garganta
¡oh Detenido!
Pesado cada uno de tus asuntos
no perteneces ya a lo que tu interés y vigilia reclamaban.
Ahora inauguras la fresca cal de tus nuevas vestiduras,
ahora estorbas, ¡oh Detenido!
Voy a enumerarte algunas de las especies de tu nuevo reino
desde donde no oyes a los tuyos deglutir tu muerte y
hacer memoria melosa de tus intemperancias.

Voy a decirte algunas de las cosas que cambiarán para ti,
¡oh yerto sin mirada!
Tus ojos te serán dos túneles de viento fétido, quieto fácil,
incolore...
aquí terminan todas tus sorpresas,
tus ruidosos asombros de idiota...
Tus firmes creencias, tus vastos planes
para establecer una complicada fe de categorías y símbolos;
tu misericordia con otros, tu caridad en casa,
tu ansiedad por el prestigio de tu alma entre los vivos,
tus luces de entendido,
en qué negro hueco golpean ahora,
cómo tropiezan vanamente con tu materia en derrota.
(En *Reseña de los Hospitales de Ultramar*, SMG, pp. 165-166).

Ya lo ha anunciado el Hades con el acento de una región inconcebible, todos han de esperar la señal siempre postergada, de su 'definitiva disolución en la nada bienhechora' (*Los emisarios*, SMG, p.235). Queda cerrada entonces toda posibilidad de algo después de la muerte y no hay lugar aquí para una idea de inmortalidad.

El destino que según Maqroll rige, aun contra su voluntad, la vida de todos los hombres, incluye también a la muerte; en el diario vivir que nos ha sido asignado está ella presente por lo que se llega a afirmar que cada uno de nosotros va construyendo su propia muerte, de la misma forma en que vamos labrando nuestra propia vida. Es a lo que el Gaviero llama 'usarse para la muerte', pasar cada momento consciente de dirigirse hacia ella.

La muerte nos distingue desde el principio, sabemos ya que va dejando sus señales, Maqroll ha podido reconocerlas poco a poco. En la miseria de sus días se encuentran 'los capítulos de su muerte' como lo señala en "Grieta matinal" (*Los trabajos perdidos*, SMG, p.120); ya que ella, presente desde el inicio de la vida, también avanza con el tiempo dentro de nosotros.

Esta característica que por lo general se ha asociado a la vida: la idea de crear o forjar; se traslada aquí al terreno de la muerte alejándola por instantes de su cerco de destrucción. Pensar en construir la propia muerte podría parecer una ironía, no obstante, para Maqroll significa obedecer la línea de su sino, es casi un compromiso con su propia existencia.

La principal empresa del Gaviero ha sido ir tejiendo un sino de desventuras, pero con sus continuos rodeos a la cita última de su vida, ha construido algo más: su relación con la muerte. Porque esta labor debe hacerse aquí, porque no hay un más allá para esperar, conocedor de la situación decide acercarse a ella en vida, ya que no pretende ir más allá de esa cita. Sabe que no quedará en la memoria de nadie, que su nombre no se conservará, que es simplemente uno más de los mortales.

Ante esta última afirmación surge la pregunta de las múltiples muertes de Maqroll y su regreso. Mutis nos ha presentado a un hombre desencantado, enfrentado con su destino de fracaso y soledad, y arrojado a la muerte de manera irrevocable; sin embargo el hombre aparece en otra parte e incluso se alude a los falsos testimonios sobre su muerte. Ya se ha hablado del impulso que produce la muerte en esta poesía, mismo que hace reincidir una y otra vez en el intento por descubrirla. Entonces el Gaviero no muere del todo y ello no responde al deseo de crear un mito en torno suyo; por el contrario, no acaba de morir porque con ello no cumple todavía su destino, a manera de condenado regresa a la misma precaria condición. Es así que no puede ser visto como un héroe infalible, vencedor de la muerte ni con un aire sobrenatural.

En los textos "Señal" (*Los trabajos perdidos*, SMG, p.128), "Morada" (*Reseña de los Hospitales de Ultramar*, SMG, p.159) y "En los esteros" (*Caravansary*, SMG, p.199), el Gaviero ha asistido a su última cita; también un regimiento lo ha salvado de morir en las

montañas. Más de una vez ha llegado a situaciones límite, para volver a contarnos sus hazañas. Pero esos encuentros parecen no haberse completado, Maqroll ha dado muchos rodeos en sus meditaciones sobre la muerte, la ha visto de cerca y desde diferentes ángulos pero no se ha integrado a su esencia.

Llega siempre hasta el límite pero más allá de la realidad de la muerte, prefiere no especular, seguimos en la misma incertidumbre pues nadie que se haya entregado a la muerte, ha venido para contarlo. Esta visión mutisiana no quiere entrometerse en creencias no probadas, no hace alusiones a infiernos o cielos, no hay premios, eternidad ni castigos.

La inmortalidad no existe para el Gaviero, por lo menos no en los términos de duración indefinida, de permanecer vivo para siempre; ni tampoco en los terrenos del más allá contemplados por la tradición. Maqroll sólo se ha empeñado en vivir el destino que le corresponde, cumplir con el papel asignado y no el de una vida distinta; su muerte está escrita en su destino y la seguirá esperando sin sorpresa.

En líneas generales, como lo señala Cobo Borda, en esta poesía el acercamiento a la muerte es un análisis lúcido que con gran precisión enumera sus componentes, sin embargo jamás llega al núcleo, éste permanece irreductible.⁶⁹ Se trata de una experiencia compleja que enriquece la obra otorgando en las meditaciones de Maqroll una difícilmente adquirida conciencia de la muerte; con una gran muestra de valentía este hombre ha intentado convivir con el mayor enigma de la existencia, ha podido desechar toda angustia para disponerse a la reunión en el instante asignado, pero todavía el momento está pospuesto.

Maqroll se ha detenido varias veces en esa cita sin acabar de cumplirla, sigue ganando pasos al encuentro sin que desee huir de él. La muerte tiene una presencia continua

⁶⁹ J.G. Cobo Borda, *op. cit.*, p. 70.

en él, aunque se aleja ocupándose en sus asuntos cotidianos, algún día ha de volver a ella, de hecho debería hacerlo a cada momento.

Encontramos en esta visión de la muerte una concepción poco tradicional que hace énfasis en el hecho físico de desintegración que cierra toda posibilidad de algo más allá. Quizás de haber algo después de la muerte, Maqroll debería detenerse allí para cubrir así su urgente necesidad de trascendencia.

Bajo esta perspectiva la poesía de Mutis se convierte en metáfora del mundo contemporáneo. El mundo de un hombre en éxodo permanente, el hombre de nuestro tiempo que de seguir los pasos del Gaviero aceptaría el único hecho verdadero de la condición humana, buscando en sí mismo esa otra parte de la vida que es la muerte.

3. OBJETOS: PRESENCIA VISIBLE EN ESTA POESÍA

El escenario de la poesía de Alvaro Mutis está regido principalmente por el deterioro del ambiente y de su personaje, sin embargo es inevitable advertir además la fuerza de otros elementos que rodean el mundo de Maqroll, los objetos. A lo largo de toda la obra se concede especial importancia a la presencia de los objetos, que como se verá más adelante, intervienen de manera activa en la creación de la atmósfera y la errancia permanente del personaje. La reiterada aparición de algunos objetos y su estado de materia desgastada, hacen evidente el papel que se les otorga a esos entes en apariencia inmóviles y sin vida. Los objetos entran en la poesía de Mutis y participan de su creación.

Maqroll es un hombre del trópico, habita la tierra caliente donde los seres y las cosas sufren un desgaste continuo; aun así, se trata de su espacio vital, aquel que recorre sin cansancio y en el que lo rodean numerosos artefactos, en los que se va descubriendo cierta identidad con el estado físico del personaje. Las cosas que forman parte de estos escenarios tropicales surgen una y otra vez, con las mismas características y logran atraer cada vez la mirada del gaviero. A pesar de tratarse de objetos comunes, en la vida cotidiana de los parajes recreados, en esta poesía adquieren un sentido diferente. Son observados con detalle y eso produce el primer cambio en su percepción; no pueden ser ya valorados como utilería propia del paisaje, hacen lo posible por hacerse notar y consiguen que incluso el personaje se detenga en ellos.

Para J.G. Cobo Borda, esos objetos que se instalan en el mundo del gaviero, esas imágenes que son su reflejo, se van cargando de una significación excesiva⁷⁰; no es un

⁷⁰ J.G. Cobo Borda, *Para leer a Alvaro Mutis*, p.70.

exceso ver la sensibilidad y el desgaste de un viajero incansable en todo aquello que lo rodea. Las cosas que acompañan su travesía no podrían ser diferentes, pertenecen al mismo entorno y han sufrido también el paso del tiempo. Es cierto que son señaladas de manera especial pero el significado que se les concede no rebasa los límites de la realidad a la que pertenecen.

En algunos casos los objetos remarcaban la situación que viven los personajes, a veces en cambio, sirven de evocación de otros días, se convierten en imágenes del recuerdo. Vienen cargando la fuerza del pasado vivido por otros seres, quienes al mirarlos le añaden mayor vigor a su significado por el valor que adquieren en su memoria.

Los objetos tienen gran importancia en esta poesía, no son sólo un conjunto de implementos, son también motivo para la creación. El poeta se ocupa especialmente de ellos y encuentra su correspondencia con el universo que quiere presentar; en este sentido puede decirse que se convierten en punto de partida para la formación de la atmósfera que Maqroll necesitaba. “Cuando un soñador reconstruye el mundo partiendo de un objeto al que hechiza con sus cuidados, nos convencemos de que todo es germen en la vida de un poeta”⁷¹; esto ha sucedido también en la poesía de Mutis.

En esta obra, los espacios están ocupados por seres y cosas que guardan una relación entre sí; es la captación que el poeta hace del mundo. Allí un cobertizo y un techo de cinc pueden contener señales que van más allá de las apariencias, no necesariamente como un mensaje mágico o sobrenatural sino como un símbolo más de derrota. Los objetos hacen evidente la realidad del acabamiento, reafirman de manera concreta el transcurso de la vida y el tiempo, en una especie de fluir hacia la muerte, según el propio autor. Esta realidad

⁷¹ G. Bachelard. *La poética del espacio*, p. 102.

llenada en parte por tantos artefactos, es digna de contemplación, no puede dejar de notarse aquello que nos dicen las cosas con su simple existencia, con su simple estar ahí como testigos o quizás acompañantes. Maqroll también pretende aprehender la verdad que desde un principio se le ha venido revelando. El carácter material de los objetos concede mayor peso a su observación, pues se trata de entes palpables, no imaginados, tan materiales como nosotros y sujetos a la misma caducidad; el gaviero no miente al hallar en ellos un testimonio más de su interminable viaje, sólo descubre su verdadero valor y con mirada atenta nos convence de que verdaderamente participan de un recorrido como el nuestro.

Hay algo guardado en los objetos además del paso del tiempo, en ellos está presente la huella del hombre. Desde utensilios, artefactos, elementos de ornato, sin importar ahora su función, se entienden como creación humana. Poco a poco la humanidad se ha rodeado de un entorno material que deja de ser escenario para convertirse en reflejo y en cada cosa puede encontrarse la huella de su mano. Sus formas y tamaños están ajustados a la naturaleza del hombre.

Gracias al hallazgo de numerosos objetos ha podido reconstruirse la forma de vida de varias culturas; cada grupo de objetos surgidos en diferentes épocas constituye una fuente de conocimiento de su creador, pues son como la huella que va dejando a su paso y que tampoco ha de durar para siempre. Sucede lo mismo con los objetos del mundo de Maqroll, en ellos está plasmado el registro de sus viajes y el cambio de su condición; todavía siguen ahí, como él y conservan señales de su paso por tantos lugares.

Se acepta entonces que el universo de esta poesía, donde los elementos mantienen estrechas e intrincadas relaciones entre sí, contiene un lugar visible para los objetos. Las cosas ocupan un espacio, son parte de imágenes y aportan con su presencia algo más que su

servicio; no sólo circundan el ambiente sino que se inscriben en un mundo donde tienen fuerza y vida.

“El poeta tiene que ir explotando y conquistando el sentido secreto de las cosas, muy diferente al sentido práctico que les damos”⁷², ellas están presentes en el mundo que rodea al poeta pero sólo gracias a él cobran un valor distinto al utilitario y empiezan a mostrar una apariencia especial que va más allá de su forma. Para algunos, el sentido que adquieren los objetos deriva de lo que el poeta siente frente a ellos y no de las cualidades físicas que tienen, mientras que para otros, cada objeto contiene un aspecto propio y con su presencia afecta al hombre, antes de que éste intente encontrarle otros sentidos.

3.1. NATURALEZA DE LAS COSAS

Es precisamente en la naturaleza de las cosas donde el poeta hace el hallazgo; en ocasiones los objetos, con su apariencia natural, funcionan como nexo entre el exterior y el interior de un orden al que él mismo pertenece; son elementos unificadores de su mundo pues su aspecto y cualidades pueden explicar las experiencias que se han vivido. Además los objetos forman parte del espacio del personaje y a la vez son marcas aprovechadas por el tiempo. Son estas características activas de las cosas, las que importan en la creación del mundo maqrolliano.

Los objetos que encontramos en cada poema quizás son los mismos con lo que nos hemos cruzado tantas veces, sin embargo no habremos observado en ellos nada diferente a su apariencia material. Sin embargo, los objetos que acompañan al Gaviero no son inocentes, toman parte en el entorno y no pueden verse de manera simple, incluso parecerá a

⁷² A. Alonso, *Materia y forma en poesía*, p.126.

veces que forman un orden propio, una especie de mundo paralelo a la vida del hombre, idea que el poeta dejará sugerida en más de una ocasión, por ejemplo en su “Historia natural de las cosas” (*Poemas dispersos*, SMG, p.290).

En ese poema, mediante una rendija de imágenes breves, se observa el mundo poco explorado de las cosas, de todos esos artefactos que hemos creado para llenar nuestro espacio. En principio nosotros las hemos dotado de un impulso, tenue energía suficiente para que inicien su recorrido:

Y van viviendo, las cosas, por su cuenta,
van perdiendo el rastro
que en ellas nos nombraba
y acaban instaladas en su propia existencia,
en el agua lustral que las mantiene.
¿Qué, sino nuestra sólita torpeza,
puede pretender que las cosas
tengan peso y estén sujetas
a la física inmutable
que insiste en su propia necesidad?
No. Ya lo sabemos. Las cosas toman otro camino...

Al parecer cobran su propia vida o existen aparte de nosotros, están allí a pesar nuestro y aun después de que nos hallamos ido; permanecen para conservar en una especie de memoria los pasajes de otros tiempos. Así como las cosas viejas, tristes y desteñidas de las que habla José Asunción Silva en su poema “Vejezes”⁷³, saben secretos de las épocas muertas; se trata de cosas en las que sólo el soñador reclama las confidencias del pasado.

Siguiendo con los versos de Mutis, encontramos en ellos enumeraciones de objetos que demuestran en ocasiones su independencia de la vida del hombre, mientras a veces no son más que rastros de lo que a él le pasa. Bancos de madera en el fondo de una mina,

⁷³ “Las cosas viejas, tristes, desteñidas,/ sin voz y sin color, saben secretos/ de las épocas muertas, de las vidas/ que ya nadie conserva en la memoria,/ y a veces a los hombres, cuando inquietos/ las miran y las palpan, con extrañas/ voces de agonizante dicen paso,/ casi al oído, alguna rara historia/ que tiene la oscuridad de telarañas,/ son de laúd, y suavidad de raso”. Del poema incluido en J. A. Silva, *Cuadernillo de poesía*, p.21.

casaca y chaleco mansillados, maniqués desnudos, basura inocente, cables, camas, peces y sombreros minuciosos, signos todos del olvido, la soledad y el acabamiento. Como flotando en todas partes y dueñas de su propio orden, las cosas siguen ahí, en “Historia natural de las cosas”:

Los muros, otra vez los muros,
rostros de lo que nunca ha sucedido,
lienzos de lastimada pared cuyo derrumbe
se antoja inconcebible.
Y el viento que pasa o el aire detenido
y tantas otras cosas que voy a nombrar
y evaden la palabra, y, sin embargo,
allí están, despiertas en la noche,
vigiladas por minúsculas constelaciones.

En esta poesía las cosas tienen su identidad e incluso una ley interior por la que se gobiernan y se ordenan. Son entes que participan de manera activa y cuentan con cualidades propias, no obstante, nunca raya en la observación de seres fantásticos, cajas mágicas o artefactos sobrenaturales. Si se habla de un orden y existencia propia de los objetos es sólo en tanto constituyen una huella del paso del tiempo y de los sucesos, y viven junto con Maqroll las afecciones del deterioro y el olvido. En cuanto a esta ley interna que ha descubierto el poeta, valen las palabras de M. Foucault: “La representación que uno se hace de las cosas no tiene ya que desplegar su ordenamiento; es ya un orden que pertenece a las cosas mismas y su ley interior”.⁷⁴ No es el poeta quien les otorga ese carácter de entidades independientes, pues ése les pertenece desde el momento en que están ahí; tampoco pretende una apología a la existencia de las cosas, sencillamente no puede desconocer su presencia y la relación que mantienen con los otros seres que pueblan su mundo.

⁷⁴ M. Foucault, *Las palabras y las cosas*, p. 304.

La concepción inicial de los objetos resulta bastante simple ya que no han sido más que materia corriente y productos del artificio, pero al acercarse a una definición más precisa, encontramos significados que diversas culturas les han otorgado. Algunas han llegado a concederles rasgos fantásticos a las creaciones del hombre, nublando la frontera entre lo natural y lo artificial. Los objetos del gaviero son simples, utilería y mobiliario que podría encontrarse en cualquier poblado del trópico, nada más alejado de ellos que lo mágico. Han sido elaborados por hombres como Maqroll, pero para él conservan rasgos especiales que, sin hacerlos únicos, sí los convierte en compañeros de viaje. A pesar de ser elementos artificiales, se vinculan a la visión tan natural que tiene de la vida nuestro personaje errante. De un paraje a otro el encuentro vuelve a producirse; los objetos no viajan físicamente como el gaviero, pero en cada cuarto de hotel aparecen de nuevo. En más de una ocasión el entorno incluye brújulas, mapas, lámparas de aceite que otras veces han acompañado el viaje. Están ahí para ser vistos y confirmar la realidad del personaje. Maqroll entonces no está imaginando un techo de cinc corroído que se repite invariablemente, no es él quien otorga las cualidades a las cosas que lo rodean. Cuando llega, los objetos ya están ahí, formando desde antes, parte de la realidad.

En su *Teoría de los objetos* A. Moles considera el objeto como mediador universal entre el hombre y la sociedad, como exponente y creador del entorno cotidiano, cargado de valores.⁷⁵ En este sentido las cosas funcionan en primer lugar como un lazo entre los hombres; muchos objetos creados de manera artificial por la mano humana, efectivamente han pasado de su sentido utilitario a una forma de identificación entre diferentes culturas. Se van integrando de tal manera a su vida, que funcionan como sello de identidad, medio para

⁷⁵ A. Moles, *Teoría de los objetos*, pp. 11-12.

conocer a sus creadores, lazo de intercambio y símbolos de diversa significación; además frente al contacto cada vez menor entre los hombres, estos hallan su medio de comunicación en los objetos que otros han producido.

En el universo de Maqroll, los objetos se identifican con el medio tropical pero no son presentados como signos de algo oculto. La obra de Mutis no es una poesía de símbolos, resultaría infructuoso tratar de encontrar significados velados en las cosas que están allí, tan reales como les es posible, para hacer más palpable la situación del personaje.

Por otra parte, siguiendo a Moles, considerar al objeto como creador del entorno cotidiano supone una característica específica de las cosas que el hombre crea para sí mismo; gracias a ellas se completa el medio en el que vivimos. Así sucede aquí, donde el ambiente de deterioro se logra en buena parte por la apariencia de los objetos. Ellos conservan este valor de que habla Moles, son necesarios en el devenir cotidiano, ellos mismos forman la costumbre y hábito del quehacer humano. Maqroll los encuentra siempre iguales a su paso, confabulados para reflejar su misma sensación de acabamiento; también como parte de su vida diaria.

Otra función del objeto es la de hacer posible el sentido de posesión y dominio; siendo su creación, el hombre ejerce poder sobre ellos, manipulándolos a su antojo. Sin embargo, en otros casos el hombre se ha hecho esclavo de esas creaciones; como sucede a partir de la llamada 'era del consumo', cuando la adquisición de objetos se convierte en necesidad imperativa e impone parámetros estrictos a la forma de vida del hombre. Regresando al mundo del gaviero cabe anotar que los objetos que lo rodean no son realmente artículos valiosos dentro de la escala de consumo y no producen ningún efecto de poder en Maqroll. Tampoco está sujeto a la posesión de estas cosas que encuentra en el camino, como ya se ha dicho, se trata de un personaje lejano a las propiedades materiales, no

es el dueño siquiera de su destino, por ello los objetos aquí, no pueden adquirir esa función. Su riqueza definitivamente está en el interior, en ese yo individual donde radica la fuerza del viajero.

Por medio de los objetos el hombre suple muchos de sus deseos; con ellos compensa frustraciones, alcanza momentos de distracción e incluso llegan a ser motivo de alegría. En nuestro caso, la angustia del gaviero no puede ser consolada de ningún modo, se aleja la posibilidad de que en algún hallazgo material se encontrara la salida de su destino, que por demás, no pretende buscarse.

Las cosas materiales forman parte de un solo conjunto con todos los seres, en la percepción de la realidad que hace el hombre resulta cada vez más difícil separar los objetos de todo el conjunto. Nos sentimos incluso, plenamente identificados con algunos de ellos, al punto de considerarlos no sólo parte de nuestra vida cotidiana, sino reflejo mismo de lo que somos, de nuestra personalidad. Maqroll tampoco es separable de sus objetos, no porque conscientemente requiera de ellos, sino porque el conjunto estaría incompleto sin ese otro elemento.

La presencia de los objetos es palpable para todos los hombres, al observarlos, cualquiera de nosotros puede encontrar sentido en ellos, con muchas significaciones. Sin distinción de clase, edad o género todos somos propietarios de ellos, aparecen por doquier y a pesar de ello, pocas veces logran abrumarnos. Aunque acostumbramos verlos como conjunto de utilería, cada cosa tiene rasgos y funciones, hasta significados diversos. Algunos logran percibirlos como entidades únicas e individuales. Aclarando este punto, podría retomarse la peculiar visión del poeta F. Pessoa respecto a ese mundo de elementos que lo rodea: "Ninguna cosa recuerda a otra si reparamos en ella. / Cada cosa sólo recuerda lo que

es / y sólo es lo que nada más es./ La separa de todas las demás el hecho de que ella es.”⁷⁶

Aunque conformen un solo universo material, también pueden ser consideradas en su particularidad. El techo de cinc del hospital donde yace Maqroll es sólo uno y al detenerse en él, se nota cómo el desgaste es sólo suyo, la corrosión lo ha alcanzado de cierta manera. A pesar de ser parte de una escenografía de deterioro, su apariencia es diferente a la de una pared costrosa en el mismo paraje. Podemos así considerarlos uno a uno, para notar en ellos una cara distinta, la que nos permite ver el poeta.

De otro lado, los objetos como artículos artificiales, tienen un tiempo limitado de duración, que en muchas ocasiones rebasa al hombre; este sentido de caducidad resulta equivalente a la existencia de los seres vivos. Algunos de nuestros objetos seguirán existiendo aún después de que nos hayamos ido, como lo ha dicho Borges en su poema “Las cosas”⁷⁷, muchos de los objetos que nos rodean quedarán después de nuestra partida aunque no podrán darse cuenta que no estamos con ellos:

¡Cuántas cosas,
limas, umbrales, atlas, copas, clavos,
nos sirven como tácitos esclavos,
ciegas y extrañamente sigilosas!
Durarán más allá de nuestro olvido:
No sabrán nunca que nos hemos ido.

Así la brújula o quizás la lámpara de aceite del gaviero, estarán por un tiempo más, pero eso no les impedirá sufrir el daño y el deterioro, como todo material tendrán cambios a causa del tiempo.

La mayoría de los objetos de esta poesía parecen haber adelantado su paso, se encuentran en avanzado proceso de desgaste, muchos de ellos fueron hechos con materiales

⁷⁶ F. Pessoa, “El guardador de sueños” en *Poesía completa de Alberto Caero*, p. 138.

⁷⁷ J.L. Borges, *Obra poética*, p. 335.

pereceros a corto plazo. Sin que importe la manera en que han llegado ahí, es evidente que se están terminando y cubren la misma ruta del protagonista. A todos por igual les ha sido destinado el camino del acabamiento. El estado de las cosas corresponde justamente al estado del gaviero.

3.2. CÓMO PARTICIPAN DEL MUNDO DE MAQROLL

Se ha notado ya, respecto a la naturaleza de las cosas, que guardan relaciones entre sí, como parte de un solo grupo y a la vez conservan su singularidad. Quizás sea sólo desde nuestra percepción que las cosas se unen o se apartan unas de otras, coinciden en ciertos lugares o situaciones, se complementan o se rechazan al no formar parte de un mismo ambiente. Se considere o no a los objetos como entes individuales, sí puede hallarse nexos entre ellos, agrupándolos de muy diversas maneras. En este caso, el grupo seleccionado es el de objetos maltratados que llevan la carga semántica del deterioro y están cumpliendo una función clara: formar la atmósfera acorde con la situación del personaje a quien acompañan.

Mutis reconoce cuán importante es la presencia de los objetos, se trata de un poeta que 'se ha enseñado a mirar las cosas' como diría Pessoa:⁷⁸ "pues ellas son amigas de los ojos, están ahí para ser vistas. Y para comprender a quien habla de ellas, es preciso haber aprendido a mirarlas". El poeta ha logrado ver en la realidad material de los objetos, algo que debe contemplarse; ha encontrado el espejo más nítido para reflejar el destino de Maqroll y su camino recorrido. Es así como los objetos empiezan a participar de su universo, vistos desde tal punto que no pueden pasar desapercibidos. Esta es la razón por la que están ahí junto al gaviero, siendo útiles para cumplir una función; podemos confirmarlo

⁷⁸ F. Pessoa, *op. cit.*, p. 74.

incluso en palabras del propio autor: “El objeto al entrar en mi poesía, entra a formar parte de todo mi mundo, de todos mis demonios, de todas mis ansiedades, de cómo veo las cosas y los seres. Si no participa en esto, no forma parte de mi poesía, no sirve para nada.”⁷⁹

En este cumplimiento de su tarea podría decirse que los objetos van cobrando vida propia aunque no como seres animados. Van apareciendo cada vez más claros, con más fuerza. Los vemos una y otra vez repitiéndose en diferentes lugares, con las mismas formas, anunciando con su aspecto el estado de las cosas, como dotados de voz nombrando el desgaste al que como todo, han sido sujetos. Arrastran consigo ese significado, invocan a su paso la sensación de finitud. Su apariencia alcanza a afectar además del ambiente, al hombre mismo, su materia que llega a evocar sucesos pasados, también transmite sensaciones.

En la percepción de un objeto, además de su apariencia física que se aprehende a través de los sentidos, se van dando varias asociaciones convencionales que el hombre ha hecho entre las cosas y sus experiencias. Así el encuentro con un objeto minado de hollín, tras dar a entender el acabamiento material por el paso del tiempo, podría evocar el descuido en el que ha permanecido, las malas circunstancias por las que ha pasado y a la vez hacer evidente su caducidad. Estas asociaciones surgen desde el primer momento en la poesía de Mutis; el encargo que el poeta ha hecho a los objetos, es cumplido ya, desde los primeros poemas. Maqroll también observa estos objetos, convive con ellos, aunque no es quien les otorga sus características. Como se ha anotado, las cosas parecen ir cobrando una fuerza propia.

⁷⁹ Citado por S. Mutis Durán, en *Poesía y Prosa. Alvaro Mutis, Biblioteca Básica Colombiana*, Santiago Mutis Ed., p. 43.

“Oír las cosas existir conmigo” dice G. Bachelard⁸⁰ y de esto es consciente el gaviero; en cada paraje detiene su atención en objetos repetidos, aquellos entes que constatan su estado. En la mina de “Cocora” (*Caravansary*, SMG, p.191), literalmente escucha los sonidos de un extraño artefacto de metal, que parece ir cumpliendo un destino igualmente largo y sin tiempo. Seres y cosas conforman el mismo ambiente y permanecen de forma paralela, con los mismos rasgos como si se tratara de un espejo donde ambos se reflejan.

Por otra parte, al estudiar la función de los objetos, queda claro que al acompañar al hombre prácticamente desde su nacimiento, terminan por transmitir su forma de vida. A través de la observación de un objeto podría delinearse algo de la vida de su propietario. En el universo de Maqroll, sabemos cuál ha sido su viaje por su propia voz y si bien las cosas de cada lugar no pueden llevarnos hasta el origen de esos viajes, sí nos acercan a la errancia en la que ha permanecido este hombre, durante mucho tiempo.

Las cosas que nos rodean están por lo general, vinculadas a las actividades que realizamos. Gran parte de los objetos alrededor, han servido de utensilio en alguna tarea y no han sido seleccionados por el azar. Es así como un gaviero lógicamente habrá sido dueño de mapas y brújulas mientras un gambusino lo sería de palas y lámparas de aceite. La labor de búsqueda y de viaje emprendida por Maqroll ha dejado huella en sus objetos y estos permanecen junto a él como testigos de recorridos anteriores.

Sin embargo, en este punto debe separarse la noción de propiedad que otorgan los objetos, pues identificamos en nuestro personaje a un hombre sin pertenencias, sin más

⁸⁰ G. Bachelard, *op.cit.*, p. 218.

equipaje que su olvido. Por ello no entran aquí los artefactos nombrados, en el sentido de propiedad material.

En uno de los primeros poemas, "Hastio de peces" incluido en *Los elementos del desastre* (SMG, p.81), Maqroll es celador de trasatlántico. El relato surge de un rincón deteriorado y uno de los buques que permanece más grabado en su memoria es aquel de 'sucio aspecto y de forma poco esbelta'. Asimismo era el trabajo de Maqroll, de sucio aspecto y no muy delicado, debía limpiar de toda miseria aquel lugar que sirviera de pasajero consuelo a la vida superflua de los viajeros. Ese buque maltrecho había quedado en su recuerdo, con su apariencia gastada por la rutina sin razón de lo que él mismo llamaba viaje interminable. Tan carente de sentido había sido su paso por ese oficio que se había alejado sin un motivo digno de contar; sólo había sido como de costumbre, un punto más de partida.

De igual manera en el poema "El miedo", del mismo libro (SMG, p.92), presenta por primera vez el techo de cinc, ése que aparecerá en tantas ocasiones; una de esas 'criaturas que olvidadas entre el óxido, habitan un mundo en ruinas'. No obstante aún no aparece corroído por el orín, luce sencillamente como parte del lugar, pero expuesto a las inclemencias del medio, y sujeto como todo al paso de los años. Techos como ese acompañarán invariablemente las estancias del gaviero; ya para su paso por los hospitales de ultramar habrá sido carcomido por el óxido, lucirá enfermo igual que él. Volverán a resonar encima las gotas de una lluvia tropical pero su apariencia será cada vez peor. En todo el recorrido nunca encontraremos otro techo de cinc intacto, por el que no haya pasado el tiempo.

Algunos otros objetos surgen enmarcados dentro de un mundo definido: brújulas y mapas alimentan la vida del eterno navegante mientras que lámparas y carretas de minero

dibujan el oscuro encierro de una mina. Todos giran en torno a un ambiente para caracterizarlo pero también para vivirlo y transmitir al mismo tiempo la forma de vida de quienes han estado con ellos. Cada objeto con sus formas y cualidades activas muestra la manera de ver el mundo, según el personaje. La brújula y la lámpara que surgen siempre como utensilios de búsqueda pertenecen de tal forma a este universo, que logran conectar incluso, el mundo exterior con el del propio personaje, confirmando su ansiedad de estar buscando siempre otro destino hacia el cual partir. Asimismo un mapa es para Maqroll más que un conjunto de señales, es toda una representación de un mundo conocido y visitado por alguien más, es un grupo de imágenes impresas que parecen hablarle de otras realidades, llevándolo consigo de la mano hacia esos nuevos parajes. Como estos ejemplos, son numerosos los casos en que ciertos objetos vulgares, tan propios de lo cotidiano, alcanzan otros horizontes, quizá insólitos, presentes en esta poesía.

Es cierto que los objetos surgen de manera muy natural en nuestra vida, desde temprana edad se aprende a convivir con ellos. En su estudio, A. Moles confirma que “el objeto es uno de los elementos esenciales de nuestro entorno. Constituye uno de los datos primarios del contacto del individuo con el mundo”⁸¹ A través de ellos se va formando el marco de la realidad, su esencia material funciona como asidero al mundo. Recordamos un lugar con sus objetos y en ocasiones, gracias a ellos; son esa especie de nexo que nos une al universo material y su presencia asegura la existencia de nuestro medio. El escenario de esta poesía luce más real gracias a esos objetos cotidianos que lo frecuentan, en ellos reconocemos la certeza de los parajes por donde deambula el personaje.

⁸¹ A. Moles, *Los objetos*, p. 9.

3.3. EQUIDAD EN SU DETERIORO

Es claro ahora el paralelismo entre el mundo de Maqroll y la multitud de objetos que lo acompañan en sus travesías y en sus diversos oficios. Esa parte variable de las cosas, que las hace lucir animadas, se adapta para formar una imagen que completa el acontecer del relato. Ante la enfermedad del personaje las cosas a su alrededor lucen también deterioradas, el techo se ha llenado de costras de óxido como si estuviera enfermo; un auto viejo aparece carcomido por la herrumbre y sus ruedas casi sin forma, semejan los estragos de la enfermedad.

Las cosas empiezan a mimetizarse con la situación, sus líneas y figuras concuerdan en gran medida con las vivencias de las personas. Este reflejo visible en sus atributos, denota una vez más la estrecha relación sujeto – objeto, dentro de un mismo universo poético en el que no pueden ser el uno sin el otro. Es el caso de un sofá de piel color vino, que hospeda a un moribundo cuya sangre vertida, poco a poco adquiere ese tono confundible con la piel del mueble. Sucede en “La muerte de Alexandr Serguevitch”, texto incluido en *Caravansary*. ¿Ha sido intencional que el sofá fuese color vino? O quizá la intención de la sangre oscureciéndose ha sido la de formar parte de esa misma materia que la aguarda? Esta vez lo comparado y el comparante se corresponden por completo, sangre y piel se funden; es el objeto el que ha estado allí primero para hacer posible esta fusión, su textura y su color aluden directamente al estado del personaje. Alexandr Serguevitch había quedado allí: “recostado en el sofá de piel color vino, en su estudio, con la punzada feroz, persistente, en la ingle y la fiebre invadiéndolo como un rebaño de bestias impalpables” (SMG, p.189). Un atributo que sólo el objeto posee es otorgado al sujeto en la imagen final. No es solamente un color o una cualidad más, es un puente que hace coincidir estas dos existencias, de nuevo en una relación de dependencia y en cierto sentido, con un rasgo de complicidad.

Los objetos son los primeros en detentar la verdad, menciona M. Foucault⁸², la existencia concreta del hombre está determinada entre otras cosas, por los objetos que fabrica. A través de esos artefactos también es posible acceder a él; ellos son los que se observan en primer lugar y más fácilmente. Detenerse en su observación significa percibir un primer atisbo de la realidad del hombre; su mundo está representado por los objetos, y ellos son los inmediatamente visibles. Si bien es cierto que al ser elaboradas, las cosas surgen como una extensión del fabricante, después suelen notarse como independientes de su origen, mas no sin relación alguna con él.

Un objeto creado con el papel fundamental de resolver una situación en la que se le utilice, entra en el conjunto de la vida cotidiana y pasa a formar parte de una vida socializada, en la que según Moles, se debilita la presencia humana ante una especie de vacío social que se va llenando con objetos⁸³. Frente a esta soledad el hombre empieza a conceder otros valores a los artefactos a su alrededor. Se pueden convertir incluso en el punto de contacto entre las personas que cada vez se relacionan menos. Es decir, además de las cualidades físicas que percibimos en ellos, los objetos son poco a poco obsequiados con otros rasgos de significación, por sus mismos creadores.

En este acercamiento a los objetos en la poesía de Mutis, no podemos escapar a esta consideración. La frecuencia con que aparece la selección de elementos itinerantes que recorre esta poesía, contiene un sentido adicional que quizás no ha sido concedido por su propietario pero que se hace evidente en la lectura.

⁸² M. Foucault, *op. cit.*, p. 305.

⁸³ A. Moles, *op. cit.*, p. 15.

En *Reseña de los Hospitales de ultramar*, el gaviro encuentra un refugio donde pasar días de hambre y enfermedad. Lo encontramos en un coche de tren abandonado, cuyo aspecto es el de un artefacto casi desecho que sólo por una descripción minuciosa puede reconocerse. Es una masa que se deshace en cáscaras, nada más que el despojo de lo que alguna vez fuera el tren de la cordillera; claro que Maqroll es también un despojo arrasado por la malaria. En esta ocasión como en los otros objetos que han soportado la intemperie y el paso del tiempo, resalta la presencia del trópico. Sólo en un clima como el de estos parajes, atacaría de tal manera la herrumbre, la maleza y ese halo lechoso que invade los cristales, que para Mutis es como una esencial presencia del clima, su huella más evidente. La fuerza del trópico tiene mucho que ver en el aspecto de estos objetos; al respecto, el propio autor ha anotado que el ambiente de tierra caliente ha marcado su poesía así como la vida y el viaje continuo del gaviro. Aquí sólo cabe destacar la labor de corrosión y deterioro encontrada en el clima de una región, que evidentemente influye en la apariencia de todo lo observable. La fuerza del trópico y su relación con la vida del protagonista, será un tema posterior.

Queda claro que los objetos escogidos por esta poesía y la manera en que son presentados forman parte de la temática de la obra. Han sido dispuestos así para construir un universo propicio al vivir del personaje. También en la estructura de la obra, la degradación de estos entes materiales, contribuye al espacio ideal. El recurso de repetición de ciertos elementos, los escenarios donde aparecen y la manera en que reflejan a Maqroll, funcionando como espejos de su realidad, no son elementos dejados al azar, han sido buscados por el poeta con la intención clara que se ha venido señalando.

Otra de las acciones corrosivas que invade este ambiente es la del óxido. Presente en las rústicas construcciones de cada paraje. Los enseres han quedado también desamparados,

y permanecen solitarios. Este desamparo es requerido para la continua reflexión y remembranza del gaviero: “También allí la soledad necesaria, / el indispensable desamparo...” leemos en el poema “Cita” de *Los trabajos perdidos* (SMG, p.123). Los objetos no podrían estar muy bien cuidados y mantenidos en esos lugares, no sólo porque no contribuirían a la atmósfera sino porque no servirían de paralelo a la vida del protagonista de no haber sufrido los mismos estragos.

La oxidación de estos elementos se va dando de manera progresiva, los últimos poemas reflejan con mayor frecuencia un escenario gastado después de tantos viajes. Aunque es cierto que esta poesía nunca se desarrolla en lugares tropicales resplandecientes, los primeros poemas, que ya fijan la atención en algunos objetos, no muestran aún el salitre y herrumbre en todas las cosas. Lo que permanece inalterable desde el principio es la fuerza del trópico, que traerá más adelante ese agotamiento ante el clima, del cual todos hemos sido testigos. Ya para los *Hospitales de ultramar* la corrosión es evidente y no hay techo o pared que sobreviva a esa tierra caliente; cada pared con mancha de humedad es una prueba más del estado de todas las cosas. Hollín y desamparo se proponen entonces como hechos sinónimos, uno implica necesariamente al otro y los dos forman parte de la apariencia física de los objetos en esta obra.

Por otra parte, el poeta encuentra en el esplendor del lenguaje numerosas maneras de dibujar sus escenarios; aun cuando se trata de describir la fealdad o la ruina en que se halla todo, las palabras logran resaltar la calidad material de lo que se está observando. Este reflejo del hombre en sus objetos, mostrado con tal intensidad, es un hecho que resalta en el recorrido del gaviero. Un mostrador viejo cumple para “El húsar”, esta función de espejo: “Un mostrador de cinc gastado y húmedo retrató su rostro ebrio y descompuesto. La revuelta cabeza de cabellos sucios de barro y sangre golpeó varias veces las desconchadas paredes de

la estancia hasta descansar...” (*Los elementos del desastre*, SMG, p.94). El paralelo entre los seres y las cosas surge de inmediato.

Todos los elementos de este paisaje parecen estar resignados a su ruina, además de que no están en posibilidad de procurarse un cambio, tienen en contra el abandono y el paso del tiempo. Así el lector, que sigue la ruta de Maqroll, se hace consciente del desgaste de todo alrededor y no espera una sorpresa. Sabemos ya que la pintura lucirá borrosa, el óxido irá invadiéndolo todo y aquel ornamento antes brillante se irá desvaneciendo. Esa manera de terminar es ineludible y desde su aparición primera, cada pared, cada techo y cada cosa dentro de un cuarto acepta y se somete de manera natural al cambio en su materia.

En el quinto de los “Siete nocturnos” (*Un homenaje y siete nocturnos*, SMG, p.280), el estado de una pequeña embarcación alude a esa resignación:

“Navíos que llegan de las islas con la pintura desteñida y huellas de hollín y desventura en los puentes de mando; / barcos de rueda que intentan copiar, sin conseguirlo, los altivos originales de antaño, / y ese viejo vapor de quilla recta y esbelta chimenea a punto de caer por obra del óxido feroz que la combate. / Escorado, enseña sus lástimas, y se va deshaciendo con la pausada resignación de quien vivió / días de soberbio prestigio entre los hombres que lo dejan morir sin evitarle la impúdica evidencia de su ruina”.

Es el curso que siguen todas las cosas en este universo poético.

3.4. UN DESGASTE CONTINUO LOS HACE PERDURAR

Se ha dicho ya que la presencia de los objetos se da en función de nuestra existencia, sólo al intentar seguir en la obra los pasos de Maqroll, es cuando las cosas se van atravesando. Por sí solas no tendrían el mismo sentido; este nexo innegable entre personas y cosas permite explicar de algún modo la intranquilidad que produce estar observando su desgaste.

Ser testigo del acabamiento de los objetos que han surgido de nuestra creatividad y nos han acompañado por largo tiempo, asegura que algo similar está pasando por nosotros. El hecho de que aquellas cosas que están allí gracias a nosotros, en función nuestra, vayan a terminarse, es un signo inequívoco de que nosotros también nos vamos extinguiendo. No es extraño entonces que los objetos del gaviero pasen por ese estado. El poeta es el observador de este universo que finaliza y todos los detalles lo confirman.

En los objetos que hemos usado durante nuestra vida, van quedando plasmadas las experiencias y los recuerdos y muchos de ellos conservan incluso el valor adicional de algún afecto. Verlos destruirse es darse cuenta de que parte nuestra se acaba junto con ellos. La finitud de los objetos conlleva el mensaje de la cercanía de nuestro propio término, lo cual no deja de ser inquietante. Maqroll no parece percibir directamente el estado de las cosas que lo rodean, sin embargo su destino de deterioro parece incluir también una brújula que sólo lo dirige a lugares inhóspitos, donde todo está a punto de caerse. Tanto los parajes que visita en cada poema como aquellos a los que viaja en sus recuerdos, conservan la misma apariencia. Aquí las cosas empezaron a acabarse desde hace un buen tiempo y el recorrido interminable del personaje hace que las encuentre una y otra vez en peores circunstancias.

En esta obra, tantos techos y paredes carcomidos guardan como una especie de memoria, el paso de innumerables viajeros por el rumbo; sus hazañas, alegrías y sinsabores. Pero como todo ha de perderse en el olvido; también la decadencia de estos entes materiales ha de llevarse consigo este rastro del pasado. Escuchamos este registro de huellas pasadas en las líneas de la tercera parte de "Tríptico de la alhambra":

“Y así un año y otro año
y un siglo y otro siglo,
hasta dejar en estos aposentos,
donde resuena la voz del visitante
en la húmeda penumbra sin memoria,

en estos altos muros oxidados de sangre
y líquen y ajenos también e indescifrables,
esa vaga huella de muchas voces,
de silencios agónicos, de nostalgias
de otras tierras y otros cielos...”
(*Los emisarios*, SMG, p.230)

Finalmente, todo tendrá que derrumbarse y ese tenue testimonio de lo que en otro tiempo fuera vital y trascendente, se irá sin dejar señal alguna.

Otro aspecto que debe observarse es el carácter de perdurabilidad que conservan los objetos. Se asume desde que se poseen, su calidad de limitados; sin embargo, el tiempo que permanezca el hombre siendo su propietario, le otorga cierta sensación de estabilidad. De tal manera que mientras se tengan objetos y sigan con nosotros, la existencia está asegurada. Estar rodeado de enseres, en un ambiente amoblado por nosotros mismos proyecta seguridad; esa extensión natural del hombre hacia los objetos parece indicar que la permanencia de lo material es clara garantía de nuestra estadia.

Aunque algunas de las cosas con las que vivimos desaparecen ante nuestros ojos, pueden ser recuperadas y entonces siguen funcionando como anclas al entorno; otras en cambio, estarán por más tiempo, formando parte del paisaje. Los elementos materiales que conforman el ambiente del gaviero han permanecido allí por mucho tiempo, sin importar quién los haya usado y cuántos más se hayan detenido a observarlos. Continúan activos en su función de reflejo: ‘Nada cambia la serena batalla de los elementos’ (“Trilogía” en *Los elementos del desastre*, SMG, p.102) dice el poeta; nada los detiene; siguen actuando su papel, a pesar del paso del tiempo.

Se asume con facilidad que los objetos no durarán para siempre, contruidos con diversos materiales y para fines numerosos, reconocemos en todos ellos un límite de duración. Lo mismo tendría que suceder con los objetos en esta poesía, sin embargo nunca

presenciamos el final de ninguno de ellos. Los rieles del tren, las paredes de hospital o los techos de un tendajón lucen muy mal en cada parada, pero nunca se ve su derrumbe; siguen en pie al igual que Maqroll. Él tampoco los ha visto extinguirse, sólo los percibe en su misma condición, tal vez sólo presente su final como un término que nunca llega.

El proceso es lento, el deterioro del gaviero en medio de un ambiente igualmente oxidado, se va dando paso a paso sin llegar a ningún lado. “Todo allí muere lentamente... hasta los rieles del tren se entregan al óxido”, se lee en “Los trabajos perdidos” (*Los elementos del desastre*, SMG, p.111). Resulta entonces, un recorrido circular donde nada termina de acabarse, un transcurrir lo suficientemente lento para perdurar en cincuenta años de poesía. Alvaro Mutis encuentra en la obra una línea infinita de desgaste que se repite una y otra vez; los objetos no logran escapar a esa corriente circular que conforma el mundo de Maqroll. Al no ser entes estáticos de un escenario, comparten diversos lugares, se trasladan en la memoria y en los mundos recreados en la poesía y todos sus viajes son un avance en la misma ruta de acabamiento.

Del poema “En los esteros” (*Caravansary*, SMG, p.199), donde sucede otra vez la muerte del gaviero, se extrae la visión de materias casi en descomposición, metales ya vencidos por el tiempo, todos dejándose llevar por la inercia que parece conducirlos al final de su existencia: “Bajaban por el río en una barcaza oxidada... un motor diesel empujaba con asmático esfuerzo la embarcación, en medio de un estruendo de metales en desbocado desastre”. No obstante, no se hunden, no naufragan ni se hacen pedazos, solamente calla de repente el motor, pues los metales parecen haber sucumbido al esfuerzo. Más tarde serán vistos de nuevo en los manglares junto a la desembocadura del río. Ni siquiera en este momento en que el gaviero abandona sus fuerzas, los objetos concluyen su proceso.

En una mención más a los objetos, el poema “Cinco imágenes” (*Caravansary*, SMG, p.183), habla también de aquellos objetos que no viajan nunca y permanecen impávidos ante el uso y aun ante el olvido: “Esta condición singular los coloca al margen de la marea y la fiebre de la vida. No los visita la duda ni el espanto y la vegetación que los vigila es apenas una tenue huella de su vana duración.” Aun esas cosas que parecen estancadas en el tiempo serán sujetas a un final; si lucen quizá inmunes a todo lo que pasa con el tiempo no es porque intenten ser infinitas, pues se reitera en su precaria situación la ‘vana existencia’ que tendrán. Poco importa también si serán olvidadas o si se mantendrán en la memoria por más o menos tiempo; aquí no se detiene esta poesía, bastará con saber que todos esos entes que pueblan el mundo cumplen con un camino paralelo al nuestro.

De esta manera, la función real de los objetos en la obra toma diferentes caminos y lo que se ha visto con mayor claridad en este seguimiento es que no se trata simplemente de cosas en un escenario, representan una parte importante de las travesías del gaviero así como de nuestro propio viaje por esta poesía.

4. MAQROLL: VIAJERO POR VOCACIÓN

Summa de Maqroll el Gaviero es sinónimo de viaje, entrar a la obra de Alvaro Mutis implica trasladarse con Maqroll en un continuo movimiento sin rumbo. El poeta emprende el viaje desde el inicio de su creación, pero es Maqroll, el gaviero que hace el recorrido físico y espiritual llevado solamente por su destino de errancia. Las condiciones en que nuestro protagonista va de un lugar a otro permanentemente hacen que hablemos de él como un viajero por vocación, ya que está siempre dispuesto a partir sin importar lo que pueda encontrar o dejar más adelante e incluso sin la certeza de una ruta trazada. Maqroll viaja para sobrevivir provisionalmente mientras el destino que lo marca se hace cargo de él; viajar es el oficio que ha encontrado para mantenerse.

Una de las motivaciones que lo alimenta es el deseo de partir siempre, esa inquietud que no le permite simplemente quedarse. Respecto a su continuo viaje sin razón, encontramos a un errante que parte a la ventura, para dejarse ir, dejarse llevar en el desplazamiento. Para Maqroll no hay preocupación por lo que viene ni temor a lo desconocido, sólo quiere perderse, quizás de sí mismo o de su destino.

Esta vocación que forma parte de su vida, no se da comúnmente en todos los viajantes. Al respecto, en su texto de *Viajes y viajeros*, Xavier Villaurrutia advierte que viajar por viajar es difícil, pues el viajero nace, no se aprende a serlo con el tiempo; se refiere así al viajero sin explicación, cuya delicia es encontrar lo que no busca⁸⁴, ése es Maqroll.

⁸⁴ X. Villaurrutia, *Viajes y viajeros en Obras completas*, p. 699.

Salir, sin saber a dónde ni con qué objeto, puede parecer frustrante y por supuesto insólito. Sin embargo, el gaviero no se atormenta pensando en ese sin sentido, pues cumple con su vocación como hemos visto que lo hace con su destino. No se trata entonces de una búsqueda terrible que no lo deja vivir en paz, por el contrario, gracias a ese movimiento ha logrado seguir viviendo.

Al hablar de un viaje que solamente se emprende por partir, la tradición literaria remite inevitablemente a Baudelaire. Su poema *El viaje*⁸⁵ describe lo esencial de esta condición: viajar sin llegar, sin explicación ni búsqueda, dejarse llevar como los globos, eso hace un viajero de verdad. El gaviero ha sido marcado con este destino de errancia y sin mayor complicación está siempre listo a abandonarlo todo, con facilidad ha de decir 'vámonos' tan pronto como haya llegado; es entonces uno de esos viajeros de verdad.

Al evocar la figura del gaviero, siempre la encontramos en movimiento; es ya difícil imaginarlo encallado en algún lugar. Parece entonces que sólo existe en tanto viaja, sólo es posible observarlo mientras se desplaza de un lugar a otro. ¿O acaso reconocemos que tenga algún domicilio, algún sitio donde haya dejado su casa o incluso sus raíces? Su existencia depende de su traslación constante, de emprender siempre nuevos rumbos sin dejarse atar en ningún paraje.

Maqroll surge desde un principio como un viajero incansable sin embargo no puede hablarse de él propiamente como un aventurero. Si se considera la aventura como un evento fortuito que discurre al margen de la continuidad de la vida⁸⁶, los viajes del gaviero no pueden reducirse a aventuras puesto que son permanentes y su vida está hecha de ellos; sólo sería aventurado para Maqroll el hecho de quedarse en un mismo lugar.

⁸⁵ C. Baudelaire, *Las flores del mal*, p.483.

Siguiendo con palabras de G. Simmel, lo que caracteriza el concepto de aventura, es el hecho de que algo aislado y accidental pueda responder a una necesidad y abrigar un sentido.⁸⁷ En forma inexplicable el aventurero al tomar su determinación de lanzarse a una nueva hazaña, le encuentra un sentido, una significación; incluso el deseo de aventura está relacionado aquí con una necesidad de salir de la línea rutinaria de la vida. Aunque al comienzo de la aventura, el hombre se siente inseguro frente al desconocimiento de lo que vendrá, en el fondo sabe y espera conseguir algo, es lo que Simmel llama ‘seguridad sonámbula’.

Por el contrario, el gaviero no espera encontrar nada o por lo menos no emprende sus recorridos con esa intención. Simplemente accede a un destino de itinerante, el sentido de estos viajes no está en lo que pueda lograrse en ellos sino en la mera necesidad de movimiento.

El aventurero está confiado en su suerte y en su capacidad de llegar hasta el final de la osadía y aunque el destino sea el encargado de guiar su ruta, cuenta con la seguridad de regresar otra vez a su curso habitual. Para el caso de Maqroll, en cambio, el viaje permanente no contempla ningún regreso a lo habitual, pues ésa es precisamente su rutina, la de viajar; tal vez la única seguridad que existe en sus travesías es la de que a cada regreso vendrá una nueva partida.

Los viajes a los que asistimos en esta poesía son traslados reales en el espacio y en el tiempo. Más allá del camino que la creación representa para el poeta, las rutas emprendidas por Maqroll abarcan grandes distancias de un continente a otro y además recorren a manera de recuerdos, momentos del pasado donde todo destino fuera mejor. En el poema “Razón del

⁸⁶ G. Simmel, *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*, p. 13.

extraviado” (*Los emisarios*, SMG, p.206), aparece un itinerario que indica el más frecuente rumbo del personaje; el río del trópico:

Vengo... del norte donde toda voz es una orden,
donde los trineos se detienen
bajo el cielo sin sombra de tormenta.
Voy hacia el este, hacia los más tibios cauces
de la arcilla y el limo...
hacia los esteros voy, hacia el delta
donde la luz descansa absorta en las magnolias de la muerte y el calor
inaugura vastas regiones.

Iría de un paraje a otro buscando la ‘tierra caliente’; aunque esta ruta no se repita de manera exacta a cada partida, es claro que uno de los lugares más visitados por el gaviero es el trópico.

Se ha mencionado ya que lo que verdaderamente importa es la acción continua de viajar y no los destinos, así lo dice el mismo poema: “Hablo del viaje, no de sus etapas” (SMG, p.207). El viaje es para Jung símbolo de insatisfacción por un deseo no complacido; aquí la errancia es ir sin saber a dónde, porque en ningún lugar encuentra sosiego o en ninguno cesa su imperante necesidad de seguir buscando. Para Mutis, el movimiento continuo es algo inherente a la naturaleza del hombre y el gaviero es un afortunado a quien le ha sido dado conocer ese destino. No se molesta con la idea de no tener un rumbo fijo y tampoco quisiera ser anclado. Quizás sea uno de esos ‘seres estancados en el placer de un viaje interminable’ donde no se encuentra nada, porque de haber un hallazgo el viaje se acabaría. La insatisfacción en este viaje se refleja en el deseo de volver a partir, en la búsqueda permanente de sentido en la que, ya hemos dicho, se empeña el hombre moderno.

⁸⁷ *Ibid*, p. 14.

Buscar la aventura como evasión es característica de la modernidad, partir sin saber qué encontrar es explorar posibilidades ocultas⁸⁸; ante la ausencia total de sentido, el hombre, inquieto ensaya caminos y emprende mil tareas para ocupar su tiempo con la vana esperanza de hallar algo que renueve el valor de su existencia. Maqroll no es un aventurero pero en parte, participa de esta evasión; su movilidad le concede una visión más amplia del destino de búsqueda pero a la vez le permite volver a zarpar siempre sin ser responsable de lo que haya pasado, dejándolo todo tras de sí. Su programa de vida itinerante lo condena a ser testigo de un círculo sin fin pero al mismo tiempo lo hace escaparse siempre de diferentes épocas y lugares; sólo así puede sobrellevar su carga. A pesar de eso sabe que el remedio no está en la evasión.

El viaje de Maqroll el gaviero es la ruta de todos los hombres. Ya desde el poema “El viaje” (SMG, p.68), uno de sus primeros textos (1948), que relata su trabajo en un tren que tenía como patrono a Cristóbal Colón, son incluidos hombres de toda condición, pues todos serán presa de la misma soledad y recorrerán la misma línea que conduce al trópico, al punto máximo de todas las vivencias. Al igual que los pasajeros del tren, todos los hombres emprenden una ruta, la de su destino. En esta ocasión los lugares frecuentados son parajes en ruinas que según el poeta son los que mejor atestiguan el vano intento por perpetuar sus hechos. Para Maqroll son los más convenientes paisajes a donde podría dirigirse, aquellos que corresponden a su propio estado de precariedad.

Acceder al mundo del gaviero es aceptar la continua invitación al viaje que representa esta poesía. Iniciar el recorrido significa visitar el trópico y percibir su fuerza, así como acudir a paisajes lejanos más no extraordinarios hasta donde Maqroll sí ha podido

⁸⁸ V. Jankelevitch, *La aventura, el aburrimiento y lo serio*, p. 38-39.

llegar gracias a su destino. Todos somos convidados y de hecho participamos en la búsqueda. En algunos versos la invitación se hace explícita, como en “Programa para una poesía” (SMG, p.74):

Es menester lanzarnos al descubrimiento de nuevas ciudades. Generosas razas nos esperan... Habitantes de las mesetas más altas, conductores de rebaños, habitantes que viven en mitad del mar desde hace siglos y que nadie conoce porque siempre viajan en dirección contraria a la nuestra.

Es preciso estar dispuesto a partir; no hay cómo negarse a ello pues desde un principio y por una especie de inercia el mundo recorre una ‘lenta trayectoria inmutable’, de manera ordenada ‘viaja al desastre de los años’ señala en “Pregón de los hospitales” (*Reseña de los Hospitales de Ultramar*, SMG, p.145).

Hay en Maqroll cierto hastío de su condición, junto a su destino de viajero existe la intención de ahuyentar el tedio y para eso nada mejor que pasar la vida probando los caminos del mundo. Podría parecer entonces una fórmula contra el aburrimiento, de hecho, Maqroll disfruta sus visitas en cada jornada y se complace también al contar sus vivencias del pasado. Cada travesía, negocio u oficio iniciado quiere distraer la visión negativa de su existencia; en este sentido no todos sus esfuerzos resultan inútiles.

Por otra parte, la invitación a un viaje con el que podría evadirse la realidad no significa para este navegante una fuga permanente de sí mismo, pues Maqroll no se abandona. Es dueño de sí y ha asumido con total entereza su sino, no huye de su realidad ni pretende ser un fugitivo. Por el contrario, se reencuentra en cada jornada consigo mismo y con la ruta que le ha sido trazada por fuerzas superiores. Si se habla de desdoblamiento en esta poesía es tal vez porque existe también un rumbo interior donde se comunica con su propio yo, descubriendo sus deseos y siguiendo sus impulsos.

Frente a la incomunicación latente a la que, como hombre moderno, está sujeto el gaviero en su trayectoria, suple otra necesidad más: la de contar con tiempo a solas para la reflexión. Maqroll es un gran pensador de su realidad como individuo y un acertado observador del mundo en el que se encuentra solitario.

Ha quedado claro su gusto por la soledad y el viaje es la mejor opción para encontrarla. De nuevo en el poema "En el río" (*Reseña de los Hospitales de Ultramar*, SMG, p.150), escuchamos de su propia voz lo que consigue con su aislamiento: meditar largamente sobre la materia de sus años.

Sin importar las razones, el viaje ejerce gran atracción sobre los hombres; así en la literatura, dice J. Monteleone, el viaje ha tenido su continuidad y su pasión correspondida sirviendo como espacio del deseo, zona de ensueño, de aventura, de nostalgia, porvenir o reflexión⁸⁹; caso, éste último, el del gaviero.

Otra clave que permite hablar de Maqroll como de un viajero por vocación, es que está consciente de que para continuar su ruta es preciso no atarse, no bajar el ancla o dejar que crezcan las raíces, ni en la tierra ni en su gente. Maqroll es un viajero sin patria, poco se sabe de su pasado, de su historia; se desconoce su origen, las primeras noticias suyas se refieren ya a un pasajero permanente y no se ha sabido aún de dónde zarpó por primera vez.

Su presencia es fugaz en todas partes, siempre se le ve partir pero nadie está ahí para despedirlo, tampoco hay quien lo espere a su regreso. Algunas mujeres en "Caravansary" (SMG, p.181) lo vieron como un agente viajero, que simplemente desapareció sin haber dado siquiera su verdadero nombre.

⁸⁹ J. Monteleone, *El relato de viaje. De Sarmiento a Umberto Eco*, p. 13.

Es un visitante de muchos lugares y a la vez es extraño en todos ellos. Frecuenta lugares de tránsito, donde tantos rostros se confunden como anónimos; pocos podrían dar testimonio de sus visitas. Detenerse en lugares de paso como hospitales, hoteles o trenes, dificulta dejar huellas; no sería posible seguir su rumbo de no ser por las anécdotas que relata.

En estos cincuenta años de poesía, ha recorrido muchas épocas y escenarios, y aunque el gaviro recuerda con más atención unos que otros, no los considera su casa, ninguno de ellos le sirve como refugio y a ninguno adscribe su origen; es el mismo carácter de universalidad de viajero del espacio y del tiempo.

Hacerse a un viaje requiere desde un principio la disposición de dejar todo atrás, Maqroll no conoce o no quiere recordar lo que ha dejado allá, sólo mira hacia delante sin mayor apego al lugar de partida. La única patria que quiere contemplar de nuevo es la de su interior, el único terreno donde puede buscarse. Cuenta pues, con todas las herramientas necesarias para un verdadero viajero: disponibilidad, ausencia de raíces, una ruta imprevisible y equipaje ligero.

4.1. ¿QUÉ SE VE DESDE LA GAVIA?

Es claro que hablamos de un observador excepcional; destinado a una búsqueda permanente, el gaviro, según señala su 'oficio', es capaz de avizorar siempre el frente del camino. Un trabajo que ha tenido desde hace muchos años y que recuerda con nostalgia en "Cocora" (*Caravansary*, SMG, p.191):

“ Y yo que soy hombre de mar, para quien los puertos apenas fueron transitorio pretexto de amores efímeros y riñas de burdel, yo que siento todavía en mis huesos el mecerse de la gavia a cuyo extremo más alto subía para mirar el horizonte y anunciar las tormentas, las costas a la vista, las manadas de ballenas y los cardúmenes vertiginosos que se acercaban como un pueblo ebrio...”

Observar es su tarea, pero antes de empezar el viaje, la obra nos coloca en un escenario: el río. El mismo que observa durante muchos días en varios poemas, es el lugar que ‘no dejará de visitarlo cada noche’ (“Nocturno V” en *Un homenaje y siete nocturnos*, SMG, p. 279); lo contempla con su incesante tráfico de luces y en la superficie ya aparecen las primeras señales de desencanto, cuando ve cómo la corriente va arrastrando ‘toda miseria cotidiana’. Esta visión inicial se alimentará en cada nueva jornada; desde su lugar privilegiado en la embarcación, a Maqroll le es permitido anticiparse un poco a lo que alcanza a ver el resto de los hombres.

La misma línea de agua que serpentea en medio del trópico y que observa desde un puente en uno de los primeros poemas, “La creciente” (SMG, p.63), es la que sigue viendo en “Nocturno V” (SMG, pp.279-281), ese río que le confirma en su irredenta condición de viajero: “dispuesto siempre a abandonarlo todo para sumarse al caprichoso y sabio dominio de las aguas en ruta/ sobre cuya espalda será más fácil y menos pesadoso cruzar el ancho delta del irremediable y benéfico olvido/ ...Nunca cesa el ajetreo de este caudal sin reposo”, aguas cuyo invariable sino es movido por intensas fuerzas. Se trata de un viaje por las aguas de varios continentes pero también de travesías por corrientes en el tiempo: entonces es amplio el panorama desde la gavia.

Fijando sus ojos en el horizonte va conociendo poco a poco el camino trazado; sin embargo no parece sorprenderse, en esos lazos de comunicación que se cruzan no sólo en el espacio sino en el tiempo, las rutas y paraderos nunca dan la impresión de descubrimiento⁹⁰. Con la tranquilidad que le concede el curso de las mismas aguas, Maqroll advierte la aparición de nuevos parajes sin ninguna extrañeza, lugares donde nadie lo conoce pero a los

⁹⁰ P. Shimose, comp., *Alvaro Mutis. Semana de autor*, pp. 98-99.

que acude con familiaridad, quizás porque su mirada sigue concentrada aún en el precario destino del hombre y no importa lo demás.

Lo primero que se percibe desde la gavia es la presencia del trópico con toda su fuerza y esplendor, ese calor implacable que hace relucir aún más las miserias. La imagen es la de un trópico que atrapa y aplasta seres y cosas, es decir un mundo que se deslíe y donde gracias al ambiente se exaltan los sentidos. A la vez se trata de un paisaje pleno de vitalidad, junto a la corriente va apareciendo la vegetación de esa tierra caliente añorada por nuestro personaje. Las matas de plátano, los primeros cafetales y la lluvia visitante recuerda tiempos pasados. Es el espacio en el que Maqroll se adapta más fácilmente, el agobio del clima más que perturbar, concede una visión distinta de las cosas; el mundo del trópico luce diferente y él disfruta de esa ruta permanente.

Por otra parte, frente a la tierra del trópico la travesía nos presenta un paisaje interior; en medio de la materia vegetal el gaviero se adentra en sus sensaciones más íntimas donde su percepción del destino del hombre se va haciendo cada vez más clara. En forma paralela mientras la corrosión del clima cálido aumenta, también lo hace la nitidez y comprensión que adquiere Maqroll sobre el estado de los seres y las cosas; este doble paisaje se va deteriorando en cada lugar. Está por demás señalar el reflejo idéntico del paisaje moral en el paisaje exterior de su travesía.

El trópico toma una dimensión interior, empieza por contemplarse y luego llega a vivirse. El ambiente telúrico ejerce su influencia en todo, cierta fuerza de atracción parece guiar hasta allí el rumbo; el aire del delta va formando parte de la vida de Maqroll y se vuelve difícil imaginar a este navegante de ríos y mares, alejado de tal horizonte que funciona como eje en este viaje poético.

El encuentro con la naturaleza en esta poesía, sucede como algo esperado; sin aflicción alguna el gaviero se va introduciendo en la vegetación y el sopor de la tierra. Aunque se trata de un clima pesado, arduo incluso para el habitante más antiguo, Maqroll se complace con la ruta. No es un entorno paradisiaco, por el contrario la corrosión y el acabamiento rondan cada lugar, pero es ese el ambiente propicio para cumplir su destino. Una de las experiencias que vive el personaje en medio de esa naturaleza que lo aborda es el descubrimiento de su miedo al vacío de su ser, al que se refiere en el poema "Soledad" (*Reseña de los Hospitales de Ultramar*, SMG, p.171):

En mitad de la selva, en la más oscura noche de los grandes árboles, rodeado del húmedo silencio esparcido por las vastas hojas del banano silvestre, conoció el gaviero el miedo de sus miserias más secretas, el pavor de un gran vacío que le acechaba tras sus años llenos de historias y de paisajes.

Otra de las bondades de la fuerza de estas aguas tropicales es el regreso de la memoria. El movimiento brusco de la corriente lleva consigo materias vegetales y animales que han perdido la lucha; muchas cosas son arrastradas y entre ellas aparecen las remembranzas del gaviero. Es el prodigio del río que le concede recuerdos y a la vez aleja las memorias de otros tiempos.

Si por una parte la gavia es el mirador de un paisaje que se acercará en el futuro, por otra, al gaviero le es dado observar también desde allí, la colección de sus recuerdos que abruptamente van llegando con la corriente.

En esa visión que hace regresar el tiempo, surge el encuentro con la historia. La aparición recurrente de personajes legendarios de varios continentes, es una de las características de este viaje de hallazgos. En líneas anteriores se ha dejado claro que sólo en algunos pasajes de la historia podría cobrar sentido la existencia del hombre, de ahí el continuo regreso a héroes y sucesos memorables. La mirada al pasado forma parte de la obra

desde los versos iniciales; una de las primeras referencias históricas es la que se hace a Salónica, en el poema "Angela Gambitzi" (SMG, p.67). Sucesivamente se retoman lugares y nombres que por sus hazañas permanecen en la memoria histórica del hombre. Alternando de un lado a otro, África, América y Europa, los personajes van cruzándose de un verso a otro y poco a poco parece aclararse la intención del poeta.

A pesar de tratarse de la panorámica de un navegante del trópico, la poesía va conjugando datos históricos de mundos diferentes en una amplia mirada universal. Lo que Maqroll observa es la historia del hombre, los hechos y los héroes que lo han traído hasta aquí.

Referencia especial merecen algunos viajeros con quienes se identifica el gaviero al compartir su vocación, porque al igual que él fueron visionarios y gozaron del privilegio de visitar numerosos lugares. Desde Cristóbal Colón a quien se le encomendara el tren que descendía a la tierra caliente y donde Maqroll encontrara uno de sus primeros oficios, hasta el capitán Cook y sus travesías por Europa y Oceanía.

Las alusiones a ciudades y puertos europeos como Bélgica y Cádiz, remiten indudablemente al pasado del poeta; sin embargo el trayecto en caravanas por el desierto o las escalas en Grecia y Roma sobrepasan esa frontera y forman parte de un horizonte mucho mayor. Ese es el que se ve desde la gavia, es lo que observa el hombre de hoy al recordar sus pasos y ver hacia atrás. Acudir a referencias históricas responde a la concepción del gaviero, no como un hombre del trópico sino como el hombre universal.

Siguiendo con la ruta de retroceso, en cada nueva jornada emprendida por el gaviero se accede también al recorrido por su memoria personal. Todos aquellos recuerdos que no puede asir, desfilan pacientemente por la bitácora; y no se trata precisamente de recuerdos de infancia donde pudiera vislumbrarse la nostalgia por lo perdido, son memorias de sus

empresas anteriores, venidas como anécdotas de un sólo hombre. Aunque son numerosas las tareas en las que se ha empeñado en estos años, en ninguna de ellas tiene compañía; siempre se recuerda como un viajero aislado como si en su memoria no hubieran quedado registrados aquellos que compartieron con él algún momento. Parece contradictorio que llegue a ser la memoria de la humanidad, aquella que siempre evoca en solitario, las hazañas de un hombre.

Estos recuerdos llegan con mucha claridad, como si el caudal de las aguas hubiera retirado las imprecisiones; y se van repitiendo una y otra vez. Como sueños recurrentes aparecen el trabajo en una mina, su oficio como celador de navíos o como conductor de tren. Aunque el gaviero desconfía de la memoria pues conoce su carácter engañoso que la hace disfrazar momentos irritantes como episodios espléndidos, no puede deshacerse de ella. “Vivir sin recordar sería tal vez el secreto de los dioses”, dice en “La visita del gaviero” (*Los emisarios*, SMG, p.217), pero ante la imposibilidad de hacerlo, va dejando salir los recuerdos para despojarse de ellos, aunque lo que sucede en realidad es que se convierten en apariciones cíclicas que acompañan su viaje.

De nuevo un hecho contradictorio deja a Maqroll envuelto en el mismo círculo, en lugar de irse deshaciendo de tantas imágenes que ya no quisiera evocar, cada vez que las recuerda parecen actualizarse, se hacen más nítidas y se adhieren más a su memoria; y eso es lo que lo mantiene en curso: esa ‘secuencia de motivos que siempre vence al manso llamado de la muerte’. Como parte de su destino, está condenado a vivir con el pasado a cuestas, un pasado que alimenta además su negativa visión del mundo.

El pasado acompaña el viaje de Maqroll, sin que él pueda decidir sobre eso, sin embargo en los momentos que el personaje encuentra para la reflexión acude voluntariamente a la evocación de otros tiempos. Con frecuencia hace reseñas de sucesos,

lugares o tareas importantes, es el caso del poema “En los esteros” (*Caravansary*, SMG, p.202), cuando en medio del delirio relata algunas imágenes como instantes grabados con gran intensidad. Tiempo acumulado con recuerdos entrañables que “forman otro ser, diferentes a la pálida y vana existencia del presente”. Finalmente con su acuerdo o no, la memoria personal forma parte del horizonte en este viaje.

4.2. ¿CUÁL ES EL RECORRIDO?

La ruta marcada para este viaje es dibujada por una línea circular en la que la repetición de ciclos temporales y espaciales se cierra en cada paraje donde arriba el gaviero. El curso cronológico se rompe en esta poesía, pues en cada viaje Maqroll se traslada a épocas anteriores para regresar de nuevo al punto de partida, entonces el rumbo parece dirigirse hacia atrás. Por otra parte, el orden en el que son presentados los acontecimientos pasados, carece de importancia. Maqroll no conoce la ruta completa a donde lo guiarán sus recuerdos y sus travesías. Es el lector quien va ordenando a su manera la sucesión de hechos memorables de este viajero.

La circularidad en el espacio está dada principalmente por el regreso a los mismos parajes del trópico. Una y otra vez visita puertos fluviales, desciende de las montañas hacia la tierra caliente y parte al encuentro de legendarias ciudades europeas.

La imagen de un viaje cíclico conduce a una comprensión diferente del mundo, ya que llegar siempre, sólo para iniciar de nuevo, redondea la ruta dando la apariencia de que tiene un límite, pues no es un viaje infinito en línea recta. Sin embargo, no hay que perder de vista que se trata de una ruta formada por tareas progresivas, siempre con el deseo de emprender y construir; punto con el que coincide la idea moderna.

Las personas y las cosas que habían quedado en el pasado, regresan gracias a las remembranzas; alimentan cada salida de Maqroll, quien parece tomar nuevas fuerzas para seguir su ciclo. En este camino, el tiempo juega un papel importante pues sólo gracias a su paso, es posible acceder a otros terrenos. Queda explícito en el poema “Sonata” (*Los trabajos perdidos*, SMG, p.132):

El tiempo... que trabaja
como óxido en las armas de caza,
como alga en la quilla del navío...
como tren en la noche de los páramos.
De su opaco trabajo nos nutrimos...
A la sombra del tiempo, amiga mía,
un agua mansa de acequia me devuelve
lo que guardo de ti para ayudarme
a llegar hasta el fin de cada día.

En este sentido, el viaje de Maqroll no podía tomar otro rumbo más que el pasado, pues como ya se ha dicho sólo allí encuentra algún sentido; a la vez esa búsqueda es el motor que sigue impulsando continuamente el recorrido. La memoria del gaviero guarda momentos entrañables que sobreviven a pesar del paso de los años; gracias a ella es que Maqroll sigue transportándose. Regularmente le visitan recuerdos de otros viajes que han podido ser conservados en este registro, así como su cuerpo goza en el traslado permanente, su mente se regocija en la evocación de una larga travesía.

Tratando de rastrear esta bitácora, aparecen algunos momentos que falsamente sugieren el término del viaje; se trata de las ocasiones en que la muerte visita al gaviero, cuando parece que la esperanza se extingue y el cuerpo se agota. En *Reseña de los Hospitales de Ultramar* (SMG, pp. 145-165) o “En los esteros” (*Caravansary*, SMG, p.199), la ruta finge llegar a su fin, en un ambiente onírico producto tal vez del delirio, pasan por la memoria de Maqroll escenas e instantes que lo dejaron marcado en su viaje trashumante, fragmentos de vida que en suma han sido lo único valioso. En estos textos surge una lista de

recuerdos a manera de recuento general de una vida que está por terminar, sin embargo el viaje no termina. No es un punto final el que prosigue al “cuerpo enjuto de Maqroll, reseco como un montón de raíces castigadas por el sol”; ya que aún no termina su búsqueda. Más adelante lo encontraremos con una apariencia ya desgastada por los años pero con el mismo ánimo de seguir paso a paso su destino.

En la cuenta de sus días, el gaviero nos habla al menos de treinta años desde su primer recuerdo del río hasta “Siete nocturnos” (SMG, p.279), donde frente a las mismas aguas hace un balance de su vida. No obstante, sabemos que se trata de una ruta que requiere muchos más ciclos, una ruta que no acaba y que no se extingue simplemente en el deterioro físico, si es que acaso alude al camino de todos los hombres.

Como todos los seres y cosas que lo acompañan, Maqroll es objeto de un continuo movimiento, las mismas fuerzas que rigen la ruta de esta obra, son las que guían el curso de la naturaleza; así el invariable sino de las aguas tiene un impulso inexplicable que siempre ha estado allí. Todo fluye permanentemente, todo sucede una y otra vez; de igual manera el destino del gaviero.

Esta línea curva portadora de impulso propio, parece haber sido trazada por un orden que influye sobre el viajero y sobre su mundo. “Los sucesivos círculos por los que atraviesa Maqroll terminan por dibujar, en alguna forma, la secuencia de un orden enigmático”⁹¹ Semeja la imagen de círculos unidos en una espiral cuyo final se desconoce. El fluir de toda la obra se inscribe en un ciclo en el que todo pasa para volver a pasar. El río como punto de partida fluye como la memoria y las evocaciones; el trópico y sus embarcaderos son sólo escenas de tránsito, todo gira sin cansancio en un devenir natural.

⁹¹ J.G. Cobo Borda, *Para leer a Alvaro Mutis*, p.115.

Ciclo⁹² como serie de fenómenos que se repiten en un orden determinado cada cierto tiempo, es la definición adecuada para este viaje; con la salvedad de que el origen de su orden es incierto y el tiempo de repetición de los sucesos no corresponde al cronológico.

La evocación provocada por la creciente del río es el punto de partida que ha encontrado el poeta, pero no significa el inicio del ciclo, pues se trata de un círculo que ha estado recorriendo desde antes; en un solo día frente a la corriente, se nota el inevitable transcurrir de un tiempo que no va a terminar y del que tampoco se conoce el principio.

‘Con el sueño a cuestas, tomo de nuevo el camino hacia lo inesperado en compañía de la creciente que remueve para mí los más escondidos frutos de la tierra’ (“La creciente”, SMG, p.64), que son los de su memoria, sus vivencias, las experiencias de un hombre y de todos los hombres. El poeta ha tomado la decisión de enfrentarlos aunque no sabe lo que ha de venir. Como se ha mencionado, el aspecto de la naturaleza que forma el paisaje del gaviero, va cambiando hacia el deterioro. También el ciclo como proceso natural de la vida, se cumple en el escenario de este viaje. Hay signos del paso de la vida y sus etapas: las plantas que crecen, maduran y florecen para llegar a marchitarse; los metales oxidados, los troncos y el ganado arrastrado por la corriente; señales del ciclo que a todos acoge, una ruta que empieza desde el nacimiento de las cosas y sigue aún su curso.

El flujo permanente que prodiga el viaje acalla la inquietud que pudiera surgir ante la incertidumbre del destino; no hay momento para agitarse cuando siempre se está en movimiento, por eso el viaje es la serenidad para Maqroll; sólo así podría hablarse del ‘placer de un viaje interminable’, ya que no es un ciclo doloroso a pesar de que la búsqueda que representa, siempre fracase.

⁹² Ciclo: lat. *Cyclus* <gr. *Kyklos*. Serie de fases por las que pasa un fenómeno físico periódico hasta que se

Se trata de una rueda interminable por donde todos pasan, así lo dice el poema

“Batallas hubo” (*Los trabajos perdidos*, SMG, p.130):

De nada vale esforzarse en tan viejas hazañas... De nada vale.
Todo torna a su sitio usado y pobre...
Las tempestades vencidas, los agitados viajes,
sólo al olvido acuden, en su hastiado dominio
se precipitan y preparan nuevas incursiones
contra la vieja piel del hombre/ que espera su fin
como pastor de piedra ingenua y aguas ciegas.

En este círculo parece que todo regresa, las experiencias pasadas han quedado en el olvido pero volverán en el río de la memoria; entonces no hay nada nuevo, todo ha sucedido antes.

De otro lado, puede hablarse de un doble movimiento en esta ruta, Maqroll se distancia de la realidad cercana en cada remembranza y a su vez se aproxima a la realidad extrañada. Al evocar lugares lejanos plenos de hazañas históricas, ya sea en el delirio de una enfermedad, a través del sueño o por el sopor del trópico, el gaviro se aleja del tiempo real, parte a nuevos rumbos que lo distancian de su presente, con la firme creencia de saciar en ese pasado añorado el motivo de su búsqueda.

La ruta del gaviro está tejida por vivencias pasadas y él siempre quiere retornar a ellas; son pocas las ocasiones en que permanece en tierra y se refiere a su presente, cuando se detiene sólo tiene la idea de embarcarse de nuevo, evadiendo la precariedad inevitable que se acerca.

En uno de los últimos poemas recopilados en esta *Summa*, “Visita de la lluvia” (*Poemas dispersos*, SMG, p.296), la lluvia sin edad rescata los tiempos juveniles, que siempre son gratos de recordar. El presente está lleno de ‘turbias materias en derrota’ y

llega de nuevo a la primera fase.

costumbres donde no cabe la esperanza, por eso es mejor partir a otros lares donde la búsqueda simule tener mayor sentido; del presente en adelante, sólo nos espera la muerte; volvemos entonces a la singular manera de ser moderno que tiene Maqroll, un moderno que actúa desde la esperanza interior, yendo siempre hacia el porvenir.

En forma paralela a este recorrido circular en el tiempo y en el espacio, se observa un viaje al interior de sí mismo. El gaviero parte del entorno natural antes de llegar a su propio ser; definitivamente mientras la embarcación agota ríos y mares, se produce la introspección del personaje. En medio de la soledad que siempre prefiere, se aclara el rumbo hacia sus pensamientos, memorias y sensaciones. El camino a la reflexión se facilita y Maqroll inicia un conocimiento de su persona, también comienza a aclarar su visión del mundo lo que significa tratar de comprender mejor el destino que le ha sido marcado y el papel que puede estar cumpliendo como viajero. Otras percepciones como la de la muerte, sus sentimientos hacia ella y el sosiego con que la espera, llegan a entenderse en esos momentos de reflexión. Las miserias más secretas de su existencia se develan en la soledad de la selva; allí logra apartarse del mundo de todos los hombres, ese mundo exterior que ve a su alrededor, para dirigirse al mundo interno que no siempre está preparado para ver; pero que es preciso seguir conociendo.

Así como avanza en la expedición por tierras y mares, asimismo conquista poco a poco su propio territorio; en cada nuevo paraje puede decirnos algo más de todo lo que lleva por dentro. Esta sucesión de visitas nos permite también a nosotros acceder a los motivos más íntimos de este viajero incansable.

De ahí surge la lectura que otros han hecho de esta poesía, al considerarla como un proceso de depuración espiritual, que se dirige hacia el desprendimiento, el despojo, la

soledad y la muerte.⁹³ En esa investigación interior Maqroll va comprendiendo lo que él mismo llama la ‘materia de sus días’, explicándose su propia condición de ser humano. Sin embargo el gaviero no emprende ningún viaje con la intención consciente de llegar mejorado, ya se ha dejado claro que no espera ninguna recompensa, por eso el irse conociendo es la única ganancia que sólo nosotros percibimos. Si su espíritu ha salido depurado, es tarea que carece de importancia.

En la reveladora conversación que mantiene en “La visita del gaviero” (*Los emisarios*, SMG, p.218), Maqroll es transportado por la creciente al terreno de la divagación ‘para internarse en las más oscuras zonas de su intimidad’. Muy poco de lo que va descubriendo resulta halagador, en el fondo de sí mismo tampoco encuentra esperanza, sin embargo no se asombra pues sabe que ninguna de sus tareas habrá borrado la realidad de su interior. Por el contrario, cada paso tanto en el mundo externo como dentro de sí, lo confirma en su condición de desesperanzado.

Algunos de sus embarques distraen por momentos la evidencia de su destino, en ciertos recuerdos logra vanamente olvidar sus miserias o borrar las huellas del pasado para acceder sólo a los mejores instantes, pero todo regresa.

De otra parte, algunos de los rumbos de esta bitácora parecen errados, tampoco Maqroll sabe por qué ha llegado a ellos. En el texto “El hospital de los soberbios” (*Reseña de los Hospitales de Ultramar*, SMG, pp.157-158), la visión de los hombres que allí permanecen, le resulta detestable. Se trata de un largo catálogo de tristezas, hombres y mujeres en estado lamentable; detenidos en el sopor de la enfermedad pero con la lucidez suficiente para observar su condición. Maqroll solía visitar este paraje año con año, para

⁹³ M. Canfield en P. Shimose, comp., *op.cit.*, p. 33.

descargar mercancías y cada vez que se encontraba allí tenía la sensación de que esa visita no tenía sentido; la miseria era la misma aunque los rostros de los huéspedes hubieran cambiado; toda la mezquindad del hombre estaba antes sus ojos y no podía modificarse.

Una de las sentencias grabadas en los muros del tendajón “La nieve del almirante” (*Caravansary*, SMG, p.187), recuerda algo de estos rumbos equivocados: “Soy el desordenado hacedor de las más escondidas rutas, de los más secretos atracaderos. De su inutilidad y de su ignota ubicación se nutren mis días”, Los parajes donde atraca el gaviero no lucen como comúnmente un viajero vería un puerto del trópico, por el contrario, son lugares donde el deterioro ha hecho mejor su trabajo, donde el paisaje convoca continuamente la impresión de acabamiento en todo y en todos. No son lugares que se señalarían por deleite en una ruta de viaje; sencillamente es la acción del destino la que lo va guiando por caminos que ningún otro podría transitar y que sólo a los ojos de Maqroll podrían ser vistos como la prueba más palpable de la decadencia. A pesar de que esas empresas resulten inútiles, son las que conforman la existencia del gaviero.

Es comprensible la existencia de itinerarios fallidos en un camino de búsqueda permanente como el de Maqroll, una travesía tan larga inevitablemente incluye puntos indeseables donde nunca se hubiera planeado llegar. De la misma manera transcurre el rumbo interno con unos estadios de gran claridad y otros cuya presencia no logra entenderse.

Por último, queda por señalar en esta bitácora maqrolliana, el evidente rumbo hacia la muerte. Como un impulso liberador, la corriente nos va llevando hacia ella; parafraseando al gaviero, somos como troncos en un río en continuo desplazamiento. En “El coche de segunda” (*Reseña de los Hospitales de Ultramar*, SMG, p.155), los remolinos del río van arrasando los despojos de todo lo vivo, haciéndolos entrar en un círculo hasta que hallan la corriente de salida.

Si el hombre se encuentra en proceso de deterioro, en algún momento será despojo de vida, justamente cuando se aproxime a su cita con la muerte. Este es uno de los rumbos más claros en la obra pues aunque prevalece la idea de circularidad que se supone infinita, al referirse al destino de todos los seres que sólo viven para su acabamiento; surge como final propicio, el término de la materia endeble de la que están hechos.

No obstante, para Maqroll no todo termina, ya que ante la necesidad de un viaje continuo, la muerte sólo puede ser provisional, también este rumbo está determinado a repetirse, como otra etapa más del mismo ciclo.

4.3. ¿QUÉ TRAE EL GAVIERO DE REGRESO?

Tras haberse acercado a los motivos que convierten a Maqroll en un viajero por vocación, al horizonte que alcanza a observarse desde la gavia y al rumbo que va tomando su viaje; queda por descubrir qué ha traído consigo después de tanto navegar.

Considerando su introspección como una especie de exilio interior, Maqroll ha registrado dentro de su propio ser y ha logrado percibir varias verdades que han enriquecido su conocimiento de sí mismo. Son certezas que le acompañarán en el resto de la ruta como equipaje intangible y que seguirá recogiendo en cada paraje.

También las memorias de días pasados que van llegando traídas por la corriente, van formando parte del tejido de su vida, al que Maqroll se aferra invariablemente; ese tiempo detenido que llega a sus recuerdos contiene lo más valioso que pudiera llevar consigo: la sustancia de sus días. La memoria es la posesión más importante que puede tener el gaviero y sólo el transcurso de los viajes, trae de vuelta sus remembranzas.

De otro lado, si se atiende a esta poesía como un trayecto de purificación o depuración; entonces después de cada viaje Maqroll traerá consigo algunos cambios. Como

todo viajero, Maqroll no es el mismo a su regreso, y para responder si ha cambiado espiritualmente vale la pena recordar lo que le sucede en “El cañón de Aracuriare”, cuando al proponerse hacer un minucioso examen de su vida, se despega de ese ser que ha realizado todas las tareas. A manera de desdoblamiento se convierte en observador externo de su propia vida, como si su esencia pudiera separarse del cuerpo del hombre navegante. Se va destilando un espíritu capaz de verse independiente de la carga material que ha llevado en el pasado:

Pasados los días el Gaviero inició, sin propósito deliberado, un examen de su vida, un catálogo de sus miserias y errores, de sus precarias dichas y de sus ofuscadas pasiones. Se propuso ahondar en esta tarea y lo logró en forma tan completa y desoladora que llegó a despojarse por entero de ese ser que lo había acompañado toda su vida y al que le ocurrieron todas esas lacerias y trabajos (*Los emisarios*, SMG, pp.232-233).

Además cabe agregar el carácter purificador que conlleva la imagen del río: una corriente de agua que pasa dejando todo limpio a su paso. Las mismas aguas que traen sus memorias y con ellas lo rescatan de su miseria cotidiana, arrastran lo que ya no tiene sentido, toda la niebla de la montaña se desvanece, todo se ve más claro; así en su espíritu las aguas también se van llevando el lastre.

Está claro que todo viaje implica una metamorfosis, el gaviero que regresa al río treinta años después de haber visto la creciente, no es el mismo que emprendió la ruta.

Adicionalmente al conocimiento de sí mismo, gracias a su errancia insaciable, el gaviero se permite vivir la verdadera fuerza del paisaje, la imponente acción del trópico que demuestra la precariedad de la existencia. Cada salida es una comprobación del acabamiento de los seres y las cosas a su alrededor y esta experiencia es algo más que lleva siempre consigo.

“Los viajes de Maqroll son, sobre todo, viajes de búsqueda espiritual, como si tuviera algo que pagar, se embarca en navegaciones difíciles y empresas locas. Esas mismas navegaciones lo van a conducir a la serenidad”.⁹⁴ El gaviero va ganando en cada travesía, esa serenidad que otorga el constatar una y otra vez que su misión sigue siendo la misma y que no habrá mucho que encontrar. Con un halo de resignación Maqroll adopta una actitud tranquila, limitado a seguir en su ruta, sin la ansiedad del aventurero prosigue su camino. En cada encuentro consigo mismo y con su pasado le espera el sosiego de conocer la materia de sus años. Así en medio de la soledad, la mejor acompañante para esta ruta, él se deja llevar por su destino.

De nuevo en “El cañón de Aracuriare” (SMG, p.233), se descubre la ganancia que significa haber hallado serenidad en ese paraje, en compañía de esos otros que encontró en sí mismo:

Hasta llegar a ese encuentro, el Gaviero había pasado en el cañón por arduos periodos de búsqueda, de tanteos y de falsas sorpresas. El ámbito del sitio, con su resonancia de basílica y el manto ocre de las aguas desplazándose en lentitud hipnótica, se confundieron en su memoria con el avance interior que lo llevó a ese tercer impasible vigía de su existencia del que no partió sentencia alguna, ni alabanza ni rechazo, y que se limitó a observarlo con una fijeza de otro mundo que, a su vez, devolvía a manera de un espejo, el desfile atónito de los instantes de su vida. El sosiego que invadió a Maqroll, teñido de cierta dosis de gozo febril, vino a ser como una anticipación de esa parcela de dicha que todos esperamos alcanzar antes de la muerte y que se va alejando a medida que aumentan los años y crece la desesperanza que arrastran consigo.

Es tal el alivio que ha significado en su búsqueda que duda incluso en salir de allí, teme perder esa serenidad que había faltado en todo su trayecto. A pesar de conservar la duda sobre los motivos de su destino, Maqroll se reconforta aquí con ese trozo de tranquilidad que además calma su cansancio.

⁹⁴ M. Canfield, Alvaro Mutis. Soñador de navios en *Hispanamérica*, p. 101.

Por otra parte, poco a poco la errancia le va otorgando a Maqroll la certeza de estar destinado; es algo que no sabía al principio del viaje pero que se confirma en cada ruta sin propósito y en la insaciable búsqueda que domina siempre sus tareas. El gran descubrimiento de sus viajes es saber que su destino está guiado por fuerzas superiores, y que no hay manera de cambiarlo. Sin discusión se reconoce que la única permanencia que puede darse en su existencia es la de mantenerse viajando.

La experiencia conseguida en sus empresas, no es sino la prueba de su calidad de ser en deterioro. La observación de cada lugar, de los objetos y de los hombres que lo habitan, sólo asegura su estado. Se trata de un viaje esclarecedor, en el que Maqroll es un visionario privilegiado a pesar de tener que sobrellevar la carga de una ruta cíclica. “Apartado del tiempo... al gaviero le fue dado ver en toda su desnuda evidencia, la vastedad de su miserable condición”, ha dicho ya en el texto “La cascada”; únicamente en medio de la soledad, transportado en el tiempo y en el espacio, puede ir conociendo la verdad de su naturaleza; y continúa:

Un viento cálido irrumpió en la frescura del recinto y tras él salió el insecto, con un lento subir y bajar de su vuelo, dejando al Gaviero sumido en esa humillada certeza de quien ha conocido la impotencia de sus fuerzas y los rostros de su miseria (*Reseña de los Hospitales de Ultramar*, SMG, pp.152-153).

Esta visión es algo que el gaviero guarda como un tesoro, nunca va a comentarla con la gente de los lugares que visita; conserva esa dura verdad que comprueba cada día.

Quizás porque los otros no podrían comprenderlo, es un secreto que le ha sido comunicado sólo a él; no puede dejarlo salir además porque una voz de acabamiento no es escuchada por nadie. Aunque la verdad de su existencia se le haya revelado, y se trate de la existencia de todos los hombres, su tarea no es comunicarlo.

Lo que queda después de cada jornada es una sensación de derrota y de seguro sentirá lo mismo al final de su viaje, en los últimos tramos de un río. Allí habrá de reunir sus experiencias y su pasado sin haber podido contárselo a alguien que lo viera todo con tanta claridad. No obstante nos ha quedado esta *Summa*, agregaría el poeta.

De esta forma queda completo el equipaje que Maqroll lleva de regreso, como un conjunto de vivencias y conocimientos sobre su propia existencia y con ella la de todos los seres y las cosas. El viaje que ha emprendido el gaviero con el inicio de esta poesía se convierte en una experimentación personal de la desesperanza; no importa si el recorrido ha sido fructífero, pues basta con que haya conocido la realidad de su destino. No puede hablarse entonces de éxito o fracaso al final de la ruta, simplemente porque viajar es necesario para que Maqroll exista, es el hecho que le da sentido a todas sus tareas. Se renueva aquí la circularidad del mundo maqrolliano, el gaviero no podría vivir sin viajar y viaja para cumplir con su destino, es decir, para seguir con su vida. El sentido del viaje no está en su propósito o en su término sino en su transcurso, estar en movimiento es el equivalente de la existencia de Maqroll.

CONCLUSIONES

En *Summa de Maqroll el gaviero*, Alvaro Mutis, ha emprendido un viaje de cincuenta años, de la mano de un emblemático navegante. Un detallado recorrido en la historia, la geografía de dos continentes y el interior de sí mismo, es lo que Maqroll nos ha dejado ver desde la gavia.

La desesperanza es el hecho que rodea la existencia de Maqroll; no pretende encontrar algo, en el viaje que el destino le ha marcado. Es en este sentido que puede verse en Maqroll la imagen de un hombre moderno desencantado pero distinto a aquel que encuentra en el exterior, razones materiales para fabricar su mundo; por el contrario, y criticando esa actitud, encuentra la esperanza en su interior y con ella se lanza en un viaje progresivo hacia una búsqueda continua e infructuosa.

Además de estar obligado a viajar sin un propósito concreto, el gaviero debe contemplar la misma escena durante todo el recorrido, la visión de su propio desgaste. Uno de los hechos que puede comprobar tras cada partida y con el paso del tiempo es el deterioro de todas las cosas y de sí mismo. Se trata de una ruta de acabamiento, en la que el futuro no trae nada promisorio pues lo único seguro en este ciclo es la finitud de todo lo material que forma parte de su mundo; esto porque este moderno se ha desencantado del exterior que sólo le ofrece desolación.

El viaje de Maqroll como una búsqueda a ciegas en un camino que parece interminable, coincide con la ruta de todos los hombres. Es el mismo camino en el que el hombre se agobia de tareas sin sentido en una carrera vertiginosa que no tiene una meta definida. El hombre elige estar siempre ocupado en el cumplimiento de pequeños objetivos para no enfrentarse a la incertidumbre de su futuro. Asimismo el gaviero inicia viajes una y

otra vez con el único propósito de llegar para volver a partir. La ruta de Maqroll el gaviero es entonces la de todos los hombres.

El viaje que se emprende en esta poesía requiere de algunas condiciones. Ha sido preciso que Maqroll surja como un navegante solitario que además no intenta comunicarse con nadie. El destino ha trazado una bitácora que debe recorrerse en soledad, sólo así podría el gaviero darse cuenta de su verdadera situación. En parajes inhóspitos es donde sucede el encuentro consigo mismo, donde se da el ambiente propicio para deambular sólo con sus pensamientos hacia el fondo de su memoria. Únicamente de esta manera puede extraer de sus recuerdos un pasado más reconfortante que sirva como fuerza para emprender nuevas rutas en su presente desesperanzado. Maqroll se opone a la actitud moderna de negar el pasado como lo hace el hombre moderno, aunque comparte la soledad y la búsqueda permanente.

Por otra parte, la verdad que ha conocido Maqroll, es algo que no puede compartir con nadie, no porque así le haya sido impuesto sino porque sólo él desde la gavia es capaz de observar el paisaje que se desgasta y el fracaso de sus empresas. Hablamos de su viaje y sus tareas, por lo que la inutilidad que representen debe asumirla solo.

Respecto al olvido, para Maqroll es simplemente un refugio pasajero del fracaso; en la historia del hombre, los grandes héroes y sus hazañas se van perdiendo en la memoria, por el contrario el gaviero quiere rescatar aquellos momentos de gloria que ya nadie recuerda. Así como busca en la memoria los sucesos placenteros de su vida, también viaja hacia lugares legendarios, donde con el encuentro de personajes ilustres quisiera recuperar algo que justifique la labor del hombre.

Gracias al caudal de las aguas el gaviero se traslada en el tiempo y en el espacio sin evadir su destino de errancia; a la vez que cumple su tarea de eterno navegante, visita sus

recuerdos una y otra vez. Esta poesía de movimiento nos remite a parajes remotos pero sin perder de vista la presencia del trópico en la vida del gaviero, con su inacabable ciclo de deterioro.

El gaviero se resigna ante su destino de viaje permanente, aunque conoce el sin sentido de sus acciones, sigue buscando oficios que cumplir. Se alimenta de efímeros momentos de gozo que surgen de su memoria, ya que en los parajes tropicales que visita, la fuerza del paisaje en vez de otorgar nuevos ánimos, sólo hace evidente el deterioro de los seres y de las cosas. Se ha dicho que el hombre moderno no acepta la fuerza del destino y se cree superior a él, la visión crítica de esta poesía demuestra cómo resulta infructuoso desconocer el camino que se ha construido hasta ahora, además de señalar que a pesar de las tareas que el hombre ha emprendido por su propia cuenta, ha terminado en la misma ansiedad del sin sentido.

De otro lado, Maqroll busca la trascendencia como lo hace el hombre moderno que quiere dejar huella, aunque este último no quiera recordar su pasado. Al luchar contra el olvido y el paso del tiempo, Maqroll quisiera hallar también algún sentido a su vida, pese a que en el fondo reconoce que el único sentido que tienen sus viajes es ser observador de su miseria. Sin embargo, estaría gustoso de que le fuera develada la razón de su existencia; tal vez con eso bastaría para trascender, con haber encontrado el motivo para estar aquí.

Es una pequeña petición que le hace a la vida, pues tras haber gastado tanto tiempo en el vacío de tareas inútiles cree que merece hallar en los lejanos instantes de felicidad, una razón verdadera para haber emprendido tan largo camino.

La búsqueda de la trascendencia es permanente, pero aún no se conocen los resultados ya que Maqroll reinicia una y otra vez el viaje, con la misma visión vacía de su

interior. Al igual que el hombre moderno, vive con la ansiedad de querer encontrar algo verdaderamente valioso por lo que todo haya valido la pena.

En este extraño viaje en la modernidad, el valor del pasado es necesario en la búsqueda pues de no retornar a él, las señales valiosas se seguirán desvaneciendo, he aquí una faceta antimoderna de Maqroll. Este viaje es una trayectoria lenta e inmutable que muchos repetirán, todo volverá a suceder, en realidad se trata de la huella anónima de muchos hombres, que esta poesía trata de recuperar.

En cuanto a la muerte, en esta *Summa* aparece como un hecho concreto de desintegración física que se va percibiendo paso a paso en el acabamiento de los objetos y en el paisaje caluroso que lo corroe todo. Se trata de un viaje en el que el ambiente se conjuga con el estado mismo del navegante, para conformar un universo que se extingue y que puede ser observado desde una gavia por alguien que ha sido destinado a recorrer continuamente la misma ruta. A pesar de que la finitud de los seres y las cosas se confirma a cada instante y la muerte luce como el único final cierto, ésta no es vista con el signo de la fatalidad.

Para Maqroll la muerte es parte del curso de la vida, es un encuentro al que tendrá que llevarlo su destino, una cita más que debe cumplir en su travesía. La vida es un breve lapso en que nos alejamos de la muerte pero la unión final no puede ser evadida, por el contrario, como se ha anotado, son varios los textos en que se invoca el momento de estar con ella y otros pasajes en los que el gaviero sucumbe a su encuentro. Maqroll la percibe como algo muy cercano a su existencia, la tiene siempre presente por lo que alcanza gran familiaridad con ella, por esto no hay angustia al referirse a este estadio último de la vida.

La poesía mutisiana convive con la idea de la muerte porque el desgaste que rodea el ambiente encuentra en ella su único desenlace. Es vista con la naturalidad de un observador

que se sabe preceder, sin el halo lúgubre y trágico de una pérdida, pues se trata de un arribo más durante el viaje.

La muerte va dejando su huella en el paso del tiempo y en el acabamiento de los objetos y las personas; en este universo cada muestra de desgaste, cada paraje oxidado y costroso es signo de que ella está más cerca. Esta comprensión y aceptación de la muerte, se da también en medio de la soledad, sólo en medio de sí mismo se puede llegar al encuentro con ella. Se trata de una cita que debe cumplirse a solas. Aun en los esteros donde Maqroll tenía compañeros de viaje, el encuentro se da en solitario, de manera personal se acerca a cada uno porque siempre ha estado presente durante la vida, y con el paso del tiempo se va acercando cada vez más.

Esta obra va siguiendo sus huellas, en este camino cíclico que recorre Maqroll cada lugar esconde señales de su existencia, de nada sirve no verlas pues su presencia será inevitable. El gaviro no quiere ser uno más de los hombres que van por su ruta desconociendo la realidad de la muerte, por el contrario la asume como parte de su vida, como parte de su propio ser.

Su actitud, de nuevo antimoderna, frente a la muerte es la de un hombre humilde y respetuoso ante el destino. Su único propósito es seguir la trayectoria marcada para él y como la muerte se encuentra en ese camino, no tiene sentido ignorarla.

Este navegante se enfrenta sin angustia al hecho inevitable en que terminará su existencia, la única angustia que puede sentir es la del lento desgaste de cada día. Ser el observador privilegiado del deterioro continuo de todo lo que le rodea y de sí mismo, resulta agobiante por lo que tal vez llegar a la muerte signifique un descanso para él.

La muerte aparece en esta poesía, desde el inicio de los viajes en las corrientes del río que con frecuencia arrastra cadáveres y restos vegetales, Maqroll observa el término de la vida como un hecho natural que acompaña la existencia de seres y cosas.

En esta poesía del trópico donde todo se corroe en medio de un clima adverso y con la ayuda del tiempo, la muerte parece habitar un amplio espacio. El devenir natural es el de devastación por lo que la muerte no es más que el paso lógico al final del viaje; está presente en cada paraje desvencijado pero a los ojos de este gaviero se trata de una presencia con la que habrá de encontrarse en tranquilidad.

Cada momento transcurrido en este trayecto es un avance hacia la muerte por lo que puede decirse que la muerte se vive día a día. Con ella se nutre la existencia, ya que funcionan como complemento una de la otra. En esta visión de la muerte, se hace evidente que es necesaria para todos, no puede conciliarse una vida de deterioro con una existencia infinita. El hecho de que estemos destinados a una vida con término otorga a la misma, un valor mayor, ya que tener conciencia sobre la muerte es como un motor que acelera u obliga las acciones del hombre. Maqroll quiere seguir el rumbo marcado, gastar el tiempo que le quede en cumplir con el propósito que señala su sino pues tarde o temprano encontrará un final.

Sin gran sentimentalismo, el gaviero contempla cómo con la muerte llegará a librarse de su destino inútil; es quizás esta consideración la que le resta toda carga negativa a un hecho fatídico. Ella puede ser la única salvadora del vacío, la oportunidad de cerrar los ojos desde la gavia para dejar de ver la precariedad de sí mismo. Será la ocasión de encontrar la calma a un recorrido tan largo que le ha exigido siempre el desasosiego de una búsqueda sin sentido.

La obra es un viaje permanente que muestra el equilibrio entre la necesidad de la vida y de la muerte, en donde la vida normalmente sinónimo de fuerza, es vista más desde su sentido de acabamiento, mientras que la muerte negativa, es contemplada como natural y propicia. A pesar de que la obra alcanza en más de una ocasión el límite de la cita con la muerte, el encuentro último no sucede. Para Maqroll la cita sigue postergándose porque aún no cumple con todo su recorrido. Estamos frente a una poesía que no se aventura a encontrar en este hecho, significados más allá del término de la vida. Sin connotaciones religiosas o metafísicas, *Summa de Maqroll el gaviero* se detiene en el anuncio de una cita impostergable, ante la cual incluso la angustia es vana.

El gaviero morirá cuando la cita termine de cumplirse y llegue el olvido, sin haber perdido nada. No importarán los bienes que se dejen, ni los arrasadores parajes tropicales que queden atrás; como lo ha anunciado, cuando el último recuerdo suyo desaparezca de la memoria, podrá decirse que se ha ido. Sólo el olvido después de la muerte hará que termine este viaje; así ha de concluir el ciclo iniciado una vez frente a las aguas del río Coello; ajeno a toda idea de inmortalidad Maqroll también habrá cumplido con su destino.

Este gran poema de viaje en el que las cosas no son sólo testigos sino señales a las que se les mira atentamente como huellas del paso del tiempo, constituye una visión poco usual hacia ese conjunto de entes llamados objetos, que acompaña la vida del hombre. Como lo ha dicho el propio Alvaro Mutis, los objetos entran a formar parte de esta poesía, como materia en derrota. De manera acorde con la atmósfera en la que vive el personaje, las cosas van apareciendo en igual o avanzado estado de deterioro. Aquí los objetos adquieren otro valor pues además de comunicar constantemente el acabamiento del universo maqrolliano, guardan en ellos la memoria de sucesos pasados, conservan la huella de la existencia del hombre donde el personaje alguna vez buscara tiempos gloriosos.

Sí tratáramos de buscar los mejores momentos de la vida del gaviero haría falta no sólo contemplar los muros de los hospitales de ultramar sino hacer una revisión de tantos mapas, brújulas y lámparas, indudables testigos de todo el viaje. Se trata de objetos con fuerza propia que van cumpliendo el mismo destino de finitud; están desamparados en medio del trópico al igual que Maqroll. Deben seguir su sino en soledad, dirigiéndose continuamente hacia la ruina.

Estos objetos que han ido llenando el mundo solitario del hombre moderno, comparten su mismo espacio y aunque en la vida cotidiana son contemplados sólo como parte del mobiliario; en esta poesía funcionan además como comprobación de la realidad, pues le dan certeza a esos lugares por donde deambula el personaje. Así asumimos que el mundo de Maqroll es el mismo nuestro, son artefactos como los que cualquiera podría tener, sujetos a igual deterioro pero observados de una manera en que no nos atrevemos a verlos. La obra ha fijado en ellos su atención para servirse de su presencia como seres inanimados sin significados ocultos, pero con la capacidad para reflejar su mundo.

Así como el viaje aún no termina, los objetos no se acaban por completo; siguen su proceso pero no se les ve sucumbir. Se encuentran en el mismo ciclo del gaviero destinados a seguir desgastándose al paso de los días; también ellos y las huellas del pasado que llevan consigo, caerán alguna vez en el olvido, probablemente tiempo después de que los hombres que los construyeron se hayan ido.

Al dar una última mirada a la ruta de este navegante universal, cabe señalar que se trata de un camino que se repite y sólo así puede entenderse la permanencia en el mismo estado. Una ruta sin principio ni final del que alguien pueda dar testimonio; éste es el viaje que nos acoge a todos en la ruta de acabamiento y solamente en ese deambular permanente

puede vivir Maqroll. Su existencia está dada en el movimiento, cuando deje de trasladarse no podrá hablarse más del gaviero.

Queda claro que se trata de un viaje que se cumple porque ha sido marcado por el destino, sin que se conozca con exactitud su propósito, Maqroll viaja en el espacio y en el tiempo, disfrutando de una ruta permanente; su traslado continuo funciona como un motor para partir siempre después de cada arribo, en que invariablemente no halla satisfacción.

Podría decirse, siguiendo la idea de viaje, que se trata de un medio para evadir la realidad, tal como lo busca el hombre moderno; sin embargo nadie mejor que el gaviero, está consciente de su propia existencia. No se abandona, por el contrario se reencuentra consigo mismo en cada jornada, reflexionando en soledad acerca del mundo que constituye su realidad.

Es un marinero que viaja en la memoria a épocas pasadas al mismo tiempo que realiza un recorrido geográfico entre dos continentes. Aunque en la modernidad el pasado carece de importancia, Maqroll viaja al interior de sí mismo que está poblado de sus experiencias anteriores, en este sentido el ayer es un paraje imposible de evitar pues constituye la materia misma de su ser.

Sin ataduras físicas logra desplazarse a numerosos puertos, ríos y desiertos con la misma facilidad con la que se dirige al interior de sí mismo. “El cañón de Aracuriare” es la muestra más clara de cómo este hombre logra introducirse a un paraje natural recóndito y con igual precisión vive un encuentro con su propio yo.

El fluir de las aguas lo conduce en doble sentido y esa es la ganancia del viaje; para eso ha existido Maqroll, para reflejar en su propia existencia un camino que podría ser el de cualquiera de nosotros. A pesar de ocuparse en mil tareas y trasladarse en tantas otras evocaciones, el destino se cumple; Maqroll no conoce la ruta completa, pero a nuestros ojos

se trata de un caminar permanente hacia su conocimiento. El orden en que son presentados los acontecimientos pasados, carece de importancia, pues *Summa de Maqroll el gaviero* está hecha de remembranzas que va trayendo la corriente; es el lector de esta poesía quien ordena a su manera este hilo de sucesos.

Hemos sido testigos a lo largo de esta poesía, de un viaje físico y espiritual, donde la ganancia consiste en el autoconocimiento de este viajero que somos nosotros mismos. Para Maqroll no hay esperanza y como gran visionario elige buscar antiguas glorias en el pasado; encuentra en el recuerdo el valor verdadero de lo que los hombres han preferido dejar en el olvido. Se erige como un crítico permanente de la modernidad, que después de haber emprendido mil caminos con su fuerza interior en medio de un mundo degradado, se detiene ante el sin sentido de sus acciones, criticando la actitud moderna que lleva a olvidar el pasado y a creerse superior al destino.

Aunque el recorrido en apariencia no haya sido fructífero, basta con haber conocido la realidad de su destino, comprobando que su existencia ha sido posible sólo en medio de una ruta de desgaste frente a una visión desoladora. El gaviero ha observado el horizonte y éstas son las imágenes que ha guardado en su memoria; quizás en no olvidarlas, podría estar la clave para encontrar sentido a su rumbo. Maqroll se queda con la serenidad y la certeza de haber tenido un destino sólo para él.

El gaviero es un navegante atemporal que ha encontrado con Alvaro Mutis la ruta para dar su testimonio del viaje interminable del hombre. No obstante, no es simplemente un poema de viaje más enmarcado en la naturaleza tropical de la poesía latinoamericana, se trata de la memoria de un observador que ha visto por nosotros desde lugares más altos.

BIBLIOGRAFÍA

- Albiac, Gabriel, *La muerte. Metáforas, mitologías y símbolos*, Barcelona, Ed. Paidós Ibérica, 1996.
- Alonso, Amado, *Materia y forma en poesía*, Madrid, Gredos, 1986.
- Arévalo, Guillermo Alberto, comp. *Siete poetas colombianos. Antología*, Bogotá, El Áncora Editores, 1988.
- Bachelard, Gaston, *La poética del espacio*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Baudelaire, Charles, *Las flores del mal*, Madrid, Cátedra, 2000.
- Becker, Ernest, *El eclipse de la muerte*, México, FCE, 1977.
- Borges, Jorge Luis, *Obra poética 1923-1977*, segunda edición, Madrid, Alianza, 1981.
- Calinescu, Matei, *Cinco caras de la modernidad*, Tr. María Teresa Beguiristain, Madrid, Tecnos, 1991.
- Calvino, Italo, *Seis propuestas para el próximo milenio*, Madrid, Siruela, 1989.
- Castro García, Oscar, "La verdadera muerte de Maqroll", en *Sueños, erotismo y muerte en la narrativa de Alvaro Mutis*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1997, pp. 47-61.
- Charry Lara, Fernando, *Poesía y poetas colombianos*, Bogotá, Procultura, 1985.
- Cobo Borda, Juan Gustavo, *La narrativa colombiana después de García Márquez*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1989.
- _____ *La tradición de la pobreza*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1980.
- _____ ed., *Mito 1955-1962, Selección de textos*, Colección de Autores Nacionales, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1975.
- _____ *Para leer a Alvaro Mutis*, Bogotá, Ed. Planeta, 1998.
- _____ *Poesía colombiana 1880-1980*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1987.

- Fernández Alonso, María del Rosario, *Una visión de la muerte en la lírica española*, Madrid, Gredos, 1971.
- Ferrater Mora, José, *El ser y la muerte*, Madrid, Ed. Aguilar, 1962.
- Forster, Merlin H., *La muerte en la poesía mexicana*, México, Ed. Diógenes, 1970.
- Foucault, Michel, *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI Editores, 1999.
- Fromm, Erich, *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, México, FCE, 1974.
- Gaitán Durán, Jorge, *Obra completa. Biblioteca Básica Colombiana*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1975.
- García Aguilar, Eduardo, *Celebraciones y otros fantasmas. Una biografía intelectual de Alvaro Mutis*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1993.
- García-Sabell, Domingo, *Paseo alrededor de la muerte*, Madrid, Alianza Editorial, 1999.
- Goldmann, Lucien, *La creación cultural en la sociedad moderna*, México, Fontamara, 1992.
- Gutiérrez Durán, Yanith, *Maqroll hombre de empresas y tribulaciones*, Tesis sin publicar, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997.
- Hernández, Consuelo, *Alvaro Mutis: una estética del deterioro*, Caracas, Monte Avila Editores Latinoamericana, 1995.
- Jankélévitch, Vladimir, *La aventura, el aburrimiento y lo serio*, Madrid, Taurus, 1989.
- Kohut, Karl, *Literatura colombiana hoy. Imaginación y barbarie*, Frankfurt, Publicaciones del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Católica de Erchstätt, 1994.
- Landa, Josu, *Más allá de la palabra: Para la tipología del poema*, México, UNAM, 1996.
- Lipovetsky, Gilles, *La era del vacío*, Barcelona, Anagrama, 1986.
- Louis-Vincent, Thomas, *Antropología de la muerte*, México, FCE, 1983.

- Luque Muñoz, Henry, *Tambor en la sombra. Poesía colombiana del siglo XX*, Bogotá, Ed. Ponciano Arriaga/ Banco de la República, 1996.
- Lyotard, Jean-Francois, *La condición posmoderna*, Madrid, Cátedra, 1989.
- Marshall, Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, México, Siglo XXI, 1997.
- Menton, Seymour, *Caminata de la narrativa latinoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Moles, Abraham A., *Teoría de los objetos*, Barcelona, Ed. Gustavo Gili, 1974.
- _____ Jean Baudrillard, *Los objetos*, Buenos Aires, Ed. Tiempo contemporáneo, 1971.
- Monteleone, Jorge, *El relato de viaje. De Sarmiento a Umberto Eco*, Buenos Aires, El Ateneo, 1999.
- Montiel Toledo, María del Rocío, *Alvaro Mutis: Las metamorfosis de una poesía*, Tesis sin publicar, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985.
- Moreno, Belén del Rocío, *Las cifras del azar: una lectura psicoanalítica de la obra de Alvaro Mutis*, Bogotá, Planeta, 1998.
- Moreno Durán, Rafael Humberto y Gloria Valencia de Castaño, *A propósito de Alvaro Mutis y su obra*, Bogotá, Grupo Editorial Norma, 1992.
- Mutis, Alvaro, *Poesía. Antología personal de Alvaro Mutis*, prólogo y selección de José Balza, Barcelona, Altera, 2002.
- _____ *Contextos para Maqroll*, Bogotá, Ed. Igitur-Mito, 1997.
- _____ *De lecturas y algo del mundo*, edición de Santiago Mutis Durán, Bogotá, Planeta, 1999.
- _____ *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero*, Bogotá, Alfaguara, 2002.

- _____ *Obra literaria. Poesía (1947-1985)*, Tomo I, Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura, edición de Santiago Mutis Durán, Bogotá, Procultura, 1985.
- _____ *Poesía y Prosa. Alvaro Mutis*, Biblioteca Básica Colombiana, quinta serie, edición y notas de Santiago Mutis Durán, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1982.
- _____ *Summa de Maqroll el Gaviero. Poesía 1948-1988*, prólogos de Octavio Paz y Ernesto Volkening, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.
- _____ *Summa de Maqroll el Gaviero. Poesía 1948-1997*, introducción y edición de Carmen Ruiz Barrionuevo, Ed. Universidad de Salamanca, 1997.
- Mutis Durán, Santiago, *Tras las rutas de Maqroll el Gaviero (1988-1993)*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1993.
- Nagel, Thomas, *La muerte en cuestión*, México, FCE, 1981.
- Paz, Octavio, *El arco y la lira*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Pérez del Río, Eugenio, *La muerte como vocación. En el hombre y en la literatura*, Barcelona, Laia, 1984.
- Pessoa, Fernando, *Poesía completa de Alberto Caeiro*, Miguel Angel Flores Trad., México, Verdehalago, 2000.
- Posada Mejía, Germán, *Porfirio Barba Jacob. El poeta de la muerte*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1970.
- Quiroz, Fernando, *El reino que estaba para mí. Conversaciones con Alvaro Mutis*, Bogotá, Ed. Norma, 1993.
- Roa, Armando, *Modernidad y posmodernidad*, Santiago de Chile, Ed. Andrés Bello, 1995.
- Ruiz, Javier, Ed., *Caminos y encuentros de Maqroll el Gaviero*, Barcelona, Altera, 2001.

- Sefamí, Jacobo, *De la imaginación poética. Conversaciones con Gonzalo Rojas, Olga Orozco, Alvaro Mutis y José Kozler*, Caracas, Monte Avila Editores Latinoamericana, 1993.
- Siemens, William L., *Las huellas de lo trascendental. La obra de Alvaro Mutis*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Silva José, Asunción, *Cuadernillo de poesía*, Bogotá, Ed. Panamericana, 1997.
- Simmel, George, *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*, Barcelona, Península, 1988.
- Sucre, Guillermo, *La máscara, la transparencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Valery, Paul, *Teoría poética y estética*, Madrid, Visor Distribuciones, 1990.
- Varios autores, "Alvaro Mutis" en *Semana de autor*, Pedro Shimose Ed., Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1993.
- Villaurrutia, Xavier, *Obras*, Pról. Alí Chumacero, México, Fondo de Cultura Económica, 1966.
- Zaid, Gabriel, *La poesía en la práctica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

HEMEROGRAFÍA Y FUENTES ELECTRÓNICAS

- Aranda Luna, Javier, "Aventura en el entresueño. Entrevista personal con Alvaro Mutis" en *Vuelta*, núm. 230, enero de 1996, pp. 15-17.
- Canfield, Martha, "Alvaro Mutis. Soñador de navíos", en *Hispanamérica* 23, núm. 67, 1994, pp. 101-107.

- Castaño Castillo, Alvaro, Conchita Penilla y Gabriel García Márquez, “Mutis, los pasos perdidos” en *Lecturas Dominicales de El Tiempo*, Bogotá, 10 de diciembre de 1989, pp. 8-12.
- Castañón, Adolfo, “El otro invierno del almirante” en *Gaceta*, No. 95, Fondo de Cultura Económica, México, marzo de 1987, p.105.
- _____ “El tesoro de Mutis” en *Vuelta*, No. 205, 1993, pp. 60-63.
- Duque, Edda Pilar, “La vida y la poesía son un trabajo perdido”, entrevista con Alvaro Mutis, en *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*, Vol. 81, No. 543, Bogotá, julio-septiembre, 1988, pp. 117-118.
- Milán, Eduardo, “Conversación con Alvaro Mutis” en *Vuelta*, núm. 128, julio de 1987, pp. 62-64.
- Motato, Hernando, “Voces de la desesperanza”, Bucaramanga, Colombia, División de Publicaciones Universidad Industrial de Santander, 1999.
- Ochoa Sandy, Gerardo, “Maqroll el Gaviero cumple una parte del destino que yo no cumplí, todo aquello que no pude ser”, entrevista en *Unomásuno*, México, 22 de enero, 1987, p.23.
- O’Hara, Edgar “Crónicas de una voz” en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Biblioteca Luis Angel Arango, Banco de la República de Colombia, Número 6, Volumen XXIII, 1986, www.banrep.gov.co
- _____ “Los emisarios: respuestas que son preguntas”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Biblioteca Luis Angel Arango, Banco de la República de Colombia, Número 5, Volumen XXII , 1985, www.banrep.gov.co
- Oviedo, José Miguel, “Karavansary de Alvaro Mutis” en *Vuelta*, núm. 67, enero de 1985, pp. 35-36.

- Posadas, Claudia, “Los paraísos secretos de Alvaro Mutis” en *Arena*, suplemento cultural de *Excelsior*, núm. 82, 27 de agosto de 2000, pp. 1-3.
- Rincón, Héctor, “El jubileo de Mutis” en *Cambio 16*, núm. 11, 23 de agosto de 1993, pp. 56-58.
- Ripoll. José Ramón, “Rumbos y viajes de Alvaro Mutis” en www.sololiteratura.com/mutiscervantes.htm
- Rivera Rodas, Oscar, “La modernidad y la poética de la vanguardia”, en *Semiosis*, vol. 1, 1997.
- Sevilla, Ricardo, “Una épica ultramarina” en *Arena*, suplemento cultural de *Excelsior*, núm. 82, 27 de agosto de 2000, pp. 4-5.
- Sheridan, Guillermo, “La nieve del almirante de Alvaro Mutis” en *Vuelta*, núm. 124, marzo de 1987, pp. 46-48.
- Valencia Goelkel, Hernando, “Alvaro Mutis. Reseña” en Biblioteca Virtual, Banco de la República de Colombia, www.banrep.gov.co (23/06/04)
- Verón Ospina, Alberto, “La experiencia poética en los lugares de paso” en *Revista de Ciencias Humanas*, No.24, Pereira, Colombia, 2000, www.utp.edu.co
- Villoro, Juan, “Mutis. El círculo de sus asuntos” en www.sololiteratura.com/mutiscervantes.htm
- Yurkievich, Saúl, “Los avatares de la vanguardia”, en *Revista Iberoamericana*, núms. 118-119, 1992.
- Zambra Infantas, Alejandro, “Comunidad en la obra de Alvaro Mutis” en www.sololiteratura.com/autcolombiaho
- Zepeda, José, “Voy con mucho cuidado”, en *Lecturas Dominicales de El Tiempo*, Bogotá, 18 de mayo, 1997, pp. 6-8.